

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



## SAN JOSÉ, PATRIARCA DEL PUEBLO DE DIOS



San José, lleno  
de sabiduría

Francesc Eiximenis  
y la devoción a san  
José

San José, modelo  
del Apostolado  
de la Oración

La acción educativa  
del padre

La indisolubilidad  
matrimonial, don  
de Cristo. Entrevista  
al cardenal Caffarra

Desde los primeros siglos, los Padres de la Iglesia, inspirándose en el Evangelio, han subrayado que san José, al igual que cuidó amorosamente a María y se dedicó con gozoso empeño a la educación de Jesucristo, también custodia y protege su Cuerpo Místico, la Iglesia, de la que la Virgen santa es figura y modelo.

Año LXXI - Núm. 992  
Marzo 2014

JUAN PABLO II: *REDEMPTORIS CUSTOS*

## Sumario

San José, lleno de sabiduría <i>Enrique Martínez</i>	3
Eiximenis vaticina la extensión de la devoción a san José en la Iglesia <i>Carmen Cortés</i>	5
Desarrollo de la devoción a san José en Cataluña <i>Enrique Reig Casanovas</i>	8
«José es “custodio” porque sabe escuchar a Dios, se deja guiar por su voluntad» <i>Papa Francisco</i>	11
San José, modelo del Apostolado de la Oración <i>Enrique Ramière, S.I.</i>	13
La «escuela» de Nazaret <i>Pablo VI</i>	14
A Vos, bienaventurado san José, acudimos las familias... <i>Javier González Fernández</i>	16
José, ¡salva la familia! <i>Juan Antonio Mateo García</i>	17
Algunas reflexiones sobre la acción educativa del padre <i>Mercedes Palet Fritschi</i>	18
No a una misericordia injusta <i>Juan Pérez-Soba</i>	21
La indisolubilidad matrimonial, don de Cristo. Entrevista al cardenal Carlo Caffarra	24
Jesuitas devotos del Corazón de Jesús <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	30
La Virgen del Pilar, fundamento de la fe en España <i>Santiago Fernández</i>	34
San Oleguer, obispo de Barcelona y arzobispo de Tarragona <i>Oleguer Vives Gil</i>	37
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	40
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	41
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	43
Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>	45

Edita  
Fundación Ramón Orlandis i Despuig  
Director: Josep M. Mundet i Gifre  
Redacción y Administración  
Duran i Bas, 9, 2ª  
08002 BARCELONA  
Redacción: 93 317 47 33  
E-Mail: ramonorlandis@gmail.com  
Administración y fax: 93 317 80 94  
revista.cristiandad@gmail.com  
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

## RAZÓN DEL NÚMERO

COMO es ya costumbre de nuestra revista en los últimos años, el número correspondiente al mes de marzo lo dedicamos a san José. Este año hemos querido centrar nuestra atención a san José en un aspecto de especial actualidad: la familia. Cuando el beato Pío IX lo proclamó patrono de la Iglesia universal en 1870, recordó que este título tiene como fundamento que Dios mismo confió a su Hijo al cuidado paternal de san José, y por ello hoy la Iglesia también se confía a su especial protección en unas circunstancias especialmente difíciles para la familia. Prueba de la gravedad de esta situación es el hecho de que el Papa haya convocado una Asamblea general extraordinaria del Sínodo de los Obispos para el próximo mes de octubre con el tema: «Los retos pastorales de la familia en el contexto de la actual evangelización». En la preparación de este Sínodo han surgido algunas polémicas de las que nos hacemos eco en nuestras páginas con el fin de recordar el magisterio de la Iglesia, que tiene su fundamento en las mismas palabras de Jesús en el Evangelio sobre el carácter indisoluble del matrimonio.

Se puede afirmar que la familia es en nuestros días singular «signo de contradicción». En los planes misericordiosos de Dios la familia, fundada en el matrimonio indisoluble entre un hombre y una mujer, es una de las manifestaciones más patentes del amor con que Dios se ha revelado a los hombres. Por ello mismo los ataques a la familia van dirigidos directamente a que el hombre desconozca y no tenga experiencia de este amor divino que transcurre por estos cauces tan profundamente humanos.

Como nos enseña el Catecismo, reconocemos a Dios como Padre, origen de toda paternidad, a partir de la experiencia tan ordinariamente universal de la paternidad humana. Justamente en la actual situación de la institución familiar es la figura del padre de familia la que ha quedado más fuertemente desfigurada como consecuencia de las ideologías contrarias a la familia. Una razón más para invocar a san José como modelo de toda paternidad humana.

Hemos querido también relacionar la devoción a san José con el tema de la tradición cristiana de Cataluña al que dedicamos el pasado número del mes de enero. Dos manifestaciones de la tradición josefina en Cataluña son lo que quedan reflejado en las siguientes páginas. En primer lugar, los escritos josefinos de Francesc Eiximenis, que ya en el siglo XIV, como recordaba Torras i Bages, «vaticinó admirablemente como en un tiempo futuro el culto y la devoción a san José se extendería y multiplicaría por toda la Cristiandad». En segundo lugar, la pastoral del obispo de Barcelona Reig, que en 1920 subrayaba la tradicional y popular devoción a san José en el pueblo catalán. Monseñor Reig alude a dos manifestaciones muy concretas de esta gran devoción a san José: el templo de la Sagrada Familia de Gaudí, promovido en sus orígenes por los devotos de san José que editaban la revista: *El propagador de la devoción a san José*, y el santuario de San José de la Montaña, que continúa tan arraigado en la piedad popular de Barcelona.

# San José, lleno de sabiduría

ENRIQUE MARTÍNEZ

## La humilde contemplación de la humanidad de Cristo

**E**N la escuela del Corazón de Jesús ocupa un lugar primordial la sabiduría. Pero no la que busca el mundo, que es necedad, sino aquellos tesoros de sabiduría y ciencia escondidos en el Corazón de Cristo, que oculta a los que se enorgullecen de su saber y revela a los pequeños para manifestarles su amor misericordioso (cf. Mt 11, 25). Así, por ejemplo, «entre los pequeños, a los que han sido revelados de manera muy especial los secretos del Reino, resplandece Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz... quien recibió del Maestro divino la ciencia del amor» (Juan Pablo II, *Divini Amoris Scientia*, 1). Y así también, pero de modo eminente, hallamos esta sabiduría del amor misericordioso en san José, de quien «fue augusto privilegio contemplar muy de cerca la belleza de Jesús y María» (santa Teresita, *Poema a san José*).

Tres aspectos de esta sabiduría podemos reconocer en san José: la humilde contemplación de la humanidad de Cristo, el prudente gobierno de su Familia, y el amoroso magisterio a su Hijo.

La humildad es la condición exigida para recibir el don divino de la sabiduría. Tal es la actitud que se reconoce claramente en san José quien, aun siendo de estirpe real, vivió con plena aceptación de una condición humilde: «Pasó su vida trabajando, y ganó con la fatiga del artesano el necesario sostén para su familia... José, contento con sus pocas posesiones, pasó las pruebas que acompañan a una fortuna tan escasa, con magnanimidad, imitando a su Hijo, quien habiendo tomado la forma de siervo, siendo el Señor de la vida, se sometió a sí mismo por su propia libre voluntad al despojo y la pérdida de todo» (León XIII, *Quamquam pluries* 4). Por esta pequeñez de San José, Dios le concedió el don de sabiduría con el que poder contemplar «la belleza de Jesús y de María», y adorar en la carne a la misma Sabiduría eterna. El pobre establo de Belén y la modesta casa de Nazaret se convertían de este modo en templo para la contemplación y adoración perpetua del Hijo de Dios: «José estaba en contacto cotidiano con el misterio escondido desde siglos, que puso su morada bajo el techo de su casa... José ha experimentado el amor a la verdad, esto es, el puro amor de contemplación de la Verdad divina que irradiaba de la humanidad de Cristo» (Juan Pablo II, *Redemptoris custos*, 25-27). No es de extrañar, por ello, que san-

ta Teresa, quien afirmara que «ha de ser el medio para la más subida contemplación la humanidad de Cristo» (*Libro de la vida*, c. 22), asociara la reforma del Carmelo contemplativo al culto a san José. Se cumplía de este modo en el humilde José lo que en su súplica alegaba Salomón: «Dame la sabiduría asistente de tu trono y no me excluyas del número de tus siervos, porque siervo tuyo soy, hijo de tu sierva, hombre débil y de pocos años, demasiado pequeño para conocer el juicio y las leyes. Pues, aunque uno sea perfecto entre los hijos de los hombres, sin la sabiduría, que procede de ti, será estimado en nada» (Sab 9, 4-6). Mas san José sí ha sido estimado grandemente por los fieles cristianos por su humildad, y de ahí que «todo el pueblo cristiano... tendrá siempre presente ante sus ojos su humilde y maduro modo de servir» (Juan Pablo II, *Redemptoris custos*, 1).

## El prudente gobierno de la Sagrada Familia

**L**A sabiduría concedida a san José no solo le permitía contemplar al Verbo hecho carne; también le era requerida para la misión que le fue confiada: custodiar al Redentor. La sabiduría, en efecto, no solo contempla el orden de todas las cosas a la luz de Dios, sino que las ordena a Dios cuando le son encomendadas, pues «de sabios es ordenar» (santo Tomás, *Summa contra gentiles* I, c.1). Pues bien, san José tenía a su cuidado el gobierno de la Sagrada Familia, y con ello quedaba bajo su tutela el mismo designio de la redención del género humano obrado por la encarnación del Verbo; de ahí que la misión de san José deba vincularse al orden hipostático, como defendía Francisco Canals siguiendo a Francisco Suárez. ¡Cómo no iba a recibir entonces el don de sabiduría! Le fue concedida por decreto de predestinación divina, a fin de gobernar prudentemente su casa y custodiar al Redentor. Y por ello Dios se la concedió en un grado eminente, pues así lo requería la excelsa misión a la que fue predestinado. Si para ser Madre de Dios la Santísima Virgen fue llena de gracia (Lc 1, 28), por la que quedara bien dispuesta la carne que iba ser asumida por el Verbo eterno, para ser Padre de Dios —expresión que Francisco Canals consideraba del todo legítima— san José debió estar «lleno de sabiduría», con la que poder gobernar prudentemente a la Sagrada Familia: «Jesús duerme tranquilo bajo los sua-

ves pliegues de tu velo, cuando José te advierte que hay que partir aprisa» (santa Teresita, poema *Por qué te amo, María*). Siguiendo con la súplica de Salomón, leemos en el texto sagrado que para que se le conceda la sabiduría alega haber sido escogido «rey de su pueblo, gobernante de tus hijos e hijas; me encargaste construirte un templo en tu monte santo» (Sab 9, 7-8), concluyendo: «juzgaré a tu pueblo con justicia, y seré digno del trono de mi padre» (Sab 9, 12). ¿Cómo no reconocer en san José, como ya se ha dicho, al nuevo constructor de un Templo en la humilde casa de Nazaret? ¿Cómo no reconocer también en san José la dignidad regia, por la que gobernó primero la Sagrada Familia y luego a toda la Iglesia? «El Santo Patriarca –enseña León XIII– contempla a la multitud de cristianos que conformamos la Iglesia como confiados especialmente a su cuidado, a esta ilimitada familia, extendida por toda la tierra, sobre la cual, puesto que es el esposo de María y el padre de Jesucristo, conserva cierta paternal autoridad» (*Quamquam pluries*, 3). ¿Cómo no reconocer por fin en san José al más digno del trono de David, su padre, preparando así desde su regio oficio en la Sagrada Familia el reinado del Rey de Reyes, en el que siempre el glorioso Patriarca ocupará un lugar eminente?

### El amoroso magisterio a su Hijo, Sabiduría eterna

**M**AS el gobierno de un padre de familia hay que entenderlo principalmente en la educación de sus hijos, y no sólo en lo referente al orden material. Y es en este sentido que enseña santo Tomás que, «aunque el bien que proporciona el rey sea en sí el mayor respecto de toda la multitud, sin embargo, en comparación a una persona, el beneficio del padre es mayor» (*In VIII Ethic. lect. 11*). Hay que afirmar, por ello, que la sabiduría de san José alcanzaba esa misión propia del gobierno familiar, que es la educación de su Hijo. Pero, ¿educar san José a la Sabiduría eterna? Es un admirable misterio: el Hijo de Dios sometido a la autoridad de sus padres y a su magisterio, como confirma el evangelista al escribir que «el niño Jesús crecía en edad, en sabiduría y en gracia ante Dios y los hombres» (Lc 2, 52). ¿Pero qué quiere significar el texto sagrado cuando afirma que crecía en edad el que es engendrado eternamente, que crecía en sabiduría el Verbo pronunciado por Dios, y que crecía en gracia el Hijo consustancial al Padre? Es santo Tomás quien nos lo aclara en el sermón *Puer Iesus*: «Se dice que alguno progresa en sabiduría no sólo cuando adquiere mayor sabiduría, sino cuando la sabiduría más se manifiesta en él mismo; es verdad que Cristo desde el inicio de su concepción fue ple-

no de sabiduría y gracia, pero no la manifestó desde un principio, sino cuando los demás estuvieron preparados». De este modo el crecimiento de Cristo en sabiduría y gracia hay que entenderlo respecto de su manifestación a los demás. ¿Y por qué –podríamos seguir preguntándonos– quiso manifestar progresivamente a los hombres su sabiduría y gracia? Nuevamente sale en nuestra ayuda el Aquinate en el mismo sermón, dando varias razones; fijémonos sólo en una: «Cristo se hizo pequeño, tomando nuestra pequeñez; y para mostrarse verdaderamente pequeño, se hizo a semejanza de los hombres». En efecto, el camino elegido por el Rey del Cielo es el de la pequeñez, desde la que ir manifestando progresivamente a los hombres su sabiduría y gracia: «¡Es tan dulce sentirse débil y pequeño!», exclama santa Teresita (*Novissima verba*, 5 de julio). Por eso se sometió a José y María –«descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos» (Lc 2, 51)–, para manifestarnos el camino de la humildad, de la pequeñez. San José fue maestro de su Hijo, que no necesitaba enseñanza alguna, para convertirse en maestro nuestro, que sí necesitamos aprender a ser pequeños. Todos los que han tenido una misión providencial de gobierno o educación han recibido una excelsa sabiduría: Moisés, para proporcionar la Ley al pueblo de Israel; Elías, para ser el profeta de Dios; san Pablo, para evangelizar a los gentiles, etc. En estos tres casos, como aseguran santo Tomás y san Juan de la Cruz, les fue concedida tal sabiduría por medio de un raptó, que los elevó hasta la contemplación más alta. ¿Y no es menor la misión de san José? Pues no, no es menor, pues está asociada al mismo orden hipostático; y por ello requirió una sabiduría aún mayor que la de Moisés, Elías y san Pablo. Pero no se ordenaba esta sabiduría de san José como maestro a promulgar la Ley, ni a proclamar la Profecía, ni a anunciar el Evangelio, sino que consistía en enseñar a su Hijo las cosas más cotidianas desde el amor, por la más íntima connaturalidad. Precisamente el don de sabiduría enseña el amor misericordioso en el interior del alma por esa connaturalidad (cf. santo Tomás, *Summa theologiae* II-II, q.45, a.2 in c.), y es del mismo modo que se enseña en la intimidad de la vida familiar. «Toda la posibilidad de vida histórica –enseña Francisco Canals– cesaría en la humanidad si no se diese en la vida personal, desde lo más íntimo de la vida doméstica y cotidiana, la comunicación amistosa en que la propia vida se transmite y comunica: por nuestros oídos hemos oído, nuestros padres nos lo han contado» (*Sobre la esencia del conocimiento*, pp. 681-682). Así quiso Dios que fuera san José maestro de su Hijo. Y así lo es de nosotros, revelándonos el amor misericordioso del Corazón de su Hijo. Por eso san José es, verdaderamente, «lleno de sabiduría», de la sabiduría del corazón.

# Eiximenis vaticina la extensión de la devoción a san José en la Iglesia

«*El Hijo nin la Madre no le diran de no*»

CARMEN CORTÉS

EN la obra *San José, patriarca del Pueblo de Dios*, Francisco Canals recuerda una disputa teológica del siglo XVIII que tuvo lugar en Barcelona en torno a la primacía de san José sobre san Juan Bautista. Las actuaciones y los discursos de los involucrados muestran lo difundida y arraigada que estaba la devoción a san José no sólo entre los religiosos y teólogos sino también, y sobre todo, en el pueblo llano que tenía por costumbre invocarlo y honrarlo cantando unos gozos dedicados al santo esposo de María.

Esta ardiente disputa entre los carmelitas del convento de San José de Barcelona y los monjes cistercienses del Real Monasterio de Nuestra Señora de Poblet, llevó al maestro Félix Genover a dirigirse y pedir a los «Ilustrísimos Señores Obispos, que cada uno en su Obispado, o reunidos en Concilio Provincial, prohibiesen cantar la mencionada estrofa en los Gozos de San José». Se refería el cisterciense a unos difundidísimos gozos y, en particular, a aquella estrofa que cantaba así: «Pues sos santo sin igual y de Dios el más honrado; sednos Joseph Abogado en esta vida mortal». Parece que la pretensión de aquel que los impugnaba era lograr desarraigar algunas ideas sobre san José que se hallaban «muy difundidas en la predicación y asumida generalmente por los fieles».

Destaca el doctor Canals que en esta disputa prevaleció la firme y mayoritaria posición josefina sostenida por los carmelitas de Barcelona, con el apoyo del seminario conciliar, de los mercedarios, dominicos y jesuitas. Todo un signo de las «dimensiones profundas de la evolución de la conciencia del pueblo cristiano» respecto de la santidad de José, que ya «se orientaba en la línea que sería la del futuro en la Iglesia».

Otro testimonio de las profundas raíces de la devoción a san José en Cataluña lo hallamos en los escritos de fray Francesc Eiximenis. Nacido en Gerona en torno al año 1327, el joven Francesc debió de ingresar pronto en la Orden Franciscana, porque consta que recibió el diaconado en la iglesia de Santa María de Sants, en Barcelona, el 22 de diciembre de 1351.

Entre 1365 y 1370 desarrolló su formación cursando estudios de teología en las conocidas univer-

sidades de Oxford y París, así como Colonia, Florencia y Roma.

Este erudito fraile franciscano fue a la vez consejero y persona de confianza de los conde-reyes Pere el Cerimoniós, Juan I el Caçador y Martí I l'Humà. En muchas ocasiones fue instado a ilustrar a los monarcas y a los gobernantes de su época sobre el gobierno de «la cosa pública», llegando a desarrollar un *corpus* teológico y filosófico de evidente influencia aristotélica.

Aunque gran parte de su vida transcurrió en el convento de la ciudad de Valencia, también residió en el de Barcelona entre los años 1371 y 1383. Durante estos años empezó, obligado por Pere el Cerimoniós, la redacción de su gran obra *Lo crestià*, la más conocida y divulgada.

En su época el humanismo se abría ya paso, pero aquellas mismas ansias de renovación que empezaban a fraguarse y a influir en los medios intelectuales coetáneos, llevan a Eiximenis a defender con empeño la tradición cultural de que era deudor y a esforzarse por adecuarla a los nuevos problemas que se suscitaban. Podríamos decir que, en medio de un siglo de grandes agitaciones sociales, políticas y religiosas, es uno de los representantes más vivos del medievalismo catalán pues, anclado en la firmeza de la tradición medieval, asume la responsabilidad de presentar de forma adecuada al lector de su tiempo la tradición patristica, escolástica y canonística de la que se consideraba heredero, para así hacerla perdurar.

*Lo crestià*, responde a este afán y tiene el mérito de haber realizado una labor apostólica singular: la de sintetizar los fundamentos de la fe, siempre con el fin de hacer asequible el conocimiento de la teología y moral cristianas al hombre medio de su época. Todas las demás obras de Eiximenis —el *Llibre del àngels*, la *Vida de Jesucrist*, el *Regiment de la cosa pública*, entre otras— giran en torno a *Lo crestià* como si fueran hijas de este gran proyecto. El fin al que se dirige esta magna *Suma* queda enunciado ya en las primeras líneas de la misma: «Dic que aquest llibre se apella *Crestià*, per tal quant ací es conté sumariament tot lo fonament de cristianisme e tot ço qui es pertany a hom qui segueixca vida cristiana, ne que enaquella desig senceramet sos dies finir».

En los últimos años, los estudios sobre Francesc Eiximenis han proliferado, tanto en el terreno de la filología como en el ámbito de teología y filosofía práctica, sobre todo en lo tocante a su planteamiento político-pactista. En el presente, diferentes instituciones trabajan en la edición y publicación de sus obras, muchas de ellas inéditas para nosotros, pues se hallan en ejemplares manuscritos o incunables del siglo xv.

Así sucede, por ejemplo, con su *Vida de Jesucristo*. Este tratado de cristología escrito a finales del siglo xiv, originalmente en catalán, fue muy apreciado por sus contemporáneos y pronto se multiplicaron las copias manuscritas y las traducciones. Esta pronta difusión bien pudo responder al interés por las nuevas corrientes espirituales propias de la época, que luego darán lugar a la *devotio moderna*. En catalán los manuscritos se cuentan por decenas y en castellano encontramos por lo menos ocho manuscritos y una edición en imprenta publicada el 30 de abril de 1496 en Granada, a expensas del primer arzobispo de la ciudad recién reconquistada, Hernando de Talavera. *Vida de Jesucristo* de Francesc Eiximenis, fue el primer libro impreso en la ciudad ya cristiana.

Destacamos esta obra porque en ella se descubre un tratado teológico sobre san José. Un verdadero tratado que parte de aquel que ha sido considerado como el principio primero de la josefología: la afirmación del matrimonio de José y María. Así, Eiximenis, junto a las cuestiones centrales propias de un libro de cristología, dedica y «allí mismo escribió en ese mismo libro: las dignidades: excelencias y vida muy sancta de Nuestra Señora la Vir-

gen Maria: y el muy Sancto Joseph su esposo». Y, además, un tratado de verdadera josefología, sobre todo, por su «referencia a Cristo como cabeza y padre de la familia de Nazareth» (Canals): «la patriarcal y conjugal dinidad: fueron acabadas en este Santo Joseph, y por esto sant Matheo en el primero capitulo de su evangelio dize: que la generacion de Iesu Cristo: acabo en este Santo Joseph». Podemos suponer que la viva devoción a san José que hallamos en esta obra responde a la influencia de los también franciscanos y josefinos Pedro J. Olivi y Ubertino de Casale, cuyas doctrinas se encuentran también en los escritos más escatológicos de Eiximenis.

Con ocasión de la festividad de san José del presente año 2014, presentamos parte de dos capítulos de la *Vida de Jesucristo* en los que el *menoret*, movido por el fervor, lamenta que en su tiempo «ninguno se cura del: y por esso su nombre y muy excelente santidad: no se publica de presente. Mas dizen este que quando el pueblo de ysrahel sera a Dios convertido antes dela fin del mundo (...) santo Joseph esposo de la Gloriosa: sera altamente festejado y honrado». Ya Torras i Bages nos había advertido que Eiximenis «es devotísimo y curioso cuando habla de san José» y que «parece profetizar una época, como así ha sucedido, en que su devoción se multiplicará por toda la tierra».

(Los siguientes fragmentos corresponden a la traducción castellana realizada a instancias de fray Hernando de Talavera, el primer obispo de Granada y confesor de Isabel la Católica, en 1496:)

#### CAPÍTULO LXVII. Por que la Santa Yglesia ensu offico faze tan poca mencion de Joseph marido dela Gloriosa Virgen Maria.

Maravilla es que del santo Joseph marido dela Gloriosa, como oviesse con ella tan alto titulo como es de marido y que tanto tiempo serviesse al Senyor: enel officio divinal, ni enlas predicaciones, ni enlas otras cirimonias eclesiasticas ni cristianas se faga ninguna mencion ni solemnidad ni memoria. Cerca delo qual algunos doctores mayormente el doctor de lugduno en el sermon dela natiuidad del Señor: dize algunos puntos que he tomado en suma.

El primero es que Joseph esposo y marido de la Gloriosa: ha avido algunas gracias: o privilejos de nuestro Señor Dios, los quales jamas otro ombre ovo, por los quales meresse gran de honor todos tiempos y que del y de su grand santidad sea fecha especial memoria según que de yuso parecera. (...)

«si piensas como morava de continuo dentro en una casa con aquella sagrada virgen: quanta virtud y gracia le fue por Dios dada para que todos tiempos le guardase enteramente la reverencia devida a su muy excelente sanctidad y muy alta y entera puridad: dentro en su coraçon. Y con cuanta devoción y prudencia la oteava y la contemplava, fablando, dormendo, velando, comiendo, beviendo, y estando con ella y andando por camino, y tanto tiempo perseverando en uno amos, y todos tiempos: aprovechando en toda virtud y santidad acabada, y en uno biviendo en pequeña casa e estrecha y pobre, en muy grand linpieza de coraçon y de pensamiento». (...)

El grand doctor y obispo de cantuaria enel sermon de la incarnacion del Fijo de Dios ayunta las siguientes gracias. La primera: que Joseph fue persona de grand santidad, y pruevalo assi. (...) pues que devia ser de josep que continuamente noche y dia estava en servicio de Dios y de su Santa Madre, y les era asi tanto amado, y con ellos ligado y ayuntado por titulos muy altos que del fijo avia titulo de padre y de la madre avia titulo de verdadero marido. Por cierto pensar puedes: que el era archa de toda virtud y de toda perfeccion.

O Señor dize este dotor y quien puede pensar las noblezas, perfecciones, virtudes y santidades que se mestran deste santo glorioso, en aver se ydo asi familiar continuo en orar, fablar, comer, estar, dormir y obrar con el Fijo de Dios y con su Gloriosa Madre dentro enel secreto de su pequeña caseta, y que dentro en aquellos tan grandes secretos y en medio de aquellas tan altas columnas y ençendimientos de fuego de amor y de los mayores alumbramientos celestiales: estoviesse aquel santo ombre Joseph.

Pensar puedes como era enel mortificada toda inclinacion a pecar, y como era en alto levada la sua anima: a contemplar aquellas tan sobre excellentes personas, y obras tan altas y tan escondidas al mundo, y como estava todo enflamado en los amar y servir, y quanta gracia, y merito, y virtud, y santidad: alcanço el santo Joseph por todas estas cosas.

La segunda gracia espiritual de Joseph dize este era: enlos espirituales y corporales solazes que el rescibio trayendo a Iesu Cristo amenudo en sus braços, y oteandolo con gran fervor, y fablando conel deleytosamente assi como padre con su amado fijo. O Señor quanto fervor y amor le enflamava el coraçon y quanta devoción le crecía dentro en su anima quando assi lo veyá dulce fermoso amable amoroso y lleno de todas bondades. Ni debe ninguno dubdar que el Salvador niño chico y despues ya crecido: quando veyá que Josep le amava tanto y le oteava con grand gozo y le traya con tanta reverencia y devocion: que no le dicesse dentro en su anima grandes consolaciones y sentimientos dela divinal alteza y de su dulçor y benignidad y bondad. E seas cierto que en su otear y fablar y abraçar de fijo: le dava grandes illumniaciones celestiales y sentimientos y gustos de su dulçor y de su alta magestad.

La tercera es que la patriarchal y conjugal dinidad: fueron acabadas en este Santo Joseph, y por esto sant matheo enel primero capitulo de su evangelio dize: que la

generacion de Iesu Cristo: acabo en este Santo Joseph.

La quarta es que este ha dios elegido para introducir en el mundo a Ihesu Cristo: assi como a patriarcha y amado suyo, y especial servidor y amigo. Por que parece que assi como todo cristiano es muy obligado ala Gloriosa Madre de Dios por que por ella ha rescibido a Iesu Cristo: assi deve aver a este su Santo Esposo todos tiempos special reverencia. Ca ha seydo enello special ayudador y muy buen ministro, que al Fijo de Dios ha servido y criado despues que aparecio en el mundo en aquella manera que encima avemos dicho.

La quinta que no es dubda que Iesu Cristo en parayso no le aya muy altamente ensalçado honrado y glorificado por la grand reverencia honor e fieldad grande y luengo y devoto servicio: que el le fizo fasta el dia en que murio. E dize este doctor ala fin: que los cristianos este tan grand Patriarca y tan familiar servidor de Dios y tan alto en el cielo: no ayan en memoria: viene de grand negligencia, ca piensan poco enlos santos y en las altas y grandes obras de Dios, como en pero cada uno deva firmemente creer, que el es assi poderoso con Dios: que recorrer ael: seria cosa muy segura y plaziente a Dios, y ala Gloriosa, y aquel que con grand efficacia y devocion a el recorriesse: averia su justa peticion ligeramente, ca el Hijo nin la Madre no le diran de no, antes publicarian su santidad: aceptando su peticion si ovesse quien a el recorriesse, mas ninguno se cura del: y por esso su nombre y muy excelente santidad: no se publica de presente. Mas dize este que quando el pueblo de Ysrahel sera a Dios convertido antes dela fin del mundo, como lo toca Sant Pablo ad Romanos, XI, entonce el dicho pueblo requerira que los santos del viejo testamento sean guardados y honrados asi como son los santos del nuevo, y seran oydas sus suplicaciones por el Santo Padre Apostolico. E dize que entonce los divinales oficios cresceran y se mudaran en mas altos y mas devotos.

E entonce la Santa Yglesia y el pueblo cristiano a grande instancia delos dichos conversos: fara fiesta de todos los patriarchas y profetas. E diremos Santo Adan, e Santa Eva, Santo Abel, Santo Noe, Santo David, Santo Ysayas, y assi delos otros santos patriarchas y profetas. Entre los quales el Glorioso Santo Joseph Esposo dela Gloriosa: sera altamente festejado y honrado. E esto en especial por reverencia del Salvador y dela Gloriosa, delos quales fue tan singular servidor y amigo tan especial.

# Desarrollo de la devoción a san José en Cataluña

## *Pastoral del obispo de Barcelona Enrique Reig y Casanova en el cincuentenario del patrocinio de san José sobre la Iglesia (1920)*

SE atribuye a la Orden carmelitana la introducción del culto a san José en Occidente. Es lo cierto que dicha orden, por lo que se refiere a España, promovió esta devoción y la infundió en la privilegiada alma de la santa Madre Teresa de Jesús de tal modo, que declaró protector y Abogado especialísimo de las vírgenes del Carmelo Reformado, a san José, en manos del cual ponía las llaves de los conventos que fundaba o reformaba, convirtiéndolos en centros de irradiación de devoción josefina.

El primer carmelita catalán, contemporáneo y amigo de santa Teresa de Jesús, a la cual y a su orden prestó valiosos servicios, fue el doctor Bullón de Roca, conocido por el padre Roca, desde que entró en religión.

Pocos, o mejor, ninguno como el padre Roca, entre los primeros que abrazaron la santa reforma, secundó los ardientes y celestiales deseos de la esclarecida Reformadora; pocos o ninguno como él recibieron la transfusión de la acendrada piedad josefina de la Santa, como vamos a ver.

Desde Monzón, donde el padre Roca ofreció sus respetos al rey Felipe II, que allí acababa de tener Cortes, vino a Barcelona, y previa la comunicación de sus propósitos al Prelado y a los *concelleres* de la Ciudad, emprende la fundación del convento de su Orden, siendo la iglesia del mismo, la primera en Cataluña dedicada a san José. Bruniquer consigna que esta fundación fue hecha en 25 de enero de 1587.

Panegirista y celoso propagador de la piedad josefina, persuadía a todos al hablar de continuo de las excelencias del glorioso Patriarca y de las grandes ventajas de la devoción al mismo. No sólo le dedicó el convento de Barcelona, sino todos los que pudo de los fundados en Cataluña y Aragón. Cuando en 1588 el desarrollo que había logrado alcanzar la reforma carmelitana aconsejó la conveniencia de dividirla en provincias, fueron eligiendo cada uno de los padres los patronos de cada una de las distintas provincias de Castilla, Andalucía, Portugal y las Indias, y el padre Roca, uno de los que asistían a aquel Capítulo general, solemnemente declaró que, siguiendo los deseos e inspiraciones de la santa Reformadora, elegía y ponía bajo el poderoso amparo y valiosa protección de san José, la nueva pro-

vincia de la Corona de Aragón, que se glorió llamándose provincia de San José. Y de tal modo los hijos de la gran Madre Teresa de Jesús popularizaron la devoción a nuestro Santo, que les designaba el pueblo con el nombre de *Pares Josepets*, y aún hoy, el templo parroquial que fue iglesia de los carmelitas, en Gracia, es conocido vulgarmente por iglesia *dels Josepets*.

Natural era que la devoción a san José, profundamente arraigada en Cataluña, tuviera manifestaciones ingenuas en la canción popular, en la iconografía, en la poesía y en las oraciones del pueblo, divulgando la vida, glorias, virtudes y prodigios del Santo Patriarca. Merece singular mención el poeta catalán y barcelonés Pedro Serafí, de quien pudiéramos decir que en el siglo XVI entrevé o afirma el patronato de san José sobre la Iglesia universal, cuando en uno de los varios cantos espirituales que al Santo dedica, el que titula *Metáfora en lahors de Sanct Joseph espós de Nostra Senyora*, aplica al santo Patriarca todos los oficios y prerrogativas del Sumo Pontífice en la Iglesia católica, y dice en la segunda estrofa:

*L'acte major y offici del Sanct Papa es conservar, guardar l'Esglesia Sancta, tal fereu vos segons nostra ley canta.*

Aun antes de Pedro Serafí puede verse la devoción ferviente de Cataluña a san José, en las tiernísimas frases de ingenua familiaridad y plena confianza dedicadas a san José que se encuentran en el *Cançoner de Nadal* de las postrimerías del siglo XV.

En el renacimiento de Cataluña, en lo que tiene de genuino y conforme a la religiosidad de las generaciones que la hicieron grande, no podía faltar el eco de la devoción a san José, que de tal manera vibra en el espíritu de este pueblo. Así es, y en la lírica de Verdaguer, en su trilogía *Jesús Infant (Betlem, Natzaret y la Fugida a Egipte)* la llama de la devoción popular josefina catalana fulgura con resplandores definitivos, insuperables.

De un eminente catalán, del cardenal Vives, es la *Summa Josephina*, compilación copiosísima de doctrina y de piedad en honor de nuestro Santo. Un prelado catalán, el Excmo. D. Benito Vilamitjana, Arzobispo de Tarragona, es el que, ante los apremios de la devoción josefina de esta tierra, autoriza el es-



*Detalle de la fachada del  
Nacimiento del templo de  
la Sagrada Familia  
(Barcelona)*



capulario de san José, concede indulgencias a sus diocesanos que lo lleven y que invoquen al Santo con la deprecación en el escapulario inscrita; y, como se adelanta a lo que diez años después reconocerá la Santa Sede, se cuida de advertir que todo ello lo hace «con sujeción a lo que en su día determinare la Sede Apostólica, tanto respecto de la autorización del escapulario como de la concesión de indulgencias».

#### IV

**C**UENTA nuestra ciudad de Barcelona con dos monumentos que por su importancia y nombradía, bastarían por sí solos para ponerla a la cabeza de las ciudades que más hondamente sienten y propagan la devoción al virginal Esposo de la Madre de Dios. Son éstos, el templo expiatorio de la Sagrada Familia y el Santuario de San José de la Montaña. De uno y otro es obligado decir algo en este documento.

Simultáneamente aparece el Boletín-Revista, órgano de la Asociación, con el título de *El Propagador de la devoción a San José*. Dios bendice la obra que despierta por toda España el mayor entusiasmo, y se desarrolla hasta el punto de contar a los pocos años con 20.000 suscriptores de *El Propagador*, número fabuloso entonces y aún ahora para revistas piadosas. Al ser declarado san José patrono de la Iglesia universal, la Asociación josefina regala a Pío IX un grupo escultórico de la Sagrada Familia bajo la palmera. El señor Bocabella, que al frente de los comisionados fue recibido muy solemnemente por el Papa, se traslada luego a Loreto y allí concibe la

grandiosa idea de la erección, por la Asociación Josefina, de un templo expiatorio dedicado a la Sagrada Familia.

Cuál haya sido la labor josefina en España, de la «Asociación Espiritual de Devotos de San José» y de su órgano *El Propagador* dícenlo con máxima elocuencia los hechos y los números. Ahí está ese grandioso templo en construcción, cuya genial traza admira a cuantos lo visitan; y lo visitan, cuantos desde todos los puntos del mundo vienen a esta gran ciudad cosmopolita. Durante los cincuenta y cuatro años que de existencia llevan la Asociación y su órgano, se han allegado e invertido en la construcción del templo expiatorio de la Sagrada Familia, más de 3.500.000 pesetas y se han entregado al «Dinero de San Pedro» 497.854.

El otro monumento a que nos hemos referido, es el santuario de San José de la Montaña. La Rdma. Madre Petra de San José, fundadora y primera superiora general de la Congregación de Madres de los Desamparados, había fundado un Asilo de huérfanos en San Gervasio, en enero de 1887, de donde se trasladó después a Gracia a una casa alquilada por cinco años. Al término del contrato, en 1895, viéronse precisadas las religiosas a abandonar también esta nueva casa, careciendo en absoluto de medios para alquilar ni menos para comprar otra. La Madre Petra de San José, devotísima del Santo, a quien llamaba su Padrecito, con fe viva acudió a él e hizo que acudieran todas las hermanas, y el 19 de marzo del mismo año 1895 se firmaba la escritura de donación de unos terrenos con una casita insuficiente, que muy pronto pudo ensancharse, construyéndose un excelente Asilo y un gran templo, me-

dian­te la afluencia de limosnas impetra­das en nom­bre de san José y con su imagen en la mano.

Situado dicho terreno en la falda de una colina que domina la ciudad, cundió rápidamente la devoción a aquel santuario, conociéndosele desde el principio con el nombre de «San José de la Montaña». En 1902, desarrollada ya la «Pía Unión de San José de la Montaña», comenzó a publicarse la revista quincenal titulada *La Montaña de San José*, órgano de la Pía Unión.

La devoción a san José con dicha advocación se ha difundido en pocos años prodigiosamente, sobre todo en España y América. Es constante y frecuentemente solemne el culto que en dicho Santuario, de continuo visitado por los fieles y favorecido con varias peregrinaciones, se dedica al Santo.

Con motivo del presente año jubilar josefino, y de cumplirse el XXV de la existencia del Santuario, se ha acudido a la Santa Sede impetrando la autorización necesaria para la coronación solemne de la imagen de San José de la Montaña; con veneración y gratitud grandes hemos recibido el oportuno breve apostólico, que lleva fecha 15 de enero del presente año, y que insertamos a continuación de esta Pastoral.

## V

**Y**A veis por lo dicho, N. V. H. y A. H., cuán justificado está que, tratando de exhortaros a la piedad, a la devoción y a la penitencia, con motivo del santo tiempo de Cuaresma, me haya valido de la ocasión que brinda el quincuagenario del decreto pontificio que declaró a san José patrono de la Iglesia universal. La característica devoción secular y entrañable de nuestro pueblo al Padre nutricio del Salvador, ha de encontrar aliciente y estímulo en el presente año que podemos llamar «Josefino».

Las causas que determinaron al Pontífice de la Inmaculada a recurrir a tan valiosísimo patrocinio, se han agravado considerablemente, como os he indicado al principio. La subversión completa de todo principio de autoridad, la conflagración hasta el exterminio entre las diversas clases sociales, la desorganización disolvente de la familia, todo ello proveniente de la ausencia, cada vez mayor, del espíritu cristiano en las leyes y en las costumbres, ponen en inminente riesgo la misma vida social.

Remedio adecuado para combatir tantos males, ha de ser la imitación del humilde Obrero de Nazaret, modelo para todas las clases sociales y para todos los estados. El procer encontrará en él al descendiente de regia estirpe, que humilde y laborioso no se desdeña del ejercicio de un oficio manual, que le



*Santuario de San José de la Montaña (Barcelona)*

confunde con lo que hoy llamamos proletariado; el esposo y el padre tienen en él dechado perfecto de fidelidad, solicitud y ejercicio prudente de autoridad en el seno del hogar; los obreros verán en él dignificado y ennoblecido el trabajo, y la íntima felicidad de la vida morigerada «saturada del espíritu de Cristo».

Como dice muy bien el preclaro obispo de Vich, Dr. Torras y Bages: «La primera cualidad de una autoridad consiste en que tenga el don de reconciliar los ánimos en épocas de discordia; y la sagrada Liturgia considera como el mérito mayor del Pontífice, la posesión de la nobilísima prerrogativa de reconciliar a los hombres entre sí. ¿Faltaría, pues, a san José, autoridad en la casa de Cristo, que es la de los cristianos, semejante cualidad? ¿No acertará él a reconciliar los ánimos? Es indudable que sí, y de la propagación verdadera de su devoción, de la imitación sincera de su virtudes pe parte de los cristianos, podemos esperar fundadamente la reconciliación di los hombres, hoy desunidos y alborotados; la paz de las familias, la concordia entre los ciudadanos, y la gloria de la Iglesia, hoy deprimida, ante aquellos que carecen de fe, por las divisiones de sus hijos».

El concepto materialista de la vida, el ansia de groseros placeres, el horror a todo lo que importe sacrificio y mortificación tanto en los de arriba como en los de abajo, conducen a la sociedad presente a los desvaríos desórdenes que estamos sufriendo. Para contrarrestar esto, es tiempo adecuado, el presente de Cuaresma, y modelo perfecto el glorioso Patriarca que tantas penalidades soportó y con tantas tribulaciones fue probado, si: que su conformidad y equilibrio se alteraran en lo más mínimo, sacando de todo, nuevos motivos de santificación y de méritos para la glorificación eterna.

# «José es “custodio” porque sabe escuchar a Dios, se deja guiar por su voluntad»

*Homilía del papa Francisco en la misa de imposición del Palio y entrega del Anillo del Pescador en el inicio de su ministerio*

Plaza de San Pedro  
Martes, 19 de marzo de 2013

Queridos hermanos y hermanas:

Doy gracias al Señor por poder celebrar esta santa misa de comienzo del ministerio petrino en la solemnidad de san José, esposo de la Virgen María y patrono de la Iglesia universal: es una coincidencia muy rica de significado, y es también la onomástica de mi venerado predecesor: le estamos cercanos con la oración, llena de afecto y gratitud.

Saludo con afecto a los hermanos cardenales y obispos, a los presbíteros, diáconos, religiosos y religiosas y a todos los fieles laicos. Agradezco por su presencia a los representantes de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales, así como a los representantes de la comunidad judía y otras comunidades religiosas. Dirijo un cordial saludo a los jefes de Estado y de Gobierno, a las delegaciones oficiales de tantos países del mundo y al Cuerpo diplomático.

Hemos escuchado en el Evangelio que «José hizo lo que el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer» (Mt 1,24). En estas palabras se encierra ya la misión que Dios confía a José, la de ser *custos*, custodio. Custodio ¿de quién? De María y Jesús; pero es una custodia que se alarga luego a la Iglesia, como ha señalado el beato Juan Pablo II: «Al igual que cuidó amorosamente a María y se dedicó con gozoso empeño a la educación de Jesucristo, también custodia y protege su Cuerpo Místico, la Iglesia, de la que la Virgen Santa es figura y modelo» (Exhort. ap. *Redemptoris Custos*, 1).

¿Cómo ejerce José esta custodia? Con discreción, con humildad, en silencio, pero con una presencia constante y una fidelidad total, aun cuando no comprende. Desde su matrimonio con María hasta el episodio de Jesús en el Templo de Jerusalén a los doce años, acompaña en todo momento con esmero y amor. Está junto a María, su esposa, tanto en los momentos serenos de la vida como en los difíciles, en el viaje a Belén para el censo y en las horas temblorosas y gozosas del parto; en el momento dramático de la huida a Egipto y en la afanosa búsqueda de su hijo en el Templo; y después en la vida cotidiana en la casa de Nazaret, en el taller donde enseñó el oficio a Jesús.

¿Cómo vive José su vocación como custodio de María, de Jesús, de la Iglesia? Con la atención constante a Dios, abierto a sus signos, disponible a su proyecto, y no tanto al propio; y eso es lo que Dios le pidió a David, como hemos escuchado en la primera lectura: Dios no quiere una casa construida por el hombre, sino la fidelidad a su palabra, a su designio; y es Dios mismo quien construye la casa, pero de piedras vivas marcadas por su Espíritu. Y José es «custodio» porque sabe escuchar a Dios, se deja guiar por su voluntad, y precisamente por eso es más sensible aún a las personas que se le han confiado, sabe cómo leer con realismo los acontecimientos, está atento a lo que le rodea, y sabe tomar las decisiones más sensatas. En él, queridos amigos, vemos cómo se responde a la llamada de Dios, con disponibilidad, con prontitud; pero vemos también cuál es el centro de la vocación cristiana: Cristo. Guardemos a Cristo en nuestra vida, para guardar a los demás, para salvaguardar la creación.

Pero la vocación de custodiar no sólo nos atañe a nosotros, los cristianos, sino que tiene una dimensión que antecede y que es simplemente humana, corresponde a todos. Es custodiar toda la creación, la belleza de la creación, como se nos dice en el libro del Génesis y como nos muestra san Francisco de Asís: es tener respeto por todas las criaturas de Dios y por el entorno en el que vivimos. Es custodiar a la gente, es preocuparse por todos, por cada uno, con amor, especialmente por los niños, los ancianos, que son más frágiles y que a menudo se quedan en la periferia de nuestro corazón. Es preocuparse uno del otro en la familia: los cónyuges se guardan recíprocamente y luego, como padres, cuidan de los hijos, y con el tiempo, también los hijos se convertirán en cuidadores de sus padres. Es vivir con sinceridad las amistades, que son un recíproco protegerse en la confianza, en el respeto y en el bien. En el fondo, todo está confiado a la custodia del hombre, y es una responsabilidad que nos afecta a todos. Sed custodios de los dones de Dios.

Y cuando el hombre falla en esta responsabili-

dad, cuando no nos preocupamos por la creación y por los hermanos, entonces gana terreno la destrucción y el corazón se queda árido. Por desgracia, en todas las épocas de la historia existen «Herodes» que traman planes de muerte, destruyen y desfiguran el rostro del hombre y de la mujer.

Quisiera pedir, por favor, a todos los que ocupan puestos de responsabilidad en el ámbito económico, político o social, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad: seamos «custodios» de la creación, del designio de Dios inscrito en la naturaleza, guardianes del otro, del medio ambiente; no dejemos que los signos de destrucción y de muerte acompañen el camino de este mundo nuestro. Pero, para «custodiar», también tenemos que cuidar de nosotros mismos. Recordemos que el odio, la envidia, la soberbia ensucian la vida. Custodiar quiere decir entonces vigilar sobre nuestros sentimientos, nuestro corazón, porque ahí es de donde salen las intenciones buenas y malas: las que construyen y las que destruyen. No debemos tener miedo de la bondad, más aún, ni siquiera de la ternura.

Y aquí añado entonces una ulterior anotación: el preocuparse, el custodiar, requiere bondad, pide ser vivido con ternura. En los Evangelios, san José aparece como un hombre fuerte y valiente, trabajador, pero en su alma se percibe una gran ternura, que no es la virtud de los débiles, sino más bien todo lo contrario: denota fortaleza de ánimo y capacidad de atención, de compasión, de verdadera apertura al otro, de amor. No debemos tener miedo de la bondad, de la ternura.

Hoy, junto a la fiesta de san José, celebramos el inicio del ministerio del nuevo obispo de Roma, Sucesor de Pedro, que comporta también un poder. Ciertamente, Jesucristo ha dado un poder a Pedro, pero ¿de qué poder se trata? A las tres preguntas de Jesús a Pedro sobre el amor, sigue la triple invitación: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ove-

jas». Nunca olvidemos que el verdadero poder es el servicio, y que también el Papa, para ejercer el poder, debe entrar cada vez más en ese servicio que tiene su culmen luminoso en la cruz; debe poner sus ojos en el servicio humilde, concreto, rico de fe, de san José y, como él, abrir los brazos para custodiar a todo el Pueblo de Dios y acoger con afecto y ternura a toda la humanidad, especialmente a los más pobres, los más débiles, los más pequeños; eso que Mateo describe en el juicio final sobre la caridad: al hambriento, al sediento, al forastero, al desnudo, al enfermo, al encarcelado (cf. Mt 25,31-46). Sólo el que sirve con amor sabe custodiar.

En la segunda lectura, san Pablo habla de Abraham, que «apoyado en la esperanza, creyó, contra toda esperanza» (Rm 4,18). Apoyado en la esperanza, contra toda esperanza. También hoy, ante tantos cúmulos de cielo gris, hemos de ver la luz de la esperanza y dar nosotros mismos esperanza. Custodiar la creación, cada hombre y cada mujer, con una mirada de ternura y de amor; es abrir un resquicio de luz en medio de tantas nubes; es llevar el calor de la esperanza. Y, para el creyente, para nosotros los cristianos, como Abraham, como san José, la esperanza que llevamos tiene el horizonte de Dios, que se nos ha abierto en Cristo, está fundada sobre la roca que es Dios.

Custodiar a Jesús con María, custodiar toda la creación, custodiar a todos, especialmente a los más pobres, custodiarnos a nosotros mismos; he aquí un servicio que el obispo de Roma está llamado a desempeñar, pero al que todos estamos llamados, para hacer brillar la estrella de la esperanza: protejamos con amor lo que Dios nos ha dado.

Imploro la intercesión de la Virgen María, de san José, de los apóstoles san Pedro y san Pablo, de san Francisco, para que el Espíritu Santo acompañe mi ministerio, y a todos vosotros os digo: rezad por mí. Amén.



# San José, modelo del Apostolado de la Oración

*El padre jesuita Enrique Ramière (1821-1884), segundo fundador del Apostolado de la Oración y apóstol ferviente del Corazón de Jesús, fundó y dirigió durante muchos años Le Mésager du Coeur de Jésus. Traducimos unos párrafos de esta revista, que expresan el ambiente de amor a la Iglesia y ferviente devoción a san José, que precedió al acto de Pío IX por el que lo proclamó patrono de la Iglesia. Un fragmento de su célebre libro El Apostolado de la Oración muestra, en la figura y tarea de san José, cuál es la esencia del apostolado más eficaz.*

**S**IN alejarnos de Jesús y María y sin salir de esa casa de Nazareth, primer teatro del Apostolado de la Oración, hallaremos otro modelo perfecto y poderoso protector de este apostolado en san José.

Más aun que su augusta Esposa, este santo Patriarca se vio despojado de todos los medios exteriores que hubieran podido ponerle en estado de trabajar en la gloria de su divino Hijo. Dejó este mundo antes que el Salvador hubiese empezado su vida pública; no pudo asociarse de ninguna manera a sus predicaciones, ni asistir a su sacrificio, ni comunicar con sus Apóstoles, ni formar sus primeros discípulos. Todo su papel para con Jesucristo se redujo a servirle de abrigo en los anonadamientos de su infancia, y a dirigir los oscuros trabajos de su vida oculta. Todas sus obras han sido obras materiales, las más apartadas por su naturaleza del fin espiritual de la misión del Verbo encarnado.

Y, sin embargo, ¿quién se atrevería a decir que san José ha sido extraño a esa divina misión? ¿No es la Iglesia cristiana la que, sirviéndose de las palabras de san Bernardo, le proclama fiel coadjutor del gran consejo o, lo que es lo mismo, cooperador con Jesús y María en la grande obra de la salvación del mundo? Por lo demás no hay respecto de este asunto la menor duda entre los fieles.

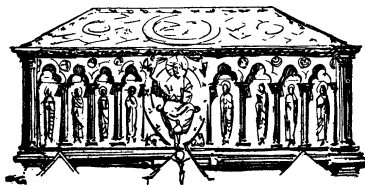
El poder de san José que ha permanecido largo tiempo como velado en la Iglesia, se ha manifestado en estos últimos siglos con un brillo incomparable. Revelada a los santos, saludada con entusiasmo por los fieles, esta devoción se presenta a nuestros ojos como una de las pruebas más dulces del constante interés que toma nuestro Señor por su Iglesia y de la solicitud con que prepara nuevos remedios a sus males siempre renacientes.

Mas la devoción a san José no sólo es un consue-

lo para nuestra piedad, sino que además es un estímulo para nuestro celo. Si fue apóstol cepillando tablas, ¿quién podrá creerse excluido del Apostolado? Si por la virtud de la intención con que animaba unas obras tan humildes en sí mismas de que se compuso toda su vida, ha contribuido a la salvación de las almas tanto y más que los más elocuentes misioneros y los más admirables taumaturgos, ¿quién tendrá derecho a oponernos la naturaleza de sus ocupaciones, o la exigencia de su pobreza como una excusa que le dispensa de emplearse en esta obra? La misión de los santos consiste en reflejar los diversos aspectos de la vida de nuestro Señor, a fin de hacer más accesible a nuestra imitación este divino modelo de toda santidad. San José ha sido destinado a reproducir esa vida oculta a la cual quiso consagrar el Verbo encarnado las nueve décimas partes de su existencia terrestre; es el eco infinitamente elocuente de esa gran lección que hemos ya meditado y por medio de la cual nos hace nuestro divino Maestro comprender que el mérito de nuestras obras no depende en manera alguna de su valor intrínseco, y sí solo del espíritu con el cual las realizamos.

Si, pues, queremos comprender el poder del Apostolado de la Oración, si deseamos explotar sus recursos y recoger todos sus méritos, ¿qué otra cosa mejor podemos hacer que aprender en la escuela de san José y asegurarnos su cooperación? Esta cooperación nos la concederá él de buena gana, y con tal que queramos ser respecto de él fieles discípulos, no se negará a admitirnos a esa grande escuela de Nazaret, en la que se aprende el arte de hacer divinamente las cosas más pequeñas y a llevar oscuramente a cabo la más gloriosa de todas las obras.

(*El Apostolado de la Oración*, 4.<sup>a</sup> ed., Barcelona, 1865, págs. 327-329)



# La «escuela» de Nazaret

## *Palabras de Pablo VI en la iglesia de la Anunciación de Nazaret*

(5 de enero de 1964)

**E**N Nazaret, nuestro primer pensamiento se dirigirá a María Santísima: para ofrecerle el tributo de nuestra piedad; y para nutrir esta piedad con aquellos motivos que deben hacerla verdadera, profunda, única, como los designios de Dios quieren que sea: a la Llena de Gracia, a la Inmaculada, a la siempre Virgen, a la Madre de Cristo –Madre por eso mismo de Dios– y Madre nuestra, a la que por su Asunción está en el Cielo, a la Reina beatísima, modelo de la Iglesia y esperanza nuestra.

En seguida le ofrecemos el humilde y filial propósito de querer venerarla y celebrarla siempre, con un culto especial que reconozca las grandes cosas que Dios ha hecho en ella, con una devoción particular que haga actuar nuestros afectos más piadosos, más puros, más humanos, más personales y más confiados, y que levante en alto, por encima del mundo, el ejemplo y la confianza de la perfección humana;

–y en seguida, le presentaremos nuestras oraciones por todo lo que más llevamos en el corazón, porque queremos honrar su bondad y su poder de amor y de intercesión:

–la oración para que nos conserve en el alma una sincera devoción hacia ella,

–la oración para que nos dé la comprensión, el deseo, la confianza y el vigor de la pureza del espíritu y del cuerpo, del sentimiento y de la palabra, del arte y del amor; aquella pureza que hoy el mundo no sabe ya cómo ofender y profanar; aquella pureza a la cual Jesucristo ha unido una de sus promesas, una de sus bienaventuranzas, la de la mirada penetrante en la visión de Dios;

–y la oración de ser admitidos por ella, la Señora, la Dueña de la casa, juntamente con su fuerte y manso esposo san José, en la intimidad de Cristo, de su humano y divino Hijo Jesús.

Nazaret es la escuela de iniciación para comprender la vida de Jesús. La escuela del Evangelio. Aquí se aprende a observar, a escuchar, a meditar, a penetrar en el sentido, tan profundo y misterioso, de aquella simplísima, humildísima, bellísima manifestación del Hijo de Dios.

Casi insensiblemente, acaso, aquí también se aprende a imitar. Aquí se aprende el método con que podremos comprender quién es Jesucristo. Aquí se comprende la necesidad de observar el cuadro de su

permanencia entre nosotros: los lugares, el Templo, las costumbres, el lenguaje, la religiosidad de que Jesús se sirvió para revelarse al mundo. Todo habla. Todo tiene un sentido. Todo tiene una doble significación: una exterior, la que los sentidos y las facultades de percepción inmediata pueden sacar de la escena evangélica, la de aquellos que miran desde fuera, que únicamente estudian y critican el vestido filológico e histórico de los libros santos, la que en el lenguaje bíblico se llama la «letra», cosa preciosa y necesaria, pero oscura para quien se detiene en ella, incluso capaz de infundir ilusión y orgullo de ciencia en quien no observa con el ojo limpio, con el espíritu humilde, con la intención buena y con la oración interior el aspecto fenoménico del Evangelio, el cual concede su impresión interior, es decir, la revelación de la verdad, de la realidad que al mismo tiempo presenta y encierra solamente a aquellos que se colocan en el haz de luz, el haz que resulta de la rectitud del espíritu, es decir, del pensamiento y del corazón –condición subjetiva y humana que cada uno debería procurarse a sí mismo–, y resultante al mismo tiempo de la imponderable, libre y gratuita fulguración de la gracia –la cual, por aquel misterio de misericordia que rige los destinos de la humanidad, nunca falta, en determinadas horas, en determinada forma; no, no le falta nunca a ningún hombre de buena voluntad–. Este es el «espíritu».

Aquí, en esta escuela, se comprende la necesidad de tener una disciplina espiritual, si se quiere llegar a ser alumnos del Evangelio y discípulos de Cristo. ¡Oh, y cómo querríamos ser otra vez niños y volver a esta humilde, sublime escuela de Nazaret! ¡Cómo querríamos repetir, junto a María, nuestra introducción en la verdadera ciencia de la vida y en la sabiduría superior de la divina verdad!

Pero nuestros pasos son fugitivos; y no podemos hacer más que dejar aquí el deseo, nunca terminado, de seguir esta educación en la inteligencia del Evangelio. Pero no nos iremos sin recoger rápidamente, casi furtivamente, algunos fragmentos de la lección de Nazaret.

Lección de silencio. Renazca en nosotros la valoración del silencio, de esta estupenda e indispensable condición del espíritu; en nosotros, aturdidos por tantos ruidos, tantos estrépitos, tantas voces de nuestra ruidosa e hipersensibilizada vida moderna. Silencio de Nazaret, enséñanos el recogimiento, la



interioridad, la aptitud de prestar oídos a las buenas inspiraciones y palabras de los verdaderos maestros; enséñanos la necesidad y el valor de la preparación, del estudio, de la meditación, de la vida personal e interior, de la oración que Dios sólo ve secretamente.

Lección de vida doméstica. Enseñe Nazaret lo que es la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable; enseñe lo dulce e insustituible que es su pedagogía; enseñe lo fundamental e insuperable de su sociología.

Lección de trabajo. ¡Oh Nazaret, oh casa del «Hijo del Carpintero», cómo querríamos comprender y celebrar aquí la ley severa, y redentora de la fatiga humana; recomponer aquí la conciencia de la dignidad del trabajo; recordar aquí cómo el trabajo no puede ser fin en sí mismo y cómo, cuanto más libre y alto sea, tanto lo serán, además del valor económico, los valores que tiene como fin; saludar aquí a los trabajadores de todo el mundo y señalarles su gran colega, su hermano divino, el Profeta de toda justicia para ellos, Jesucristo nuestro Señor!

He aquí que nuestro pensamiento ha salido así de Nazaret y vaga por estos montes de Galilea que han ofrecido la escuela de la naturaleza a la voz del Maestro y Señor. Falta el tiempo y faltan las fuerzas suficientes para reafirmar en este momento su divino e inconmensurable mensaje. Pero no podemos privarnos de mirar al cercano Monte de las Bienaventuranzas, síntesis y vértice de la predicación evangélica, y de procurar oír el eco que de aquel discurso, como si hubiese quedado grabado en esta misteriosa atmósfera, llega hasta nos.

Es la voz de Cristo que promulga el Nuevo Testamento, la Nueva Ley que absorbe y supera la anti-

gua y lleva hasta las alturas de la perfección la actividad humana. Gran motivo de obrar en el hombre es la obligación, que pone en ejercicio su libertad: en el Antiguo Testamento era la ley del temor; en la práctica de todos los tiempos y en la nuestra es el instinto y el interés; para Cristo, que el Padre por amor ha dado al mundo, es la ley del Amor. Él se enseñó a sí mismo a obedecer por amor; y esta es su liberación. «Deus –nos enseña san Agustín– dedit minora praecepta populo quem adhuc timore alligare oportebat; et per Filium suum maiora populo quem charitate iam liberari convenerat» (PL 34, 11231). Cristo en su Evangelio ha dado al mundo el fin supremo y la fuerza superior de la acción y por eso mismo de la libertad y del progreso: el amor. Nadie lo puede superar, nadie vencer, nadie sustituir. El código de la vida es su Evangelio. La persona humana alcanza en la palabra de Cristo su más alto nivel. La sociedad humana encuentra en Él su más conveniente y fuerte cohesión.

Nosotros creemos, oh Señor, en tu palabra; nosotros procuraremos seguirla y vivirla.

Ahora escuchamos su eco que repercute en nuestros espíritus de hombres de nuestro tiempo. Diríase que nos dice:

Bienaventurados nosotros si, pobres de espíritu sabemos librarnos de la confianza en los bienes económicos y poner nuestros deseos primeros en los bienes espirituales y religiosos, y si respetamos y amamos a los pobres como hermanos e imágenes vivientes de Cristo.

Bienaventurados nosotros si, educados en la mansedumbre de los fuertes, sabemos renunciar al triste poder del odio y de la venganza y conocemos la sabiduría de preferir al temor de las armas la generosidad del perdón, la alianza de la libertad y del trabajo, la conquista de la verdad y de la paz.

Bienaventurados nosotros, si no hacemos del egoísmo el criterio directivo de la vida y del placer su finalidad, sino que sabemos descubrir en la sobriedad una energía, en el dolor una fuente de redención, en el sacrificio el vértice de la grandeza.

Bienaventurados nosotros, si preferimos ser antes oprimidos que opresores y si tenemos siempre hambre de una justicia cada vez mayor.

Bienaventurados nosotros si, por el Reino de Dios, en el tiempo y más allá del tiempo, sabemos perdonar y luchar, obrar y servir, sufrir y amar.

No quedaremos engañados para siempre.

Así nos parece volver a oír hoy su voz. Entonces era más fuerte, más dulce y más tremenda: era divina.

Pero a nos, procurando recoger algún eco de la palabra del Maestro, nos parece hacernos sus discípulos y poseer, no sin razón, una nueva sabiduría, un nuevo valor.

# A Vos, bienaventurado san José, acudimos las familias...

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Es lugar común de numerosos escritores eclesiásticos que la intercesión de san José es la más eficaz y poderosa después de la intercesión de la Virgen María y su patrocinio sobrepuja al de todos los otros santos porque a todos excede en gracia y santidad, con excepción de la Madre de Dios. Además, por la misma razón, esta intercesión del santo Patriarca no es sólo la más eficaz sino también la más universal, como lo demuestran la multitud de obras y acontecimientos eclesiales que están puestos bajo su paternal cuidado. Desde lo más interior hasta lo más multitudinario y social, todo ha ido poniéndose cada vez más bajo la advocación protectora de san José a medida que la Iglesia ha ido comprendiendo mejor el papel esencial de san José en la economía de la salvación.

Efectivamente, san José es el protector por excelencia. Lo fue de la Familia de Nazaret y lo sigue siendo de la familia de Dios, que es la Iglesia. Así lo proclamó Pío IX en 1870 cuando la Iglesia, perseguida en todas partes por sus enemigos, se hallaba agobiada bajo graves calamidades. El fin de tal proclamación, según afirmó el Papa en una carta adjunta al decreto de constitución de san José como patrono universal de la Iglesia católica, fue que la misma Iglesia pueda, por su patrocinio, servir segura a Dios con toda libertad, una vez destruído todo error y adversidad.

El próximo mes de octubre tendrá lugar en el Vaticano la Asamblea general extraordinaria del Sínodo de los Obispos, convocada para tratar «Los retos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización», a la que seguirá, un año después, la Asamblea ordinaria para reflexionar sobre el mismo tema de la familia. Ante tan importantes acontecimientos, marcados por los crecientes y sistemáticos ataques contra la familia, el papa Francisco ha pedido la oración de todas las familias cristianas por el buen fin de dicha convocatoria.

No cabe duda de que la familia –Iglesia doméstica– está en peligro. Y el actual ataque contra ella tiene algo de preternatural, pues solamente la inspiración del mortal enemigo de la naturaleza humana puede explicar la implacable y omnipresente lucha emprendida contra una institución que, como manifestación del gran amor que Dios tiene a los hombres, únicamente mira por su bien, tanto natural como sobrenatural. Por este motivo, secundando la llamada del Santo Padre a la oración, nos parece sumamente oportuno acudir de nuevo a la intercesión de san José para que ejerza eficazmente su patricinio sobre ella y solicitar de él que la familia, una vez destruído todo error y adversidad, pueda servir segura a Dios.

«A Vos, bienaventurado san José, acudimos en nuestra tribulación y después de implorar el auxilio de vuestra Santísima Esposa, las familias cristianas solicitamos también confiadamente vuestro patrocinio. Por aquella caridad con que la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, os tuvo unido y por el paterno amor con que abrazasteis al Niño Jesús, humildemente os suplicamos que volváis benigno los ojos a la herencia que, con su sangre, adquirió Jesucristo, y con vuestro poder y auxilio socorráis nuestras necesidades. Proteged, oh providentísimo Custodio de la Sagrada Familia, la escogida descendencia de Jesucristo; apartad de nosotros toda mancha de error y corrupción; asistidnos propicio, desde el Cielo, fortísimo libertador nuestro, en esta lucha con el poder de las tinieblas; y, como en otro tiempo librateis al Niño Jesús del inminente peligro de su vida, así, ahora, defended nuestra familia de las asechanzas de sus enemigos y de toda adversidad, y a cada uno de nosotros protegednos con perpetuo patrocinio, para que, a ejemplo vuestro y sostenidos por vuestro auxilio, podamos santamente vivir, piadosamente morir y alcanzar en el Cielo la eterna felicidad. Amén.»





# José, ¡salva la familia!

DR. JUAN ANTONIO MATEO GARCÍA  
Delegado Diocesano de Familia y Vida  
Diócesis de Urgell



**S**ON innumerables los aspectos de nuestra vida de fe que puede iluminar san José: el varón justo y discreto que obedece con prontitud los designios de Dios, el custodio de María y del Redentor... En este año en que la Iglesia fija su atención de modo especial sobre la realidad de la familia quisiera detenerme a considerar una particular dimensión de la identidad y misión del Santo Patriarca. Me refiero, concretamente a su dimensión de cabeza de familia y protector del sagrado hogar de Nazaret.

Me inspira especialmente el conocido episodio del Nuevo Testamento cuando José recibe una urgente y delicada admonición divina en vistas a proteger la vida del niño Jesús: «José, toma el niño y su madre y vete a Egipto, pues Herodes quiere acabar con la vida del pequeño».

José, ejerciendo su responsabilidad, emprende aquella dolorosa huida. Abandona su casa, su trabajo, sus relaciones vecinales y tantas cosas que ama. Esta en juego un bien supremo: la vida de Jesús.

Creo que este episodio puede resultar iluminador y determinante en nuestras circunstancias actuales. Efectivamente, no faltan dignos sucesores de Herodes que se proponen acabar con la familia y la

vida tal como deben ser entendidas según los designios de Dios asimilados en la fe y en la recta razón. José nos alienta a tomar decisiones efectivas para salvar la familia.

En un nivel teórico, José alienta la Iglesia de que es protector, a no cesar en su defensa contra viento y marea de lo que Juan Pablo II llamaba «el Evangelio de la familia y de la vida». Herodes, el poder mundano, es poderoso, pero Dios sigue instando a su Iglesia a salvar la familia. Tal vez, para ello, haya que huir a Egipto, abandonar comodidades y fáciles compromisos con el poder mundano e instalarse en una dificultosa inestabilidad que, paradójicamente, es sumamente estable, pues se fundamenta en el poder y providencia de Dios que nunca abandona a los que ponen en Él toda su confianza.

En un nivel más práctico, José ilumina la misión de tantos padres y madres de familia que quieren vivir según la voluntad de Dios Creador y Redentor. Hoy, en el difícil y adverso contexto en que nos movemos, un padre y una madre de familia cristianos, han de tomar necesariamente decisiones difíciles en vistas a salvar la familia. Tendrán que nadar contracorriente y, como la Sagrada familia, emprender difíciles huidas, para salvar el bien máspreciado. Quedarse en la tranquilidad de lo políticamente correcto cuando Herodes acecha, puede resultar mortal. Las concreciones de esta determinación santa pueden ser muchas: la elección de la educación apropiada para los hijos, el seguimiento de sus compañías, la organización del trabajo y de las vacaciones, el acompañamiento en la fe de la prole...

San José enseña también hoy a los padres y madres de familia a ser realistas y valientes y a tomar, a la luz de la fe, las decisiones pertinentes para salvar la familia.

En la familia, enseñaba Juan Pablo II, se juega el futuro de la Iglesia del mundo. Es un terreno donde no caben facilonas componendas o compromisos ingenuos.

La llamada a la que respondió el Varón justo de Nazaret, «José, salva la familia», resuena de modo grave y urgente hoy para los pastores de la Iglesia, padres y madres de familia, educadores y políticos cristianos.

Se trata, ni más ni menos, de salvar la familia, esperanza de la humanidad.

# Algunas reflexiones sobre la acción educativa del padre

MERCEDES PALET FRITSCHI

**A** causa de la desconcertante influencia de los efectos de ideologías y actitudes de vida que conforman la llamada «cultura de la muerte», una de las realidades que más especialmente queda minada y herida es el núcleo más esencial de la familia: el matrimonio indisoluble entre un hombre y una mujer. Entre las consecuencias más perniciosas de este ataque hay que destacar la pérdida de perfil y de relevancia de la persona del esposo y padre de familia. Y, por lo mismo, de su función y misión, especialmente por lo que se refiere a la educación y formación de la personalidad y de la vida de los hijos.

Por distintas circunstancias y presiones de orden ideológico, y también a causa del reto de la incorporación masiva de la mujer al mundo laboral; a causa del aumento ininterrumpido de madres que mantienen y educan ellas solas a los hijos, así como también por el crecimiento desmedido de la primacía social de una afectividad preferentemente femenina, surgen «nuevas imágenes» del padre que reducen la presencia y la función del padre (en la vida familiar) a una especie de «asistencia» a las tareas domésticas y a una especie de «compañero afectivo» de los juegos y entretenimientos infantiles.<sup>1</sup>

El padre queda apartado de su función primordial, que es la de ser principio. Porque es principio *lo propio del padre* es cuidar de los hijos, no sólo temporalmente, sino a lo largo de toda la vida, atesorando interior y exteriormente bienes que colaboren a la plenitud de vida de la esposa y sus hijos.<sup>2</sup>

La educación de los hijos compete, sin duda, al matrimonio; al padre y a la madre en ayuda mutua.<sup>3</sup>

1. Así, por ejemplo, Tony Anatrella indica que las «nuevas» imágenes del padre son la del «padre compañero» (sobre todo) de juegos; y la del «papá-gallina clueca», que ha acabado reduciendo al padre a un rol de hijo primogénito en la familia o como mucho a una especie de «madre bis». Además, el aparentemente imparable aumento de divorcios y el progreso de las técnicas de procreación asistida favorecen «el olvido del padre». Parece que el padre ya no es necesario, «todos juegan a ser madre». Cf. Tony ANATRELLA, «La figura del padre en la modernidad», *Humanitas*, 50, 2008.

2. Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, II-II, q. 101, a. 1 ad.2.

3. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, III, q. 29, a. 2 in c.: «La forma del matrimonio consiste en una unión indivisible de las almas, en virtud de la cual cada uno de los cónyuges se compromete a guardar indivisiblemente

Pero hay cosas que competen a cada uno de ellos de un modo especial. En efecto, parece que lo más propio de la madre, por su mayor cercanía con el hijo y por su mayor capacidad a la hora de percibir tanto el conjunto como los detalles de la sensibilidad de los hijos, es la educación especialmente en las virtudes de la templanza y de la fortaleza, aquellas que permiten adquirir y mantener el «orden y la tranquilidad interior». Lo propio del padre, por su racionalidad menos sometida a los cambios afectivos, es la educación en las virtudes de la justicia y de la prudencia que permiten adquirir y mantener «el conocimiento y orden interior en relación a las realidades externas».

En las líneas que siguen intentaremos tratar someramente algunos aspectos de aquello que es particularmente conveniente<sup>4</sup> para la paternidad humana, por lo que se refiere al esposo y padre de familia. Es decir, vamos a proponer algunos puntos de la función y misión educativa que convienen particularmente al padre. Y todo ello centrándonos en una consideración de *la vida cotidiana* de la familia, porque —a pesar de todas las imágenes extrañas y contrarias a la misma naturaleza de la familia que hoy en día se introducen ya casi de forma imperceptible en la mente y el corazón de las personas— la vida cotidiana de la familia, en su sencillez y recogimiento, en su cotidianidad, es la forma de vida más práctica y más propia del ser humano.\*

Para poder vivir bien en este mundo es indispensable poder descansar y confiar de alguna manera en la fuerza y en la palabra y la acción verdadera de

fidelidad al otro. Pero el fin del matrimonio es la procreación y educación de los hijos. Lo primero se logra por medio de la cópula conyugal; lo segundo, mediante otras obras del marido y de la mujer, con las que se ayudan mutuamente para criar a los hijos.»

4. Santo Tomás de Aquino enseña que «hay que atender que la generación carnal de los animales se realiza por facultades activas y pasivas. Por la facultad activa es llamado el viviente padre; por la receptividad pasiva es llamada madre. Por lo que en lo requerido para la generación de la prole, hay cosas que convienen al padre y otras a la madre; pues dar la naturaleza y la especie a la prole compete al padre, mientras que el concebir y el parir competen a la madre, como la que recibe pasivamente aquel principio.» SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa contra gentiles*, L. IV, c. 11.

(\*) Nos hemos servido de la obra de Klaus DROSTE, *La palabra paterna*, Ediciones Universidad Finis Terrae, Providencia (Chile), 2013 como guía básica a la hora de formular las presentes reflexiones.

quien sabemos que nos ama; por eso es necesario poder confiar en el padre e indispensable dar crédito a su palabra y a su obra. «El padre transmite una seguridad existencial, una certeza de que la vida es buena, que es bueno vivir, que es buena nuestra existencia, que hay esperanza más que temor. Por eso, la ausencia del padre se traduce en el hijo en el miedo a vivir, un temor a la vida, un miedo al futuro personal.»<sup>5</sup> Es sobre todo el padre, con su acción prudente quien da a la familia seguridad, tranquilidad y sosiego. Es por esta razón que si bien compete a ambos esposos la deliberación acerca del futuro de la familia, es al padre a quien de una forma particular competen las decisiones principales sobre el devenir futuro de la familia.

Una de las características más representativas de la paternidad es la entrega y donación de lo «propio» a los demás, a la esposa y a los hijos. En este sentido, es importante entender los muchos sacrificios y las renunciaciones propios del buen padre de familia como *ejemplo de justicia*. El padre da al «otro», a la esposa y especialmente al hijo, aquello que les corresponde: cobijo, nutrición, protección, seguridad, criterios, orientación, la fe. El buen padre es justo con sus hijos al darles aquello que les corresponde y ellos necesitan para aumentar en gracia y conocimiento. *Por eso la educación en la renuncia y el sacrificio es de importancia fundamental más especialmente en la educación de los varones*. Ese es el gran reto educativo en los varones: aprender a valorar que el don y la entrega de sí están por encima de la fuerza, de la técnica y de la conquista. Del padre depende principalmente la educación «para el don y la entrega», la educación «para dar».

Sólo el padre justo y prudente puede educar y enseñar orientando y dando criterios de vida. Sólo el padre bueno puede educar con autoridad, guiando y orientando al hijo *para utilidad y bien del hijo*, realizando aquella moderada presión que, en el futuro, protegerá al hijo del apocamiento y de la pusilanimidad. El padre que es justo y prudente sabe educar con autoridad, ayudando al hijo a realizar aquello que el hijo, por su misma naturaleza y desde el fondo del corazón, quiere para sí mismo y a lo que está llamado. Por esta razón, el padre que sabe educar con autoridad es capaz de dar un consejo que es «para toda la vida», dando seguridad al hijo y conformando su juicio práctico sobre las cosas importantes de la vida. Desde esta perspectiva, la vida del padre adquiere la fuerza del ejemplo que puede llegar a conformar toda la vida del hijo. Al ser orientador de la vida del hijo proporcionándole criterios racionales de vida se convierte, ade-

5. Klaus DROSTE, ob. cit.

más, en principio de la identidad del hijo. De este modo, en cuanto que *conformador de la vida práctica cotidiana el padre es también la referencia básica de la vida del hijo*.

Lo propio de un hijo es admirar a su padre y, porque el padre cumple siempre su promesa, es propio del hijo confiar en su padre. Para poder vivir bien hay que confiar, es decir, hay que poder apoyarse interiormente para avanzar en lo que uno no puede conocer por sí mismo y debe aprender y hacer propio, interiorizándolo, a través de lo que otro le transmite de palabra y de obra. «La presencia del padre contribuye insustituiblemente a elevar la mira hacia quien puede ayudar en la consecución de un bien que resulta arduo e inaccesible a las propias fuerzas sin la ayuda de otro. La ayuda del padre en la superación de las dificultades en la vida personal es una experiencia orientadora que abre a la esperanza y el sentido de la gratuidad y confianza entre los hombres».<sup>7</sup> Sin la presencia y acción educativa del padre, el hijo considera que todo está al alcance de su mano, que todo le es legítimo, que la experiencia propia no está sujeta a límites ni condiciones. Es por eso que a partir de la educación en la confianza, la acción educativa del padre «pone orden» en la vida del hijo, porque enderezar, ordenar y orientar es tarea propia del sabio.<sup>8</sup> Por ello el padre es garantía de orden y con su acción educativa sabia, justa y prudente acerca al hijo a la Ley.

«El hijo debe imitar a su padre».<sup>9</sup> Ello es primeramente posible gracias a la acción educativa de la madre. Es la madre quien, ya desde los primeros momentos de la vida del hijo, con su palabra y su acción es capaz de orientar y dirigir la mirada y la atención del hijo hacia su padre; es ella quien suave pero firmemente está capacitada para introducir en

6. Según santo Tomás de Aquino, «la palabra *confianza*, al parecer, tiene la misma raíz que fe. Y es propio de la fe creer algo y en alguien.(...). Por eso la palabra *confianza* parece significar principalmente el que uno conciba esperanza porque da crédito a las palabras de otro que le promete ayuda. Pero como a la fe se la llama también opinión vehemente, y a veces sucede que tenemos opinión vehemente no sólo porque alguien nos lo dice, sino también por lo que vemos en él, se sigue que puede llamarse también *confianza* aquella por la cual se concibe esperanza por la consideración de algo: unas veces en sí mismo, por ejemplo cuando uno, al sentirse sano, confía vivir largo tiempo; a veces en otro, como cuando uno, al reconocer que tiene un amigo poderoso, tiene la *confianza* de que le va a ayudar.» SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, II-II, q. 129, a. 6, in c.

7. Klaus DROSTE, ob. cit.

8. Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In orationem dominicam*, a. 7.

9. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In orationem dominicam*, c.2: «debemus ei imitationem, quia pater est».

el corazón del hijo el deseo y la urgencia de «escuchar la palabra del padre». Y si bien el padre es quien la sostiene en el desgaste que supone el cuidado cotidiano de los hijos, es ella, siempre atenta a la presencia del esposo, la puerta que facilitará la entrada del hijo al amor educativo del padre.

\* \* \*

«Eran necesarias almas profundas –como santa Teresa de Jesús– y los ojos penetrantes *de la contemplación*, para que pudiesen ser revelados los espléndidos rasgos de José de Nazaret: aquel de quien el Padre celestial quiso hacer, en la tierra, el hombre de su confianza.

»Sin embargo, la Iglesia ha sido siempre consciente, y lo es hoy especialmente, de cuán funda-

mental ha sido la vocación de ese hombre: del esposo de María, de aquel que, ante los hombres, pasaba por el padre de Jesús y que fue, según el espíritu, una *encarnación* perfecta de la paternidad en la familia humana y al mismo tiempo sagrada.

»Bajo esta luz, los pensamientos y el corazón de la Iglesia, su oración y su culto, se dirigen a José de Nazaret. Bajo esta luz el apostolado y la pastoral encuentran en él un apoyo para ese amplio y simultáneamente fundamental campo que es la vocación, matrimonial y de los padres toda la vida en familia, llena de la solicitud sencilla y servicial del marido por la mujer, del padre y de la madre por los hijos –la vida en la familia– en esa “Iglesia más pequeña” sobre la cual se construye cada una de las Iglesias.» (Beato Juan Pablo II, audiencia general, 19 de marzo de 1980).



## San José, padre de todo el linaje humano

No hay más Señor en el mundo que el Señor Dios nuestro. Todos han de reconocer este supremo dominio, y el no reconocerlo importa ya un pecado. No obstante, Dios, en su infinita bondad, ha querido hacer participantes a las criaturas de este supremo dominio suyo. Instituyó jerarquías de ángeles, que presidiesen y gobernasen a los hombres; en su Iglesia, prelados y pastores; en los estados, príncipes y magistrados; en las familias, padres y jefes que gobernasen las casas como delegados y representantes suyos. Aun en el orden sobrenatural ha establecido también seres, ha constituido hombres y mujeres ilustres para que intercediesen por los hombres viadores, los dirigiesen y encaminasen a su último fin. Por secreto impenetrable de su sabiduría ha hecho como una división de poderes: a unos ha dado poder y eficacia para las cosas y necesidades temporales; a otros, para las espirituales, a unos, les ha constituido protectores de la niñez; a otros, de la juventud.

Pero hay un bienaventurado en el Cielo a quien Cristo, nuestro Señor, instituyó padre, protector e intercesor de todo el linaje humano, porque fue padre, protector y custodio suyo en la tierra, y el amor de Cristo hacia nosotros es tan grande que quiso darnos el mismo Padre y la misma Madre que Él tuvo. Ya entenderéis que hablo del glorioso patriarca san José, cuya fiesta hoy celebramos.

La intercesión y patrocinio de san José es el más eficaz y poderoso en el Cielo, a excepción del de María Santísima, por esto ha sido declarado patrón de la Iglesia universal, porque un intercesor es tanto más poderoso cuanto es más amado de Dios. San José es el bienaventurado más amado de Dios, a excepción de María, luego es el más poderoso intercesor.

JOSÉ TORRAS Y BAGES (primer domingo de marzo de 1888, fiesta del patrocinio de san José)

# No a una misericordia injusta\*

JUAN PÉREZ-SOBA

**E**N alguna ocasión negar la misericordia es el único modo de defenderla de su adulteración. El cardenal Kasper lo afirma con claridad en su libro *Misericordia*: «Una posterior falta de comprensión grave de la misericordia es la que induce a desatender en nombre de la misericordia, el mandamiento divino de la justicia (...) No podemos aconsejar, por una falsa misericordia, que alguien aborte» (p. 221). Una misericordia injusta no es misericordia. No se puede atentar contra la dignidad humana en nombre de la misericordia.

Por eso mismo, para hablar de misericordia en relación con el matrimonio es muy importante entender bien qué realidad de dignidad humana está implicada en esta institución. No cabría misericordia alguna que atentase contra dicha dignidad. Este bien es lo que la tradición cristiana ha denominado *vínculo* y es precisamente lo que ha considerado el sujeto real de la *indisolubilidad* que se atribuye al matrimonio. Es el modo como el Concilio Vaticano II *define el matrimonio* como una realidad trascendente: «Este vínculo sagrado, en atención al bien tanto de los esposos y de la prole como de la sociedad, no depende de la decisión humana» (GS 48), por lo que lo califica de indisoluble (n. 50). Es un término intrínsecamente unido a la doctrina del matrimonio, pues el Concilio de Trento se sirve de él en sus cánones 5 y 7 sobre este sacramento. Pero no se debe entender como una expresión ajena al amor. El mismo amor en su verdad une las personas mediante vínculos estables. El teólogo Kasper en su libro *Teología del matrimonio* habla así: «En el vínculo de la fidelidad el hombre y la mujer encuentran su estado definitivo. Se convierten en «un solo cuerpo» (Gn 2,24; Mc 10,8; Ef 5,31), esto es, un nosotros-persona» (1978, 26).

Es decir, cuando se habla de *justicia* respecto de la relación hombre y mujer sacramental se refiere al respeto de esta dignidad intangible. Cualquier acercamiento a la pastoral matrimonial con el nombre de la misericordia debe saber determinar la realidad del vínculo, si existe o no. Sin esta aclaración previa cualquier posible actitud misericordiosa sería claramente contraria a la justicia. El mismo cardenal Kasper parece hacerse eco de ello cuando afirma:

«La indisolubilidad de un matrimonio sacramental y la imposibilidad de un nuevo matrimonio durante la vida del otro partner *«forma parte de la tradición de fe vinculante de la Iglesia que no puede ser abandonada o disuelta apelando a una comprensión superficial de la misericordia a bajo precio»*.

Por eso mismo, parece extraño que en la larga relación del mismo cardenal Kasper en el último consistorio no afronte en ningún momento este argumento. Es más, que hable de guardar la justicia sin referirse nunca al *vínculo sacramental* como el bien de justicia a defender en el matrimonio cristiano, rechazando cualquier ofensa al mismo. Esto es más notorio en cuanto que el lenguaje de la *Familiaris consortio* acerca del tema de los divorciados que buscan una nueva unión se refiere explícitamente a este vínculo sacramental (nn. 83-84), que es la base para el documento posterior de la Congregación para la Doctrina de la Fe que precisamente salía para considerar inaceptable la propuesta de los obispos de la Alta Renania, entre los que se encontraba entre otros el mismo Kasper, sobre los divorciados vueltos a casar.

Extraña todavía más que, al referirse el cardenal a este vínculo indisoluble que atribuye a san Agustín, no haga la menor mención de remitir tal indisolubilidad a su fundación divina. Más bien sus palabras son de duda: «Hoy muchos tienen dificultad para comprenderla. No se puede entender esta doctrina como una especie de hipóstasis metafísica al lado o sobre el amor personal de los cónyuges; por otra parte no se agota en el amor recíproco y no muere con él (GS 48; EG 66)». Es extraño que ese modo *negativo* de hablar del vínculo y que destaca la dificultad de comprensión actual, no tome un paralelo muy sencillo de comprender que ayuda precisamente a *iluminar* su valor sacramental. Es decir, el bautismo, sacramento esencial de la fe, que permanece a pesar de la apostasía. Permanece precisamente como *principio de misericordia de fidelidad de Dios a sus promesas*, tal como dice san Pablo: «aunque yo sea infiel, Él permanece fiel porque no puede negarse a sí mismo».

Este don indisoluble del bautismo es entonces precisamente la expresión de la *misericordia de Dios* en el don indisoluble de ser hijo, que el mismo Cristo expone como el principio dramático de la parábola del hijo pródigo.

La defensa del vínculo hasta la indisolubilidad es entonces el modo como Dios ofrece su misericordia

\*Reproducido de infocatolica.com. Juan Pérez-Soba es sacerdote y doctor en Teología en matrimonio y familia por el Pontificio Instituto Juan Pablo II.

dia sobre el matrimonio. «Su vínculo de amor se convierte en imagen y símbolo de la Alianza que une a Dios con su pueblo» (FC 12). Esto une de forma muy directa el vínculo indisoluble del matrimonio con el amor de los esposos dentro de una clara «primereidad» de la gracia (para usar el neologismo del papa Francisco) y como un modo de guiar su libertad.

Pero queda claro que, para un cristiano que quiere vivir de su fe, mantener una nueva unión contraria al «vínculo sacro» del matrimonio es un atentado de grave injusticia contra el vínculo divino que permanece, por lo que no cabe allí aplicar una pretendida misericordia, que sería injusta y por eso mismo falsa.

Esto es muy importante, porque es el modo como Juan Pablo II habló en sus catequesis sobre el amor humano de la «redención del corazón» para indicar la presencia de la gracia en el matrimonio que hace capaz de vivir sus exigencias y como luego Benedicto XVI señala que «A la imagen del Dios monoteísta corresponde el matrimonio monógamo. El matrimonio basado en un amor exclusivo y definitivo se convierte en el icono de la relación de Dios con su pueblo y, viceversa, el modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano» (DCE 11).

La definitividad de la alianza matrimonial por encima de la debilidad humana no es un «yugo» como un peso insoportable, sino ese «yugo suave» que nos une a Cristo porque lo lleva con nosotros. Es la expresión real de la Nueva Alianza y la que supera por la gracia la «dureza del corazón» que permitía el divorcio, como Jesucristo dice. El argumento *real* de la misericordia, que encontramos en cambio ausente en la relación del cardenal alemán, llega a conclusiones contrarias a las que él apunta.

El razonamiento precedente no es algo extraño, proviene de los dos últimos pontífices, que han dado un espacio enorme a la consideración de la misericordia divina en la nueva evangelización; por eso no deja de sorprender la ausencia de cualquier rastro de alusión a estas interpretaciones. Es más, se pueden ver frases tomadas literalmente del libro que hizo Kasper sobre la familia hace más de treinta años (el año 1978) del que remite los argumentos e incluso del que toma la propuesta que presenta (cf. p. 68). Se trata de una formulación muy antigua, anterior a *Familiaris consortio*, que ignora casi todo lo que se ha dicho después en el Magisterio y la teología. En este sentido, llama la atención que se sigue citando el libro de Cereti, que no tuvo ninguna recepción entre los patrólogos por lo absolutamente forzado de sus argumentos. El gran patrólogo jesuita Crouzel rechaza la tesis de Cereti y califica el libro «un gran *bluff*». Un *bluff* que en cambio ahora

se resucita y puede ocasionar graves daños a la Iglesia. Las pocas referencias bibliográficas a las que aduce son de esa época. Incluso se da el caso de que uno de los autores citados se retractó tras la publicación de la *Familiaris consortio* de las afirmaciones que Kasper cita a su favor.

Es decir, al menos el Cardenal tenía que haber tenido en mente esta propuesta contraria a la suya, que se fundamenta de forma muy directa en la misericordia, pero que ve precisamente la indisolubilidad del vínculo como el gran don del amor divino a los esposos y su defensa un testimonio real en el mundo de la presencia del Amor entre los hombres.

La consecuencia es obvia, no se puede plantear la pretendida «solución pastoral» que ha propuesto en su relación el cardenal Kasper, sin aclarar antes la existencia del vínculo. Por el modo de razonar podría pensarse que el cardenal duda de la realidad de la permanencia del vínculo cuando no hay razones humanas que la sostienen. Pero si esto es así, es necesario tener la honestidad intelectual de proponer esto *explícitamente* como el problema *real* a afrontar, pues no es correcto querer presentar la «solución» como una cuestión de tolerancia pastoral, que no va más allá del debate casuístico entre el rigorismo y el laxismo, cuando lo que en verdad pone en juego un patrimonio doctrinal asentado, unánimemente atestiguado por la Tradición más que milenaria de la Iglesia.

Como conclusión de lo dicho, parece claro que lo que se pone en verdad en cuestión en la propuesta de Kasper es la existencia o no del vínculo indisoluble, pero eso no es solo un argumento pastoral, por lo que va en contra de la intención reiteradamente proclamada por el papa Francisco de no querer cambiar nada en la doctrina. Hay que decir también que, desde luego, un Sínodo no es el lugar adecuado para discutir en realidad un tema doctrinal de tal alcance. Si esto es así, o se retira la propuesta en su formulación por impropia ya que olvida los más elementales argumentos contrarios, o se propone discutir la cuestión central atacada por algunos teólogos; pero fuera de un ámbito sinodal. En definitiva, teológicamente hablando, lo que ha propuesto el cardenal Kasper es un *paso en falso* porque ha ocultado precisamente la cuestión fundamental. Él ha puesto sobre la mesa una profunda cuestión doctrinal y es necesario que todo obispo que vaya al Sínodo entienda en su justo alcance doctrinal los elementos claves de la propuesta revolucionaria.

La simple base de una cierta constatación de que hubiera existido alguna tolerancia en los primeros siglos con los divorciados, es de una debilidad patente, por lo ambiguo de las afirmaciones, aunque *únicamente señale las que testimonian esta tolerancia*. Es un error confundir misericordia y tolerancia,



y una vez que en la Iglesia occidental se asentó la doctrina del vínculo como modo de expresión real de la sacramentalidad del matrimonio se comprendió la imposibilidad de una tolerancia respecto de una grave injusticia.

Esta misericordia, entonces, orienta también el modo como la Iglesia es signo efectivo del perdón de Dios. El perdón es la forma cómo la misericordia cura la herida causada por la infidelidad. Curar esa herida, como bien ha indicado el papa Francisco, debe ser el objetivo privilegiado de toda pastoral. La unión profunda entre misericordia y fidelidad que el cardenal reconoce como un signo de la revelación divina, expresa cómo Dios revela el sentido de la conversión movida por la misericordia como dirigida a la restauración de la Alianza original. Es la verdad que ha de ser vivida por los esposos en su alianza sacramental. Quien permanece fiel al matrimonio, aunque haya sido injustamente abandonado de modo irreversible, está ofreciendo con su fidelidad un altísimo testimonio de la posibilidad de per-

dón que hace posible la gracia. Se convierte así en testigo privilegiado de la misericordia.

Así como el Dios que hace Alianza con su pueblo, al que quiere perdonar del pecado de la idolatría, no tolera ningún ídolo, como indica la analogía estrechísima entre monoteísmo y monogamia enseñada por el papa Benedicto XVI. La conversión del que ha sido infiel al vínculo contraído sólo es verdadera si rompe cualquier otro presunto vínculo que sea contrario al primero, al menos en lo que atañe a su significado esponsal.

Ese es el perdón que viene de la misericordia auténtica, que no es mera tolerancia y está muy lejos de la cuestión casuística de la alternativa entre rigorismo y laxismo. Es la verdadera medicina que cura la grave herida de la infidelidad. La única medicina eficaz que el «hospital de campaña» que debe ser la Iglesia puede ofrecer si no quiere traicionar a los heridos y engañar a los sanos. Sólo así el pecado de adulterio deja de ser el único pecado que podría perdonarse sin arrepentimiento ni conversión.

## La epidemia del divorcio

El bienestar de la persona y de la sociedad humana y cristiana está estrechamente ligado a la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar. Por eso los cristianos, junto con todos los que tienen en gran estima a esta comunidad, se alegran sinceramente de los varios medios que permiten hoy a los hombres avanzar en el fomento de esta comunidad de amor y en el respeto a la vida y que ayudan a los esposos y padres en el cumplimiento de su excelsa misión; de ellos esperan, además, los mejores resultados y se afanan por promoverlos.

Sin embargo, la dignidad de esta institución no brilla en todas partes con el mismo esplendor, puesto que está oscurecida por la poligamia, la epidemia del divorcio, el llamado amor libre y otras deformaciones; es más, el amor matrimonial queda frecuentemente profanado por el egoísmo, el hedonismo y los usos ilícitos contra la generación. Por otra parte, la actual situación económica, social-psicológica y civil son origen de fuertes perturbaciones para la familia. En determinadas regiones del universo, finalmente, se observan con preocupación los problemas nacidos del incremento demográfico. Todo lo cual suscita angustia en las conciencias. Y, sin embargo, un hecho muestra bien el vigor y la solidez de la institución matrimonial y familiar: las profundas transformaciones de la sociedad contemporánea, a pesar de las dificultades a que han dado origen, con muchísima frecuencia manifiestan, de varios modos, la verdadera naturaleza de tal institución.

Por tanto el Concilio, con la exposición más clara de algunos puntos capitales de la doctrina de la Iglesia, pretende iluminar y fortalecer a los cristianos y a todos los hombres que se esfuerzan por garantizar y promover la intrínseca dignidad del estado matrimonial y su valor eximio.

CONCILIO VATICANO II: *Gaudium et spes*

# La indisolubilidad matrimonial, don de Cristo

*Reproducimos las extensas declaraciones del cardenal Caffarra, arzobispo de Bolonia, en torno a la reciente polémica sobre la posibilidad de admitir a la Eucaristía a los divorciados vueltos a casar, publicada en Il Foglio (traducción de Elena Faccia Serrano para Religión en Libertad)*

–La *Familiaris consortio* de Juan Pablo II está en el centro de un fuego cruzado. Por una parte se dice que es el fundamento del Evangelio de la familia; por la otra, que es un texto que ha sido superado. ¿Es posible una actualización del mismo?

–Si se habla de género y del llamado matrimonio homosexual, es verdad que en la época de la *Familiaris consortio* no se hablaba de ellos. Pero de todos los otros problemas, en especial de los divorciados vueltos a casar, se habla desde hace mucho tiempo. Soy testigo directo de esto, porque fui uno de los consultores del Sínodo de 1980.

Decir que la *Familiaris consortio* ha nacido en un contexto histórico totalmente distinto del de ahora, no es verdad. Una vez precisado esto, digo ante todo que la *Familiaris consortio* nos ha enseñado un método con el que afrontar las cuestiones del matrimonio y de la familia. Utilizando este método se ha llegado a una doctrina que sigue siendo un punto de referencia que no se puede eliminar.

¿Qué método? Cuando le preguntaron a Jesús bajo qué condiciones era lícito el divorcio, de la licitud como tal no se discutía en aquel tiempo y Jesús no entra en la problemática casuística de la que nacía la pregunta, sino que indica en qué dirección se tiene que mirar para entender qué es el matrimonio y, en consecuencia, cuál es la verdad de la indisolubilidad matrimonial.

Como si Jesús dijera: «Mirad, tenéis que mirar allí donde el hombre y la mujer llegan a la existencia en la verdad plena de su ser hombre y mujer llamados a convertirse en una sola carne». En una catequesis, Juan Pablo II dice: «Surge entonces, es decir, cuando el hombre es situado por primera vez frente a la mujer, la persona humana en la dimensión del don recíproco cuya expresión (que es la expresión también de su existencia como persona) es el cuerpo humano en toda la verdad originaria de su masculinidad y feminidad». Este es el método de la *Familiaris consortio*.

–¿Cuál es el significado más profundo y actual de la «*Familiaris consortio*»?

–Para tener ojos capaces de mirar dentro de la luz del Principio», la *Familiaris consortio* afirma que la Iglesia tiene un sentido sobrenatural de la fe,

que no consiste solo o necesariamente en el consentimiento de los fieles. La Iglesia, siguiendo a Cristo, busca la verdad, que no siempre coincide con la opinión de la mayoría. Escucha la conciencia y no el poder. Y en esto defiende a los pobres y a los despreciados.

La Iglesia puede apreciar también la investigación sociológica y estadística, cuando se revela útil para entender el contexto histórico. Dicha investigación, por sí sola, no debe considerarse, sin embargo, expresión del sentido de la fe (FC 5). He hablado de verdad del matrimonio. Me gustaría precisar que esta expresión no denota una norma ideal del matrimonio. Denota lo que Dios, con su acto de creación, ha inscrito en la persona del hombre y de la mujer.

Cristo dice que antes de considerar los casos, hay que saber sobre qué estamos hablando. No estamos hablando de una norma que admite o no admite excepciones, de un ideal hacia el que propender. Estamos hablando de lo que son el matrimonio y la familia. A través de este modo, la *Familiaris consortio* individúa qué es el matrimonio y cuál es su genoma; uso la expresión del sociólogo Donati, que no es un genoma natural, sino social y de comunión. Es dentro de esta perspectiva que la exhortación individúa el sentido más profundo de la indisolubilidad matrimonial (cf. FC 20).

La *Familiaris consortio* ha representado, por tanto, un desarrollo doctrinal enorme, hecho posible también por el ciclo de catequesis de Juan Pablo II sobre el amor humano. En la primera de estas catequesis, del 3 de septiembre de 1979, Juan Pablo II dice que tiene la intención de acompañar, de lejos, los trabajos preparatorios del Sínodo que tuvo lugar al año siguiente.

No lo hizo afrontando directamente temas de la asamblea sinodal, sino dirigiendo la atención a las raíces profundas. Es como si hubiese dicho «Yo, Juan Pablo II, quiero ayudar a los padres sinodales». ¿Cómo los ayudo? Llevándoles a la raíz de las cuestiones. Es a partir de esta vuelta a las raíces que nace la gran doctrina sobre el matrimonio y la familia dada a la Iglesia por la *Familiaris consortio*. Y no ignoró los problemas concretos.

Habló también del divorcio, de la libre conviven-





*Cardenal Carlo Caffarra*

cia, del problema de la admisión de los divorciados vueltos a casar a la Eucaristía. La imagen, por tanto, de una *Familiaris consortio* perteneciente al pasado, que no tiene nada que decir al presente, es caricaturesca. O es una consideración hecha por personas que no la han leído.

–*Muchas conferencias episcopales han subrayado que por las respuestas a los cuestionarios en preparación de los próximos dos Sínodos, emerge que la doctrina de la Humanae Vitae ya sólo crea confusión. ¿Es así o ha sido un texto profético?*

–El 28 de junio de 1978, poco más de un mes antes de morir, Pablo VI dijo: «Estaréis agradecidos a Dios y a mí por la *Humanae vitae*». Después de cuarenta y seis años, vemos sintéticamente lo que ha ocurrido en la institución matrimonial y nos damos cuenta de lo profético de ese documento.

Negando la conexión indisoluble entre la sexualidad conyugal y la procreación, es decir, negando la enseñanza de la *Humanae vitae*, se ha abierto el camino a la recíproca desunión entre procreación y sexualidad conyugal: *from sex without babies to babies without sex* (del sexo sin bebés, a los bebés sin sexo).

Progresivamente, se ha ido oscureciendo la fundación de la procreación humana sobre el terreno del amor conyugal y se ha construido gradualmente la ideología que quienquiera puede tener un hijo. El hombre solo, la mujer sola, el homosexual, tal vez a través de la maternidad subrogada. Por tanto, coherentemente se ha pasado de la idea del hijo esperado como un don, al hijo programado como un derecho: se dice que existe el derecho a tener un hijo.

Pensemos en la reciente sentencia del tribunal de Milán que ha afirmado el derecho a ser padres, como decir, el derecho a tener una persona. Esto es increíble. Yo tengo el derecho a tener cosas, no per-

sonas. Progresivamente, se ha ido construyendo un código simbólico, tanto ético como jurídico, que relega a la familia y al matrimonio a la pura afectividad privada, indiferente a los efectos sobre la vida social.

No hay duda de que cuando la *Humanae vitae* fue publicada, la antropología que la sostenía era muy frágil y no estaba ausente un determinado biologismo en la argumentación. El magisterio de Juan Pablo II ha tenido el gran mérito de construir una antropología adecuada en base a la *Humanae vitae*. La pregunta que hay que plantearse no es si la *Humanae vitae* se puede aplicar hoy y en qué medida, o si en cambio es fuente de confusión. A mi juicio, la verdadera pregunta que hay que plantear es otra.

–*¿Cuál? ¿Dice la Humanae vitae la verdad sobre el bien implícito en la relación conyugal? ¿Dice la verdad sobre el bien presente en la unión de las personas de los dos cónyuges en el acto sexual?*

–*En efecto, la esencia de las proposiciones normativas de la moral y del derecho se encuentra en la verdad del bien que en esas está objetivada. Si no nos situamos en esta perspectiva, se cae en la casuística de los fariseos, de la cual ya no se sale, porque se entra en un callejón al final del cual se nos obliga a elegir entre la moral normal y la persona. Si se salva la una, no se salva la otra.*

La pregunta del pastor es, por tanto, la siguiente: ¿cómo puedo guiar a los cónyuges para que vivan su amor conyugal en la verdad? El problema no es verificar si los cónyuges se encuentran en una situación que los exime de una norma, sino cuál es el bien de la relación conyugal, cómo es su verdad íntima.

Me asombra que alguien diga que la *Humanae vitae* crea confusión. ¿Qué quiere decir? Pero, ¿conocen el fundamento que, de la *Humanae vitae*, hizo Juan Pablo II? Quiero añadir una consideración. Me maravilla profundamente el hecho de que, en este debate, tampoco eminentísimos cardenales tengan en cuenta las ciento treinta y cuatro catequesis sobre el amor humano. Jamás ningún Papa había hablado tanto de esto. Ese Magisterio es ignorado, como si no existiera.

¿Crea confusión? Pero, quien afirma esto, ¿sabe cuánto se ha hecho a nivel científico basándose en una regulación natural de las concepciones? ¿Está al corriente de las innumerables parejas que, en el mundo, viven con alegría la verdad de la *Humanae vitae*?

También el cardenal Kasper subraya que hay grandes expectativas en la Iglesia en vista del Sínodo y que se corre el riesgo de una pésima desilusión si fueran desatendidas. En su opinión, ¿un ries-

go concreto? No soy ni un profeta ni un hijo de profetas.

Sucedió un hecho maravilloso. Cuando el pastor no predica sus opiniones o las del mundo, sino el Evangelio del matrimonio, sus palabras llegan a los oídos de sus oyentes, pero en sus corazones entra en acción el Espíritu Santo que los abre a las palabras del pastor. Me pregunto, además, sobre las expectativas de quién estamos hablando.

Una gran cadena televisiva estadounidense ha llevado a cabo una encuesta en comunidades católicas diseminadas en todo el mundo. El resultado es una realidad muy distinta de las respuestas al cuestionario registradas en Alemania, Suiza y Austria. Un único ejemplo. El 75 por ciento de la mayor parte de los países africanos es contrario a la admisión de los divorciados vueltos a casar a la Eucaristía.

Repito nuevamente: ¿de las expectativas de quién estamos hablando? ¿De las de Occidente? ¿Es, por tanto, Occidente el paradigma fundamental en base al cual la Iglesia debe anunciar? ¿Estamos aún en ese punto? Escuchemos un poco también a los pobres.

Estoy muy perplejo y pensativo cuando se dice que o se va en una determinada dirección, o si no sería mejor no hacer el Sínodo. ¿Qué dirección? ¿La dirección que, se dice, han indicado las comunidades centroeuropeas? ¿Y por qué no la dirección indicada por las comunidades africanas?

*—El cardenal Müller ha dicho que es deplorable que los católicos no conozcan la doctrina de la Iglesia y que esta ausencia no puede justificar la exigencia de adecuar la enseñanza católica al espíritu del tiempo. ¿Falta una pastoral familiar?*

—Ha faltado. Es una gravísima responsabilidad por nuestra parte, pastores, reducir todo a los cursos prematrimoniales.

¿Y la educación a la afectividad de los adolescentes, de los jóvenes? ¿Qué pastor de almas habla todavía de castidad? Por lo que yo sé, hay un silencio casi total, desde hace años.

Miremos al acompañamiento de las parejas jóvenes: preguntémosnos si hemos anunciado verdaderamente el Evangelio del matrimonio, si lo hemos anunciado como quería Jesús. Entonces, ¿por qué nos preguntamos por qué los jóvenes ya no se casan? No es siempre por razones económicas, como suele decirse. Hablo de la situación en Occidente.

Si se hace una comparación entre los jóvenes que se casaban hace treinta años y hoy, las dificultades que tenían hace treinta o cuarenta años no eran menores respecto a las que tienen actualmente. Pero entonces construían un proyecto, tenían una esperanza. Hoy tienen miedo y el futuro da miedo; pero

si hay una elección que exige esperanza en el futuro, es la elección de casarse.

Hoy son estas las preguntas fundamentales. Tengo la impresión que si Jesús se presentara de repente en un congreso de sacerdotes, obispos y cardenales que están discutiendo de todos los problemas graves del matrimonio y de la familia, y le preguntaran como hicieron los fariseos «Maestro, pero el matrimonio ¿es soluble o insoluble? O, ¿hay casos, después de una penitencia adecuada...?», Jesús ¿qué respondería? Creo que la misma respuesta que dio a los fariseos: «Mirad al Principio».

El hecho es que ahora se quieren sanar los síntomas sin enfrentarse seriamente a la enfermedad. El Sínodo, por tanto, no podrá evitar tomar posiciones frente a este dilema: el modo como se ha ido desarrollando la morfogénesis del matrimonio y de la familia, ¿es positivo para las personas, para sus relaciones y para la sociedad o, en cambio, constituye un decaimiento de las personas, de sus relaciones, que puede tener efectos devastadores sobre toda la civilización? Esta pregunta el Sínodo no puede evitarla.

La Iglesia no puede considerar que estos hechos (jóvenes que no se casan, libre convivencia en aumento exponencial, introducción del llamado matrimonio homosexual en el ordenamiento jurídico y otras cosas más) son derivas históricas, procesos históricos que sólo tiene que reconocer y a los que, fundamentalmente, adecuarse. No.

Juan Pablo II, en *El taller del orfebre*, escribía que «crear algo que refleje el ser y el amor absoluto es, tal vez, la cosa más extraordinaria que exista. Pero se va tirando sin que nos demos cuenta». Así pues, ¿también la Iglesia debe dejar de hacernos sentir el soplo de la eternidad en el amor humano? ¡*Deus avertat!* (¡Dios nos libre!)

*—Se habla de la posibilidad de readmitir a la Eucaristía a los divorciados vueltos a casar. Una de las soluciones propuestas por el cardenal Kasper tiene que ver con un periodo de penitencia que lleve nuevamente al pleno acceso. ¿Es una necesidad ya ineludible o una adaptación de la enseñanza cristiana según las circunstancias?*

—Quien formula esta hipótesis, al menos hasta ahora no ha respondido a una pregunta muy simple: ¿qué pasa con el primer matrimonio rato y consumado?

Si la Iglesia admite a la Eucaristía, debe dar de todos modos un juicio de legitimidad a la segunda unión. Es lógico. Pero entonces —como preguntaba— ¿qué pasa con el primer matrimonio? El segundo, se dice, no puede ser un segundo matrimonio verdadero, visto que la bigamia va contra la palabra del Señor. ¿Y el primero? ¿Está disuelto?

Pero los papas han enseñado siempre que la potestad del Papa no llega hasta aquí: sobre el matrimonio rato y consumado, el Papa no tiene ningún poder. La solución que se plantea lleva a pensar que permanece el primer matrimonio, pero que hay también una segunda forma de convivencia que la Iglesia legitima. Hay, por tanto, un ejercicio de la sexualidad extraconyugal que la Iglesia considera legítima. Pero con esto se niega el pilar de la doctrina de la Iglesia sobre la sexualidad. A este punto, uno podría preguntarse: entonces, ¿por qué no se aprueban la libre convivencia? ¿Y por qué no las relaciones entre homosexuales?

Así pues, la pregunta de fondo es simple: ¿qué pasa con el primer matrimonio? Pero nadie responde. Juan Pablo II decía en el año 2000, en un discurso a la Rota que «se deduce claramente que el magisterio de la Iglesia enseña la no extensión de la potestad del Romano Pontífice a los matrimonios sacramentales ratos y consumados como doctrina que se ha de considerar definitiva, aunque no haya sido declarada de forma solemne mediante un acto de definición». La fórmula es técnica, «doctrina que se ha de considerar definitiva» quiere decir que sobre esto ya no se admite la discusión entre los teólogos y la duda entre los fieles.

*—Por lo tanto, ¿no es cuestión sólo de praxis, sino también de doctrina?*

—Sí, aquí se toca la doctrina. Inevitablemente. Se puede decir también que no se hace, pero se hace. No solo. Se introduce una costumbre que, a la larga, determina esta idea en el pueblo, no solo cristiano: no existe ningún matrimonio absolutamente indisoluble. Y esto es, ciertamente, contra la voluntad del Señor. Sobre esto no hay ninguna duda.

*—Pero, ¿no se corre el riesgo de mirar al sacramento sólo como una especie de barrera disciplinaria y no como un medio de sanación?*

—Es verdad que la gracia del sacramento es también sanadora, pero hay que ver en qué sentido. La gracia del matrimonio sana porque libera al hombre y a la mujer de su incapacidad de amarse para siempre con toda la plenitud de su ser. Esta es la medicina del matrimonio: la capacidad de amarse para siempre. Sanar significa esto y no hacer que se sienta algo mejor una persona que, en realidad, seguirá estando enferma, es decir, constitutivamente incapaz de ser definitiva.

La indisolubilidad matrimonial es un don que Cristo hace al hombre y a la mujer que se desposan en Él. Es un don; no es, ante todo, una norma que es impuesta. No es un ideal al que deben tender. Es un don y Dios no se arrepiente nunca de sus dones.

No es casualidad que Jesús, respondiendo a los

fariseos, funde su respuesta revolucionaria en un acto divino. ‘Lo que Dios ha unido’, dice Jesús. Es Dios quien une; en caso contrario, el carácter definitivo seguiría siendo un deseo que, sí es natural, pero que es imposible de realizar. Dios mismo da cumplimiento.

El hombre puede tomar la decisión de no usar esta capacidad de amar definitiva y totalmente. La teología católica ha conceptualizado esta visión de fe a través del concepto de vínculo conyugal. El matrimonio, el signo sacramental del matrimonio, produce inmediatamente entre los esposos un vínculo que ya no depende de su voluntad, porque es un don que Dios les ha hecho. Estas cosas no se dicen a los jóvenes que se casan actualmente. Y después nos asombramos de que ocurran ciertas cosas.

*—Se ha articulado un debate muy apasionado alrededor del sentido de la misericordia. ¿Qué valor tiene esta palabra?*

—Tomemos el relato de Jesús y de la adúltera. Para la mujer descubierta en flagrante adulterio la ley de Moisés era clara: tenía que ser lapidada. Los fariseos, de hecho, le preguntan a Jesús qué piensa de esto, con el fin de atraerlo a su punto de vista.

Si hubiera dicho «Lapidarla», inmediatamente habrían dicho «Mirad, el que predica la misericordia, que come con los pecadores, cuando llega el momento dice también él que hay que lapidarla». Si hubiera dicho «No tenéis que lapidarla», habrían dicho «Mirad a donde lleva la misericordia, a destruir la ley y todo vínculo jurídico y moral». Este es el típico punto de vista de la moral casuística, que te lleva inevitablemente a un callejón al final del cual está el dilema entre la persona y la ley.

Los fariseos intentaban llevar a Jesús a este callejón, pero Él sale totalmente de este punto de vista y dice que el adulterio es un gran mal que destruye la verdad de la persona humana que traiciona. Y, precisamente porque es un gran mal, Jesús, para quitarlo, no destruye a la persona que lo ha cometido, sino que la sana de este mal y le recomienda no incurrir en este gran mal que es el adulterio. «Tampoco yo te condeno, ve y no peques más». Esta es la misericordia de la que sólo el Señor es capaz. Esta es la misericordia que la Iglesia, de generación en generación, anuncia.

La Iglesia tiene que decir qué cosa está mal. Ha recibido de Jesús el poder de sanar, pero con la misma condición. Es muy cierto que el perdón siempre es posible: lo es para el asesino, lo es también para el adúltero.

Esta ya era una dificultad que los fieles le planteaban a Agustín: se perdona el homicidio, pero a pesar de ello la víctima no resurge. ¿Por qué no perdonar el divorcio, este estado de vida, el nuevo ma-

trimonio, aunque un renacimiento del primero ya no es posible? La cosa es completamente distinta. En el homicidio se perdona a una persona que ha odiado a otra y se pide el arrepentimiento sobre esto. La Iglesia, en el fondo, sufre no porque ha concluido una vida física, sino porque en el corazón del hombre ha habido un odio tal que le ha llevado incluso a suprimir la vida física de una persona. Este es el mal, dice la Iglesia. Te tienes que arrepentir de esto y te perdonaré.

En el caso del divorciado vuelto a casar, la Iglesia dice: «Este es el mal: el rechazo del don de Dios, la voluntad de romper el vínculo puesto en acto por el Señor mismo». La Iglesia perdona, pero con la condición de que haya arrepentimiento. Pero el arrepentimiento en este caso significa volver al primer matrimonio.

No es serio decir: estoy arrepentido, pero me quedo en el mismo estado que constituye la ruptura del vínculo, de la cual me arrepiento. A menudo –se dice– no es posible. Es cierto que hay muchas circunstancias, pero en estas condiciones esa persona está en un estado de vida objetivamente contrario al don de Dios.

La *Familiaris consortio* lo dice explícitamente. La razón por la que la Iglesia no admite los divorciados vueltos a casar a la Eucaristía no es porque la Iglesia presume que todos los que viven en estas condiciones estén en pecado mortal. La condición subjetiva de estas personas la conoce el Señor, que ve la profundidad del corazón. Lo dice también san Pablo: «No juzguéis antes del tiempo». Sino porque –y está escrito en la *Familiaris consortio*– «su estado y situación de vida contradicen objetivamente la unión de amor entre Cristo y la Iglesia, significada y actualizada en la Eucaristía» (FC 84).

La misericordia de la Iglesia es la de Jesús, la que dice que la dignidad del esposo ha sido desfigurada, el rechazo del don de Dios. La misericordia no dice: «Paciencia, intentemos arreglarlo como podamos». Esta es la tolerancia, esencialmente distinta de la misericordia. La tolerancia deja las cosas como están por razones superiores. La misericordia es la potencia de Dios que quita del estado de injusticia.

*–Por lo tanto, no se trata de adaptarse.*

–No es una adaptación, sería indigno del Señor algo así. Para adaptarse, bastan los hombres. Aquí se trata de regenerar a la persona humana, y de esto sólo es capaz Dios y, en su nombre, la Iglesia. Santo Tomás dice que la justificación de un pecador es una obra más grande que la creación del universo.

Cuando un pecador es justificado, sucede algo que es más grande que todo el universo. Un acto que, tal vez, acaece en un confesionario, a través de un sacerdote humilde, pobre. Pero allí se cumple un

hecho más grande que la creación del mundo. No debemos reducir la misericordia a las adaptaciones, o confundirla con la tolerancia. Esto es injusto hacia la obra del Señor.

*–Uno de los temas más citados por quien espera una apertura de la Iglesia a las personas que viven en situaciones consideradas irregulares es que la fe es una, pero que los modos de aplicarla a las circunstancias particulares deben conformarse a los tiempos, como siempre ha hecho la Iglesia. ¿Qué piensa usted de esto?*

–¿Puede limitarse la Iglesia a ir hacia donde llevan los procesos históricos, como si fueran derivas naturales? ¿En esto consiste anunciar el Evangelio? Yo no lo creo, porque, si fuera así, me pregunto cómo se puede salvar al hombre.

Le cuento un episodio. Una esposa aún joven, abandonada por el marido, me dijo que vive en la castidad, pero que le cuesta un esfuerzo enorme. Porque, dice, «no soy una religiosa, soy una mujer normal». Pero me dijo también que no podría vivir sin la Eucaristía. Por lo que, también el peso de la castidad se aligera, porque piensa en la Eucaristía.

Otro caso. Una señora con cuatro hijos ha sido abandonada por el marido después de veinte años de matrimonio. La señora me dijo que en ese momento entendió que tenía que amar al marido en la cruz, «como ha hecho Jesús conmigo». ¿Por qué no se habla de estas maravillas de la gracia de Dios?

¿Se han adaptado a los tiempos estas dos señoras? Claro que no se han adaptado a los tiempos. Le aseguro que me siento mal cuando tomo nota, en estas semanas de discusión, del silencio que ha calado sobre la grandeza de esposas y esposos que, abandonados, han permanecido fieles.

Tiene razón el profesor Grygiel cuando escribe que a Jesús no le interesa mucho qué piensa la gente sobre Él. Le interesa qué piensan sus apóstoles. Cuántos párrocos y obispos podrían testimoniar episodios de fidelidad heroica.

A los dos años de estar aquí, en Bolonia, quise reunirme con los divorciados vueltos a casar. Eran más de trescientas parejas. Estuvimos juntos toda una tarde de domingo. Al final, más de uno me dijo que había entendido que la Iglesia es verdaderamente madre cuando impide recibir la Eucaristía. No pudiendo recibir la Eucaristía, entienden la grandeza del matrimonio cristiano y la belleza del Evangelio del matrimonio.

*–Cada vez más a menudo se habla sobre el tema de la relación entre el confesor y el penitente, también como posible solución para salir al encuentro del sufrimiento de quien ha visto fracasar el propio*

*proyecto de vida. ¿Qué piensa usted sobre esto?*

–La tradición de la Iglesia siempre ha distinguido –distinguido, no separado– su tarea magisterial del ministerio del confesor. Usando una imagen, podríamos decir que siempre ha distinguido el púlpito del confesionario. Una distinción que no significa una doblez, sino que la Iglesia, cuando habla del matrimonio desde el púlpito, testimonia una verdad que no es ante todo una norma, un ideal hacia el que propender.

En este momento entra con ternura el confesor, que le dice al penitente: «Cuanto has oído desde el púlpito es tu verdad, la cual tiene que ver con tu libertad, herida y frágil». El confesor conduce al penitente en camino hacia la plenitud de su bien. No es que la relación entre el púlpito y el confesionario sea la relación entre lo universal y lo particular. Esto lo piensan los casuistas, sobre todo en el siglo xvii. Ante el drama del hombre, la tarea del confesor no es recurrir a la lógica que pasa de lo universal a lo individual. El drama del hombre no habita en el pasaje de lo universal a lo individual. Habita en la relación entre la verdad de su persona y su libertad. Este es el corazón del drama humano, porque yo con mi libertad puedo negar lo que acabo de afirmar con

mi razón. Veo el bien y lo apruebo y, después, hago el mal. El drama es éste.

El confesor se sitúa dentro de este drama, no en el mecanismo universal-particular. Si lo hiciera, caería inevitablemente en la hipocresía que lo llevaría a decir «está bien, esta es la ley universal, pero como tú te encuentras en estas circunstancias, no estás obligado». Inevitablemente, se elaboraría un caso particular al que se recurriría, por lo que la ley sería refutable. Así pues, hipócritamente el confesor ya habría promulgado otra ley junto a la que ha predicado desde el púlpito. ¡Esto es hipocresía!

¡Ay si el confesor no recordara a la persona que tiene delante que estamos en camino! Se correría el riesgo, en nombre del Evangelio de la misericordia, de vaciar al Evangelio de la misericordia. Sobre este punto Pascal, en sus *Cartas provinciales*, en otros aspectos profundamente injustas, vio justo. Al final, el hombre podría convencerse de que no está enfermo y que, por lo tanto, no está necesitado de Jesucristo. Uno de mis maestros, el siervo de Dios Padre Cappello, gran profesor de derecho canónico, decía que cuando se entra en el confesionario no hay que seguir la doctrina de los teólogos, sino el ejemplo de los santos.

## La doctrina de la indisolubilidad del matrimonio

La comunión conyugal se caracteriza no sólo por su unidad, sino también por su indisolubilidad: «Esta unión íntima, en cuanto donación mutua de dos personas, lo mismo que el bien de los hijos, exigen la plena fidelidad de los cónyuges y reclaman su indisoluble unidad».

Es deber fundamental de la Iglesia reafirmar con fuerza –como han hecho los Padres del Sínodo– la doctrina de la indisolubilidad del matrimonio; a cuantos, en nuestros días, consideran difícil o incluso imposible vincularse a una persona por toda la vida y a cuantos son arrastrados por una cultura que rechaza la indisolubilidad matrimonial y que se mofa abiertamente del compromiso de los esposos a la fidelidad, es necesario repetir el buen anuncio de la perennidad del amor conyugal que tiene en Cristo su fundamento y su fuerza.

Enraizada en la donación personal y total de los cónyuges y exigida por el bien de los hijos, la indisolubilidad del matrimonio halla su verdad última en el designio que Dios ha manifestado en su Revelación: Él quiere y da la indisolubilidad del matrimonio como fruto, signo y exigencia del amor absolutamente fiel que Dios tiene al hombre y que el Señor Jesús vive hacia su Iglesia.

Cristo renueva el designio primitivo que el Creador ha inscrito en el corazón del hombre y de la mujer, y en la celebración del sacramento del matrimonio ofrece un «corazón nuevo»: de este modo los cónyuges no sólo pueden superar la «dureza de corazón», sino que también y principalmente pueden compartir el amor pleno y definitivo de Cristo, nueva y eterna Alianza hecha carne. Así como el Señor Jesús es el «testigo fiel», es el «sí» de las promesas de Dios y consiguientemente la realización suprema de la fidelidad incondicional con la que Dios ama a su pueblo, así también los cónyuges cristianos están llamados a participar realmente en la indisolubilidad irrevocable, que une a Cristo con la Iglesia su esposa, amada por Él hasta el fin.

El don del sacramento es al mismo tiempo vocación y mandamiento para los esposos cristianos, para que permanezcan siempre fieles entre sí, por encima de toda prueba y dificultad, en generosa obediencia a la santa voluntad del Señor: «lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre».

JUAN PABLO II: *Familiaris consortio*

## Jesuitas devotos del Corazón de Jesús defienden su fiesta

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

### El Decreto de 1765 hace a la devoción al Corazón de Jesús una devoción católica

EL 26 de enero de 1765 la fiesta pedida por el Corazón de Jesús solo era autorizada a sus dos únicos solicitantes: los obispos de Polonia y la Archicofradía romana, pero fue tal la alegría de sus devotos por ver al fin permitida su celebración y reconocida oficialmente su devoción por la Iglesia, que se multiplicó el número de peticiones, que serían benévolamente concedidas por la Sagrada Congregación de Ritos. Así las religiosas de la Visitación se apresuraron a pedir celebrar la fiesta con rito doble mayor el viernes siguiente a la octava del Corpus en toda su orden, autorización que les era concedida el 10 de julio de aquel año de 1765. Un mes después lo pide el clero de Roma, y lo obtiene el 6 de agosto para toda la ciudad, y la reina María Francisca de Portugal lo solicita igualmente para sus estados, a lo que se accede el 16 de mayo de 1777. Los jesuitas obtendrían la autorización para celebrar la fiesta al año siguiente.

La instauración de la fiesta en Francia tiene un regusto galicano. Tras el Decreto, el arzobispo de París monseñor De Beaumont permite la publicación de un oficio del Corazón de Jesús en latín y francés, y sin ordenar propiamente la celebración de la fiesta, manifiesta su deseo de verla adoptada por parroquias, seminarios y comunidades de su diócesis. Obispos reunidos en Asamblea del clero de Francia presididos por el arzobispo de Reims, con su galicano y erróneo criterio de que tienen en sus diócesis el mismo poder litúrgico que el Papa, sin mencionar para nada el decreto de Clemente XIII ni pedir autorización alguna a la Congregación de Ritos, correspondiendo a una instancia de la reina María Leczinska, el 17 de julio de 1765 acuerdan por su cuenta establecer en sus respectivas diócesis la fiesta y el oficio del Corazón de Jesús.

El pueblo cristiano comienza a conocer y a vivir la devoción al Corazón de Jesús, hasta entonces sólo practicada por elites a la sombra de monasterios o piadosas cofradías, pues el decreto de 1765 ha hecho de la devoción al Corazón de Jesús una devoción católica, es decir, universal (Hamon).

Aprobada oficialmente en la Iglesia, la devoción pasará a la liturgia y al Magisterio, y así pudo escribir Pío XII en *Haurietis aquas*: «En el año 1765, el Sumo Pontífice Clemente XIII aprobó oficio y misa en honor del santísimo Corazón de Jesús; y Pío IX extendió la nueva fiesta a la Iglesia universal. Desde entonces, el culto del sacratísimo Corazón, como río desbordado en ingente inundación, arrastrando todos los impedimentos, se difundió por todo el orbe.»

### Airada reacción frente a la autorización de la Fiesta

LA noticia de la autorización de la Fiesta sorprendió a filósofos y libertinos que desde un principio despreciaban la devoción y se burlaban de sus devotos, pero como no odiaban precisamente al Corazón de Jesús, sino directamente a Jesús, la autorización no les causó mayor desasosiego. Por el contrario, conocidos hombres de Iglesia, jansenistas y galicanos, quedaron desconcertados al constatar que sus reiteradas objeciones a la devoción habían sido desestimadas, y sus refinadas críticas no habían tenido el efecto esperado, por lo que no daban crédito al hecho de que su fiesta, aunque limitada a sus dos primeros peticionarios, hubiera podido ser aprobada por el Papa.

Repuestos de su asombro y aparentando indignación, estos ilustrados opositores no se dieron por vencidos y organizaron la contraofensiva coordinada en dos líneas: la primera, de fondo, alegando que el texto del Decreto no aprobaba la devoción al Corazón de Jesús revelada en Paray-le-Monial, y en modo alguno autorizaba el culto al corazón de carne de Jesucristo; la segunda, de forma, denunciando que la aprobación, urdida en secreto por los jesuitas aprovechando la decrepitud de un papa que les protegía, se la habrían son-sacado para intentar recuperar su perdida influencia e impedir la extinción de su Compañía, que tenían por inminente.

## Objeciones alegadas por los opositores a la Fiesta

En cuanto a su primera objeción, alegaban una falsa interpretación del texto del Decreto, si se entendía como que autorizaba a adorar al corazón de carne de Jesús. Sostenían que la Sagrada Congregación de Ritos había concedido sólo una fiesta al Corazón simbólico de Jesús, pero que era impensable imaginar que bajo la denominación y símbolo del corazón la Congregación hubiera querido aprobar el culto a su corazón de carne.

En cuanto a la acusación de que la fiesta había sido fruto de conspiración jesuítica, invocaban el hecho de que el 9 de enero de 1765, esto es, quince días antes de su autorización, el Papa había defendido a la Compañía de Jesús, confirmando por la bula *Apostolicum* los privilegios de los jesuitas, y condenado con su autoridad a sus perseguidores, en estos laudatorios términos: «Nos declaramos, por nuestra propia iniciativa y ciencia cierta, que el Instituto de la Compañía de Jesús respira en el más alto grado la piedad y la santidad, por más que se encuentren hombres que, después de haberlo desfigurado con malévolas interpretaciones, se hayan atrevido a calificarla de irreligiosa e impía, insultando así de la manera más ultrajante a la Iglesia de Dios, a la que acusan igualmente de estar equivocada.»

La aprobación de la fiesta la achacaban sus detractores a que Clemente XIII había sido miembro fundador de la cofradía de los «sacconi», luego Archicofradía romana del Corazón de Jesús, petionaria de la fiesta, y a maquinación de los jesuitas, acusándoles de instigadores de los obispos de Polonia y mentores del abogado de la causa. Destacaban el hecho de que el reino de España hubiera retirado a última hora su solicitud, y que una minoría de cuatro cardenales hubiera votado en contra de la mayoritaria aprobación.

## Votos discrepantes en la Sagrada Congregación de Ritos

Los opositores alegaban en su favor que uno de los miembros de la Congregación, el cardenal franciscano Lorenzo Ganganelli, que cuatro años más tarde iba a ser Benedicto XIV, habría confiado al abogado Camilo Blasi que, a su parecer, la Sagrada Congregación de Ritos habría querido excluir el culto del Corazón de carne, y que otros dos miembros de la Congregación, el cardenal de York y el cardenal Corsini pensarían como él. El cuarto discrepante pudo ser el cardenal Marefoschi, íntimo amigo del ministro español Roda, quien impuso la exclusión final del reino de

España como peticionario. Sea cual fuere la realidad de dichas confidencias, estos minoritarios cuatro votos discrepantes no tienen valor jurídico alguno frente a la aceptación de los numerosos restantes miembros de la Congregación, y sobre todo frente a la posterior aprobación por el Papa de lo acordado, que es lo único que realmente importa. Pero cuando el camino parecía despejado al progreso de la devoción, cuatro años después, el 2 de febrero de 1769, moría repentinamente el papa Clemente XIII, y la elección el 19 de mayo siguiente de Clemente XIV, tenido por poco amigo de los jesuitas, iba a dar nuevos ánimos a los opositores.

## Jesuitas devotos defienden la fiesta del Corazón de Jesús frente a sus objetores

Los adversarios de la devoción al Corazón de Jesús rechazaban, ante todo y del todo, el culto al Corazón de carne de Jesucristo, y sabían perfectamente que la Sagrada Congregación, desdiciéndose de su resolución de 1729, había aprobado este culto a su corazón de carne y la fiesta pedida para él en Paray-le Monial, pues esta era la petición del memorial de los obispos polacos que incoaron la causa. Su forzada interpretación del Decreto de 1765 como aprobación sólo al culto a Jesús amable, era pura maniobra dilatoria esperando mejores tiempos, pues cuando se les demuestra que la Sagrada Congregación ha aprobado inequívocamente el culto rendido al corazón de carne de Jesucristo, entonces responden que, si fuera así, la Congregación se habría equivocado, pues al adorar una parte de la humanidad de Cristo se habría incurrido en idolatría.

El abogado Camilo Blasi «canonista romano que nunca había destacado ni por su piedad, ni por su talento» (M. Grégoire), tras aconsejarse con algunos cardenales, publicó en 1765 unas «Observaciones sobre el objeto del culto en la fiesta del Corazón de Jesús», en contra de su aprobación por el Papa, que después ampliaría en el libro *De Festo Cordis Dissertatio Commonitoria*, en el que acusaba al nuevo culto de abuso intolerable, de ser contrario al Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos de 1729, y de impío, erróneo y mendaz, por dividir a Cristo y estar próximo a la herejía nestoriana.

## El jesuita padre Faure frente a Camilo Blasi

El padre Juan Bautista Faure, que gozaba de gran prestigio como teólogo entre los miembros de la Compañía y fuera de ella, acudió valientemente a replicarle, defendiendo de forma

fundada el decreto y la fiesta aprobados. Escribió contra Blasi tres billetes confidenciales críticos que tuvieron gran resonancia en toda Italia, rebatiendo brillantemente las acusaciones de Blasi que reprochaba a los jesuitas separar el santísimo cuerpo de Dios al adorar sólo una parte de él. Argumentaba el padre Faure que aquellos que no querían dirigir su devoción al Corazón de Jesús, adoraban piadosamente los pies y las manos del Redentor, incluso las llagas que recibió en ellas, sin que a ninguno se le hubiera hecho causa de que por ello se las separaran de su cuerpo o pretendieran dividir su divina persona.

Mediante riguroso análisis de los textos del oficio, de los himnos, antífonas y lecciones de la misa Miserabatur aprobada para la celebración de la fiesta, demostró el padre Faure que la Sagrada Congregación de Ritos no había dado a la palabra corazón un sentido metafórico o puramente simbólico, sino que su resolución afirmaba expresamente haber querido honrar el culto ya existente, es decir el que contemplaba el Corazón de carne de Jesucristo perforado por la lanza, palpitante hoy en su cuerpo glorificado, como nos lo muestra su mensajera Margarita María, símbolo del amor divino con que nos sigue amando.

Blasi no replicó a la demoledora crítica del padre Faure, pero sus partidarios, protegidos por dignatarios vaticanos, no tardaron en sacar a la luz nuevas obras abundando en su tesis. La más significativa fue la titulada *Authenticus* que compuso Christolimo Ameristo, seudónimo del agustino padre Agustín A. Giorgi. Como era de esperar, los argumentos de Giorgi fueron rebatidos por el padre Faure en dos tomos conocidos como *Ensayos teológicos para formar una fe de erratas a los dos tomos que ha publicado Christolimo Ameristo en defensa del Señor Blasi, y su Commonitorio de Festo Cordis Jesu contra su impugnación en tres billetes confidenciales críticos*.

### **Los jesuitas Benedicto Tetami y Manuel Marques nuevos defensores del culto al Corazón de Jesús**

EL ejemplo del sabio padre Faure fue seguido por otros jesuitas devotos del Corazón de Jesús como el siciliano padre Benedicto Tetami que replicó a Blasi con su libro *De vero culto et fasto Sanctissimi Cordis Jesu adversus Camili Blasi Commonitorium Dissertationem*. Por su parte, el anciano jesuita portugués padre Manuel Marques, que vivía su exilio en Venecia, conseguiría publicar bajo el patrocinio del Dux de la república su *Defensio cultus SS. Cordis Jesu injuria oppugnati a Doct. Camilus Blasio eiusque gregalibus*. En él expone como en el culto al Corazón de Jesús no se adora a

su Corazón aislado, sino unido a su cuerpo, alma y divinidad, y se dirige a la persona de Jesús. Las imágenes que le muestran en medio del pecho abierto, lo mantienen en la unidad del cuerpo, y las que lo presentan solo, se pueden justificar como las que muestran las Cinco Llagas o la Santa Faz.

### **Si se prescindie de su corazón de carne, no hay devoción al Corazón de Jesús**

ESTAS cuestiones sobre el objeto material del culto y sus objeciones ya habían sido rebatidas en 1727 por el padre Gallifet en su libro y en el *Memorial* de los obispos polacos de 1765. El punto central, entonces y hoy, es el papel primordial dado por defensores e impugnadores al Corazón de carne de Jesucristo, vivo y palpitante ahora en el pecho de Jesucristo. Si se prescindie de él no hay devoción al Corazón de Jesús. Si el objeto material del nuevo culto sólo fuera su persona, festejaremos en él a Nuestro Señor, su vida, sus misterios, su alma, pero no festejaremos a su Corazón como ha querido revelarnos, es decir a su amor bajo el símbolo de su Corazón de carne herido y despreciado, que pide reparación. El padre Hilario Marín, S.I., experto conocedor de las corrientes minimalistas predominantes hace ya más de medio siglo, que pretenden cercenar el culto aprobado al Corazón, afirma: «Yerran los que dicen que la Congregación en 1765 rechazó el culto al corazón verdadero y real, al corazón propiamente dicho, al corazón de carne, y sólo concedió se tributara culto al corazón simbólico, es decir a Jesús amable»

### **Veto del padre Ricci a que los jesuitas impugnen los ataques al Corazón de Jesús**

TAMBIÉN salieron en defensa de la devoción y el culto aprobados por el Papa varios jesuitas españoles expulsos en Italia. El padre Francisco Javier Idiáquez, que había sido rector del Real Colegio de Salamanca, impugnó la acusación de novedad del culto al Sagrado Corazón, demostrando su antigüedad en dos tomos manuscritos de una obra que ya no pudo publicar: «Antigüedad de la devoción al Sagrado Costado y Corazón de Jesús, probada por la tradición de los siglos contra el empeño del Sr. Blasi en tratar el culto al Corazón santísimo de Jesús de novedad...»

El padre Javier Calvo, maestro de filosofía en el colegio de Medina, y el padre Miguel de Ordeñana, maestro de teología en Salamanca, intentaron publicar nuevos escritos en defensa de la auténtica devoción al Sagrado Corazón, pero ya no obtuvie-



ron licencia superior para ello. Cual debía ser el ambiente al respecto en la Curia romana a mediados de 1772, que el preposito general padre Lorenzo Ricci prohibió explícitamente a todos los miembros de la Compañía escribir en defensa de la devoción al Corazón de Jesús y su fiesta en contra de las ideas de Camilo Blasi, para no encrespar más el ambiente antijesuítico ni provocar más desasosiego en la Curia, presionada entonces por las cortes borbónicas que exigían al nuevo papa Benedicto XIV que firmara sin dilación el decreto de extinción de la Compañía.

Tan triste mandato de silencio resultaría vano. Al año siguiente, tras el breve de extinción, el general padre Ricci era encarcelado en el castillo de Sant'Angelo, donde moriría preso dos años después. Le acompañaba en prisión el benemérito padre Juan Bautista Faure, quien, antes de la prohibición pudo publicar la más celebrada y difundida defensa del Corazón de Jesús. El desenfadado padre Luengo escribe en su diario que este «sabio, celoso e intrépido jesuita» se halla encerrado: «por haber defendido una devoción santa, aprobada por la Iglesia y recibida en muchos reinos católicos, contra el furor de un insolente abogado y de dos o tres frailes sin pudor y sin conciencia.»

Aunque el breve de abolición de la Compañía se había firmado por el Papa diez días antes, al padre Ricci se le notificó en la tarde del 16 de agosto de 1773, y al día siguiente se le confinó en el Colegio inglés donde permaneció hasta el 23 de septiembre, en que fue trasladado al Castillo de San'Angelo en que permaneció en cautividad bajo severa vigilancia los restantes dos años de su vida. Por presión de sus enemigos se aceleró su proceso, pero el juez acabó reconociendo que «nunca había juzgado a reos más inocentes que éstos, y también que alababa a Ricci como hombre verdaderamente santo» (Cordara)

Al recibir el viático el 19 de noviembre de 1775, el padre Ricci declaraba: «Estando en presencia de Jesús Sacramentado que en breve me ha de juzgar, protesto de no haber dado motivo alguno para la supresión de la Compañía... Perdono a todos de corazón y ruego al Señor toda clase de bienes para todos.»

### **Odio a la devoción al Corazón de Jesús, teniéndola por jesuítica**

**L**A guerra desatada contra los jesuitas en el siglo XVIII no es sino un episodio más de la perpetua contienda emprendida por la impiedad contra la Iglesia católica. En sus enemigos ex-

teriores, encabezados por el partido de los filósofos y de «las «Luces», se respiraba odio a Jesús, a quien su jefe Voltaire proponía aplastar. Sus enemigos, galicanos, regalistas, o febronianos, pretendían someter a la Iglesia a la voluntad de los Estados, ya desligados de su acatamiento a la ley de Dios, y veían en los jesuitas a los defensores de la autoridad espiritual y del poder temporal de la Santa Sede. También se alinearon en su contra órdenes y congregaciones enfrentadas con ellos por disputas teológicas o rivalidades de misión, enseñanza o influencia ante la corte y clases dirigentes.

El odio de jansenistas y galicanos contra los jesuitas se extenderá a la devoción al Corazón de Jesús presentándola como jesuítica, confundiendo prácticamente ambas causas. En la publicación jansenista *Les Nouvelles Eclésiastiques* cinco meses después del Decreto autorizando la Fiesta, se lee: «Con esta devoción engañosa al Corazón de Jesús, los jesuitas buscan un nuevo medio de justificar con más seguridad sus quimeras molinistas y quietistas, su moral del todo carnal y de calumniar a los defensores de la sana doctrina...y el grado de unión a esta sociedad proscrita y a su doctrina es la medida del celo y empeño en recibir esta devoción.» (26 de junio de 1765)

El mensaje a transmitir era tan simple como alejado de la realidad: todos los jesuitas son cordícolas y todos los cordícolas son jesuíticos, según *Les Nouvelles*: «Margarita Alacoque ha sido el apóstol de esta devoción, los jesuitas sus heraldos y monseñor Languet su trompeta. Si se ha establecido en todo el universo, es porque la han llevado los jesuitas, y las promesas hechas a quienes la practiquen son pura charlatanería espiritual jesuítica... todos los obispos que han favorecido la devoción están a las órdenes de la Compañía.»

Por inspiración preternatural, quienes se congratulaban de la expulsión de la Compañía de Jesús de Portugal, de su disolución en Francia y de su destierro de España, se proponían que su inminente extinción por Roma arrastrara también en su caída a la devoción al Corazón de Jesús. «No basta con extinguir a los jesuitas, es preciso extinguir el jesuitismo» escribía Roda a Azara en agosto 1767, y en el jesuitismo incluían al Corazón de Jesús. La supresión de la Compañía por el papa Clemente XIV fue celebrada por los enemigos del Sagrado Corazón como el triunfo que debía desvanecer su culto. De la suerte que siguió la devoción tras estas expulsiones y la extinción de Compañía, y de cómo por singular providencia del Corazón de Jesús la mantuvieron algunos celosos jesuitas extintos, trataremos en próximos artículos.

# La Virgen del Pilar, fundamento de la fe en España

SANTIAGO FERNÁNDEZ

## Aparición de la Virgen al apóstol Santiago

**E**SPAÑA ha sido la tierra de María desde los tiempos apostólicos. Aquí vino y se apareció por primera vez para sostener y alentar al apóstol Santiago, como luego lo ha hecho durante más de dos mil años con la fe de tantos fieles. Con la predicación del apóstol y la visita en carne mortal de la Virgen se inicia la extensión de la fe cristiana en nuestro país. Según la tradición, en el año 40, el apóstol Santiago vino a evangelizar a España. Documentos antiguos, del siglo XIII, conservados en Zaragoza, nos dicen que el apóstol, «pasando por Asturias, llegó con sus nuevos discípulos a través de Galicia y de Castilla hasta Aragón, donde estaba situada la ciudad de Zaragoza, a orillas del Ebro. Allí predicó Santiago muchos días (...)».<sup>1</sup> En la noche del 2 de enero del año 40, el apóstol se encontraba con sus discípulos junto al río Ebro cuando «oyó voces de ángeles que cantaban *Ave, María, gratia plena* y vio aparecer a la Virgen Madre de Cristo, de pie sobre un pilar de mármol». La Santísima Virgen, que aún vivía, le pidió al Apóstol que se le construyese allí una iglesia, con el altar en torno al pilar donde estaba de pie. La Virgen le prometió que «permaneceré en este sitio hasta el fin de los tiempos para que la virtud de Dios obre portentos y maravillas por mi intercesión con aquellos que en sus necesidades imploran mi patrocinio». Desapareció la Virgen y quedó ahí el pilar. Inmediatamente, el apóstol y sus primeros discípulos se pusieron manos a la obra y comenzaron la construcción de la que fue la primera iglesia dedicada a la Virgen María. «Con ninguna nación obró así»,<sup>2</sup> podemos exclamar agradecidos.

Posteriormente Santiago regresó a Palestina, donde entregó su vida al Señor siendo decapitado por Herodes. Sus discípulos trasladaron su cuerpo hasta Galicia donde fue enterrado en Compostela. El día 25 de julio de 812, nos sigue contando la tradición,

1. Estos testimonios fueron primero orales y se fueron transmitiendo durante generaciones hasta transcribirse también. Un ejemplo está conservado en el cabildo del Pilar (Qualiter aedificata fuit basilica).

2. Antífona de entrada de la liturgia del día 2 de enero, conmemoración de la Venida de la Virgen.

un ermitaño recibió una visión, y el lugar donde estaba la tumba del apóstol se llenó de una luz brillante, y desde entonces se conoce como Compostela, «Campo de Estrellas», convirtiéndose en lugar de peregrinación para toda la cristiandad. En 1884 León XIII promulga la bula *Deus omnipotens*, confirmando la autenticidad de las reliquias del apóstol Santiago. Durante la visita a España en 1982 el ya próximo santo Juan Pablo II se refirió a la catedral de Santiago como «uno de los lugares más célebres de la historia... que encierra la tumba de Santiago, el apóstol que según la tradición fue el evangelizador de España».

Aunque no es el objeto de este artículo demostrar la historicidad y autenticidad de estos maravillosos hechos, muchos historiadores e investigadores defienden esta tradición, mediante monumentos y testimonios. El más antiguo de estos testimonios es el famoso sarcófago de santa Engracia, que se conserva en Zaragoza desde el siglo IV, cuando la santa fue martirizada. El sarcófago representa la aparición de la Virgen para aparecerse al apóstol Santiago.<sup>3</sup>

## Protección maternal de la Virgen del Pilar

**D**ESDE SU venida a Zaragoza en El Pilar, la Santísima Virgen ha acompañado y protegido la fe cristiana en nuestro país, y muy especialmente en algunos tiempos en los que esta fe ha estado amenazada. Vamos a recordar algunos de esos momentos de especial protección, en los que Nuestra Señora ha sido «columna de fuego»<sup>4</sup> y, «esperanza de los fieles y gozo de nuestro pueblo».<sup>5</sup>

Uno de los primeros fue la toma de Zaragoza de manos musulmanas en 1118, por Alfonso I el Batallador tras un largo sitio de varios meses de duración en los que las tropas cristianas tuvieron que soportar muchas penurias para recuperar la ciudad,

3. Sobre la historia de la presencia de Santiago y la Virgen del Pilar véase: Lasagabáster Arratibel, Daniel. *Historia de la Santa Capilla del Pilar*, Zaragoza; Fundación Santa María 1999. Gutiérrez Lasanta F, *Historia de la Virgen del Pilar*. Zaragoza: s.n.1978. Llorca y García Villoslada. *Historia de la Iglesia católica*. Edad Antigua. Madrid. BAC 2001.

4. Cf. Ex 13, 21-23.

5. Prefacio de la fiesta de Nuestra Señora del Pilar.



que había permanecido cuatro siglos bajo el dominio de la Media Luna. Tras la reconquista de Zaragoza, la Basílica se hallaba muy deteriorada y se inició una campaña de reconstrucción que además colaboró considerablemente en la extensión de la devoción a la Virgen del Pilar por tierras españolas y europeas. Sólo tres años después, en 1121, se redactó una «Carta de concordia entre los obispos de Zaragoza y Pamplona», fechada el 12 de octubre, día de la dedicación de la iglesia de Santa María de Zaragoza donde se indica que esta fiesta se celebraba desde tiempos antiguos.

La Virgen del Pilar fue también la primera misionera en América, ya que el día de su fiesta se produjo el descubrimiento de América y con él comenzó la evangelización de un nuevo mundo con grandes frutos, pues es el continente que cuenta en la actualidad con mayor número de católicos: «El amor mariano ha sido en vuestra historia fermento de catolicidad. Impulsó a las gentes de España a una devoción firme y a la defensa intrépida de las grandezas de María... Le impulsó además a trasplantar la devoción mariana al Nuevo Mundo descubierto por España, que de ella sabe haberla recibido y que tan viva la mantiene. Tal hecho suscita aquí, en el Pilar, ecos de comunión profunda ante la Patrona de la Hispanidad. Me complace recordarlo hoy».<sup>6</sup> El papa Clemente XII, en el siglo XVIII, estableció la

6. Juan Pablo II ante el Pilar de Zaragoza el 6 de noviembre de 1982.

fecha del 12 de octubre para la festividad de la Virgen del Pilar.

Unos trescientos años después, el ejército de Napoleón Bonaparte y con él las nuevas corrientes liberales había invadido España, y Zaragoza fue una de las ciudades más afectadas, siendo dos veces sitiada por el ejército francés. La ciudad opuso heroica resistencia obteniendo la energía necesaria a los pies de la Virgen del Pilar, «como columna que guiaba y sostenía día y noche al pueblo en el desierto».<sup>7</sup> Así se expresaba un oficial francés: «Sabíamos que la agitación en la ciudad crecía por momentos, que el clero continuaba sosteniendo la fe en los milagros, y que la imagen de la Virgen no había aún sido descendida de su Pilar. El pueblo tenía una fe tan viva y ponía tal confianza en aquella sagrada imagen, que no podíamos esperar reducirlo sin haber antes arruinado su venerado templo».<sup>8</sup> De aquí la popular copla:

*«La virgen del Pilar dice,  
que no quiere ser francesa,  
que quiere ser capitana  
de la tropa aragonesa».*

Al final, tras grandes pérdidas humanas y materiales, Zaragoza capituló, pero ni la imagen del Pilar ni la Basílica sufrieron otros daños que la explosión de sus piezas y joyas de valor. El Pilar permaneció en pie como símbolo de la inquebrantable fe del pueblo.

Un último hecho contribuyó a engrandecer de forma maravillosa la devoción a la Virgen: en los inicios de la guerra civil española, el trimotor Fokker despegó de Barcelona con varias bombas de 50 kilos, con el objeto de destruir El Pilar y desmoralizar a los cristianos. El 3 de agosto de 1936, se lanzaron tres bombas sobre la basílica de El Pilar, pero ninguna explotó. Una de ellas se clavó en la calle, cerca del templo, dejando en el suelo una marca en forma de cruz como puede comprobarse en una placa conmemorativa, y las otras dos cayeron sobre la Basílica atravesando el techo, provocando únicamente leves daños materiales. De nuevo, la Virgen ejerció su maternal protección impidiendo su explosión.

### Otros milagros atribuidos a la Virgen

**E**N otros tiempos en los que quizá la fe no estaba públicamente amenazada, la Virgen también se preocupó de mantener viva la fe entre los fieles. En 1438 se escribió el «Libro de Mila-

7. Antífona de entrada, liturgia de la fiesta de Nuestra Señora del Pilar.

8. Gutiérrez Lasanta F, ob. cit. t, VII, p. 389.

gros» atribuidos a la Virgen del Pilar. Esta obra fomentó en gran manera la devoción al Pilar. El rey Fernando el Católico manifestó: «creemos que ninguno de los católicos de Occidente ignora que en la ciudad de Zaragoza hay un templo de admirable devoción sagrada y antiquísima, dedicado a la Santa y Purísima Virgen y Madre de Dios, Santa María del Pilar, que resplandece con innumerables y continuos milagros». En 1680 se escribió la obra *Compendio de los milagros de Nuestra Señora del Pilar*, por el canónigo de Zaragoza José Félix de Amada, donde se describen sesenta milagros.

El más conocido es el famoso Milagro de Calanda: un joven de 19 años llamado Miguel Juan Pellicer sufrió un accidente y fue necesario amputarle una pierna por debajo de la rodilla. Al salir del Hospital, dos años después, era mendigo en las puertas de la basílica de El Pilar, de la que era muy devoto. Cada día, Pellicer untaba el muñón de su pierna con el aceite de las lámparas que ardían ante la Virgen del Pilar mientras pedía limosna a la puerta del templo. Vuelto a casa de sus padres, en Calanda, a primeros de marzo de 1640, el día 29 de ese mes, habiéndose acostado en la misma habitación de sus padres, por haber un soldado alojado en casa, lo encontraron ellos dormido media hora más tarde, con dos piernas, notándose en la restituida las mismas señales de un grano y unas cicatrices que tenía antes de su amputación. Tras su curación, Miguel Juan volvió a viajar a Zaragoza para dar gracias a la Virgen del Pilar. El arzobispo Pedro Apaolaza, pronunció la sentencia de curación milagrosa el 27 de abril de 1641: «Decidimos, pronunciamos y declaramos que a Miguel Pellicer, natural de Calanda, de quien en este proceso se trata, le ha sido restituida milagrosamente su pierna derecha, que antes le habían cortado, y que tal restitución no ha sido obrada naturalmente, sino prodigiosa y milagrosamente, debiéndose juzgar tener por milagro, por haber concurrido en ella todas las circunstancias que el derecho exige para constituir un verdadero milagro, como por el presente lo atribuimos a milagro, y por tal milagro lo aprobamos, declaramos y autorizamos».<sup>9</sup>

Otros milagros se han descrito, como la curación de Blanca de Navarra, a la que se creía muerta, o un joven condenado a la horca en Alcañiz, que antes de ser ajusticiado pidió al verdugo que lo volviese de cara a la Virgen del Pilar de Zaragoza de la que era

muy devoto. El verdugo aceptó la petición y el reo, de rodillas en el suelo, suplicó a la Virgen del Pilar que tuviera misericordia de su alma y de su vida. Al ser ejecutada la sentencia, cuenta el Padre de Amada: «se ejecutó la sentencia estando suspendido del patíbulo por espacio de dos credos, teniéndolo los circunstantes por muerto; cuando a vista de todos, sin embargo de tener las manos atadas, las levantó, y muy concertadamente, se santiguó con la derecha, y después, con estar en el aire, sin tener en qué estribar los pies, se levantó tan en alto, (...) con alentada voz dijo: Oh Santa María del Pilar, tú seas loada, que el alma me has tornado al cuerpo, verdaderamente, que ya estaba fuera».<sup>10</sup>

Pero sobretodo, ¡cuántos milagros anónimos se habrán producido a los pies del Pilar! A cuántas personas habrá atraído hacia sí desde su Pilar y habrá conducido a Jesús mostrándoles el «fruto bendito de su vientre» ¡Para cuántos cristianos habrá sido su fortaleza en la fe, seguridad en la esperanza y constancia en el amor!<sup>11</sup>

La presencia de Nuestra Señora del Pilar en la vida espiritual del país también se ha manifestado en los muchos patronazgos de la que es objeto, muestra de la gran devoción y confianza que se tiene en Ella: en 1642 es proclamada patrona de Zaragoza; en 1678 es nombrada patrona de Aragón; en 1904 se celebró su coronación canónica. Es patrona de la Hispanidad; en su día se celebra la fiesta nacional de España. Es también patrona de la Guardia Civil (1913), de Correos y Telégrafos (1918), del Cuerpo de Secretarios, interventores de la administración local (1928), y de tantos otros pueblos, parroquias, instituciones y mujeres que llevan su nombre.

Concluimos con las palabras de Juan Pablo II en El Pilar, en su visita en 1982: «Esa herencia de fe mariana de tantas generaciones, ha de convertirse no sólo en recuerdo de un pueblo, sino en punto de partida hacia Dios. Las oraciones y sacrificios ofrecidos, el latir vital de un pasado, que expresa ante María sus seculares gozos, tristezas y esperanzas, son piedras nuevas que elevan la dimensión sagrada de una fe mariana. Porque en esta continuidad religiosa, la virtud engendra nueva virtud. La gracia atrae gracia. Y la presencia secular de Santa María va arraigándose a través de los siglos, inspirando y alentando las generaciones sucesivas. Así se consolida el difícil ascenso de un pueblo hacia lo alto»

9. Sentencia del 27 de abril de 1641, firmada por D. Pedro de Apaolaza Ramírez, arzobispo de Zaragoza, conclusión del proceso canónico correspondiente que fue abierto el 5 de junio de 1640.

10. *Compendio de los milagros de Nuestra Señora del Pilar*, escrita por el canónigo de Zaragoza José Félix de Amada (1680).

11. Oración colecta, fiesta de Nuestra Señora del Pilar.

## San Oleguer, obispo de Barcelona y arzobispo de Tarragona

OLEGUER VIVES GIL



**S**AN Oleguer es, sin lugar a dudas, el santo obispo restaurador de las diócesis de Barcelona, arruinada y destruida por el paso de las tropas de Almanzor, y de Tarragona, una vez fue reconquistada la ciudad, en 1118. Su pedestal es Barcelona, y su corona, la inmortal Tarragona. El eminente historiador padre Flórez dice de san Oleguer que fue «la figura eclesiástica más relevante y más digna de su tiempo». Toda su vida estuvo orientada hacia Cristo. Si la humildad es fundamento de toda santidad, san Oleguer fue entonces de una gran santidad. Su desprendimiento y su espíritu pacificador procedían de esta santa virtud que tanto resplandeció en él.

Nació en la ciudad de Barcelona hacia el año 1060, hijo de Oleguer, secretario del entonces con-

de soberano de Barcelona, Ramón Berenguer I, y de Guilia. Recibió una primera educación de parte de su padre, pero muy pronto, a la edad de diez años, fue ofrecido por sus piadosos padres al cabildo de la catedral de Barcelona. Para pagar la manutención del nuevo escolar, sus padres entregan como dote a la Sede barcelonesa un viñado que poseían en la diócesis de Vic, en el término del castillo de La Manresana y Villalonga, en un lugar llamado San Ermengol.

Durante estos años, de los maestros que había en la catedral, recibió una gran formación intelectual y no menos espiritual, entregándose por completo al estudio y a la oración con toda la idealidad de un enamorado. Según el sacerdote Llorenç Riber, «en el alboroto de los monaguillos, él era el sol; en el bullicio de la ciudad era solitario. Los ancianos encontraban en el muchacho maduro muchas cosas para aprender y muchas virtudes de las que tomar ejemplo. El cabildo tenía en el benjamín de los canónigos un arca viviente de todas las virtudes».

Ordenado diácono en 1075, los canónigos lo eligen para prepósito (lo que hoy en día sería el deán), admirados de su cordura y santidad de vida. Consagrado sacerdote, hacia el año 1094, fue «guardián cuidadosísimo y maestro de castidad; amable con todos; generoso con los pobres, esquivo de la vanagloria, desafectado de la pompa mundanal y amante fiel de la paz no fingida», según Renall, canónigo contemporáneo a san Oleguer que escribió una biografía del santo.

Deseoso de más perfección, hacia el 1095, se alistó a la canónica regular de San Agustín, en San Adrià del Besós, donde se observaban las reglas de la abadía de San Rufino, en Aviñón, siguiendo la reforma gregoriana que se estaba llevando a cabo. Esta reforma se concretaba en la *vita apostolica*, que comportaba la no posesión particular de bienes y la vida en comunidad. Por su observancia, prudencia y austeridad de vida como monje agustiniano, fue elegido como prior del monasterio en 1103. Después de estar quince años en la comunidad del Besós, fue destinado, en 1110, para ser el abad de la comunidad agustiniana de San Rufino de Aviñón, en la Provenza francesa.

Una de las principales preocupaciones del entonces conde de Barcelona, Ramón Berenguer III, era expulsar a los sarracenos del sur y oeste de Cataluña y de las Islas Baleares. La intención en estas batallas era fundamentalmente cristiana. Tras un largo asedio en Mallorca, la ciudad de Palma se rindió el 3 de abril de 1115. El conde volvió victorioso a Barcelona, pero, además de un gran botín y numerosos cristianos puestos en libertad, traía, desgraciadamente, los restos del obispo de Barcelona Ramón Guillem, que le había acompañado en la campaña. Nuestro santo, san Oleguer, fue a Barcelona a recibir al conde y a asistir al funeral del obispo, que fue enterrado en la catedral. Acabado el funeral, los fieles congregados empezaron a aclamar: «¡Oleguer obispo! ¡Oleguer obispo!». Oleguer se consideraba indigno de ser obispo. Tanto es así, que esa noche, en la que fue a dormir ya al palacio episcopal, llevado por un profundo sentimiento de humildad, se escapó de Barcelona y anduvo día y noche hasta llegar a los muros de su monasterio de San Rufino.

Ramón Berenguer III fue a ver al papa, Pascual II, pidiéndole que intercediera en el asunto, y éste envió una enérgica carta a Oleguer para obligarlo a aceptar el obispado, en la que le decía que el clamor unánime de la gente había sido «por inspiración de aquel que las cosas discordantes unifica» y que con su regreso a Aviñón «parece que te resistas al Espíritu Santo y que rechaces poner la mano en el arado». Finalmente, tras absolverle de las obligaciones que tenía en San Rufino, le dice: «te mandamos, querido hermano, que admitiendo la designación que de ti se ha hecho, y para que no parezca que contrastas la voluntad divina, vayas a dicha Sede barcelonesa». Tras recibir la carta, Oleguer la lee, consiente y es consagrado obispo de Barcelona en la catedral de Maguelonne, cerca de Montpellier.

Celoso del culto sagrado, después de reformar personalmente a sus sacerdotes y de fundar piadosos legados en la Sede para el aumento y el esplendor del culto, pasó largas temporadas consagrando parroquias. Anduvo toda la diócesis, levantando iglesias destruidas por los musulmanes y edificando monasterios para la santificación de las almas enamoradas de la perfección. Su palacio era casa de pobres y necesitados, y su consejo, siempre de paz y conciliación, era consultado por todos los litigantes. Cuando las necesidades de la Iglesia lo exigían, también solía montar a caballo, acompañando al Conde soberano en las conquistas de Tarragona, Lérida y Tortosa, con el noble ideal de extender el reino de Jesucristo.

Conquistada la ciudad de Tarragona por el conde Ramón Berenguer III, y elegido el papa Gelasio

II como sucesor del papa Pascual II, fue a Roma a realizar la visita «ad limina», para presentar su obediencia al nuevo papa y darle conocimiento, de parte del Conde, de la conquista de la antigua ciudad. Su viaje, mitad a pie y mitad en barco, fue una continua predicación de la pobreza, la austeridad y la generosidad con los pobres. Admirado, el Papa, de su virtud, por bula firmada el día 21 de marzo del año 1118, lo nombró arzobispo de Tarragona, con todos los derechos de metropolitano y con la obligación de reedificar y repoblar la ciudad, ya que Ramón Berenguer III la entregó para la perpetuidad a la Sede metropolitana. Cuando el conde Ramón Berenguer le dio la ciudad de Tarragona, aceptó el poder espiritual, pero eligió como marqués de la ciudad a Robert Aguiló, premiando el esfuerzo que este había puesto para reconstruir dicha ciudad. Al mismo tiempo, tenía que seguir gobernando la Sede de Barcelona. Renall nos explica que «para la reedificación de Tarragona, que durante muchos años había permanecido desierta, con mucha solicitud se aplicó el santo metropolitano. De todos los sitios reunía habitantes y colonizadores, defensores y guerreros. Y para ello concedía tantos beneficios como podía». San Oleguer es el gran reconstructor de la ciudad de Tarragona y el restaurador de la jerarquía metropolitana. Las actuales murallas de la ciudad y su catedral pregonan el celo del santo prelado.

Visitó como peregrino Tierra Santa, donde fue recibido con mucha veneración por el patriarca de Jerusalén. Aprovechó su paso por los distintos pueblos y ciudades, predicando las verdades eternas, y obrándose en él el milagro del don de lenguas, ya que, predicando siempre en la misma lengua, era entendido por todos los oyentes de distintos países y lenguas.

También, como consejero del papa Calixto II, asistió a los concilios de Tolosa (abril de 1119), de Reims (octubre de 1119), de Letrán I (1123) y de Clermont (1130) haciéndose escuchar en todos ellos por su sabiduría, prudencia y espíritu de Dios.

Ya mayor, sabiendo de las discordias que existían entre el rey Alfonso VII de Castilla y Ramiro II, rey de Aragón, se encaminó hacia Zaragoza, y obtuvo la paz entre ambos.

Sabiendo que le faltaban fuerzas, reunió Sínodo en Barcelona, y se despidió de sus clérigos con palabras llenas de unción y de amor paternal, las cuáles hicieron llorar a todos los presentes con lágrimas de sentido dolor. Recibió fervorosamente los Santos Sacramentos y, habiendo dado la última bendición episcopal a sus canónigos de la Sede de Barcelona, recitando salmos y devotas deprecaciones a Jesús y María, entregó plácidamente su alma a Dios el día 6 de marzo de 1136, a los 76 años de

edad. Su cadáver, tras ser expuesto públicamente durante tres días, fue enterrado en la catedral de Barcelona.

La fama de santidad de nuestro santo obispo era tan grande, que pocos años después de su muerte, en el año 1155, el conde Ramón Berenguer IV, que tan de cerca le había tratado, envió un embajador a Roma pidiendo al papa Adriano IV su canonización. No lo creyó oportuno el Santo Padre, pero permitió el culto en su sepulcro. Ante milagros obrados por el santo y, de modo especial, el de la incorruptibilidad de su cuerpo, en 1280, el propio rey de Aragón, Pedro III el Grande, en nombre de las ciudades de Barcelona y Tarragona, pide nuevamente, al papa Martín IV, la canonización del santo, obteniendo del Pontífice la simple aprobación del culto que se le dedicaba.

Cuatro siglos más tarde, el virrey de Cataluña, Dr. Oleguer Montserrat, obispo de la Seu d'Urgell, fundador del Oratorio de San Felipe Neri en Barcelona y gran devoto del santo por ser su patrón, suplicó al papa Clemente X que lo canonizara definitivamente. Y así lo hizo Su Santidad, por decreto firmado el 25 de mayo de 1675.

Con solemnes fiestas celebró Barcelona la canonización de su ilustre hijo, celebrándose en la catedral diversas pontificales sufragadas por el cabildo de la catedral, en nombre de los clérigos; por el Consejo de Ciento, en nombre de la ciudad; por el virrey, en nombre del gobierno; por la Generalitat y por la nobleza.

Al año siguiente, 1676, deseoso el cabildo catedralicio de honrar más dignamente al que había sido su más ilustre capitular, acordó dedicar su sala capitular a capilla del Santísimo Sacramento y de san Oleguer. En 1701, el día 6 de marzo, festividad del santo, después de revestir su cuerpo incorrupto con nuevos ornamentos episcopales fue solemnemente trasladado a la nueva capilla, conocida también como la capilla del Cristo de Lepanto, siendo depositado en el magnífico sepulcro de alabastro, así mismo trasladado, que había donado el obispo barcelonés Ildefons Coloma en 1598. Cada 6 de marzo, fiesta de san Oleguer, se abre el camerino, que permanece cerrado el resto del año, para la veneración de los fieles.

Durante la guerra civil de 1936, fueron profanados el sepulcro y el cuerpo de nuestro santo obispo, siendo depositado en el panteón común de los obispos, hasta que, en 1939, abierta nuevamente la catedral al culto, fue de nuevo colocado en su sepulcro y puesto a la veneración de los fieles.

Que san Oleguer, que tanto amó a Cristo y a la Iglesia, nos ayude a caminar hacia el Cielo: Dios y Padre nuestro, que enriquecisteis al obispo san Oleguer con los dones de una santidad eminente y de una gran prudencia en el gobierno pastoral de las Iglesias encomendadas, concedednos por su intercesión que los que nos gloriamos de haberlo tenido como pastor imitemos su ejemplo y alcancemos su gloria. Os lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén.

## INDISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO

Esta insistencia, inequívoca, en la indisolubilidad del vínculo matrimonial pudo causar perplejidad y aparecer como una exigencia irrealizable (cf. Mt 19,10). Sin embargo, Jesús no impuso a los esposos una carga imposible de llevar y demasiado pesada (cf. Mt 11,29-30), más pesada que la ley de Moisés. Viniendo para restablecer el orden inicial de la creación perturbado por el pecado, da la fuerza y la gracia para vivir el matrimonio en la dimensión nueva del Reino de Dios. Siguiendo a Cristo, renunciando a sí mismos, tomando sobre sí sus cruces (cf. Mt 8,34), los esposos podrán «comprender» (cf. Mt 19,11) el sentido original del matrimonio y vivirlo con la ayuda de Cristo. Esta gracia del matrimonio cristiano es un fruto de la cruz de Cristo, fuente de toda la vida cristiana.

*(Catecismo de la Iglesia católica, núm. 1615)*

## EL MATRIMONIO, SIGNO DE LA ALIANZA DE CRISTO CON LA IGLESIA

Toda la vida cristiana está marcada por el amor esponsal de Cristo y de la Iglesia. Ya el Bautismo, entrada en el Pueblo de Dios, es un misterio nupcial. Es, por así decirlo, como el baño de bodas (cf. Ef 5,26-27) que precede al banquete de bodas, la Eucaristía. El matrimonio cristiano viene a ser por su parte signo eficaz, sacramento de la alianza de Cristo y de la Iglesia. Puesto que es signo y comunicación de la gracia, el matrimonio entre bautizados es un verdadero sacramento de la Nueva Alianza (cf. Concilio de Trento, DS 1800).

*(Catecismo de la Iglesia católica, núm. 1617)*



## Pequeñas lecciones de historia

### Edmund Campion (III): los jesuitas de Praga

GERARDO MANRESA

**E**N enero de 1573 Campion abandonó el College de Douai y se fue a pie a Roma para ser admitido en la Compañía de Jesús. Su llegada coincidió con la elección de general de la Compañía tras la muerte de san Francisco de Borja. Resultó elegido el padre Mercuriano Fleming.

No tuvo problema la candidatura de Campion para su entrada en la Compañía; varias provincias se lo disputaron por su fama. Se decidió por la provincia austríaca. Y aunque durante los primeros años del noviciado estuvo en Brunn (Moravia), Praga fue su destino los seis años.

Praga era una importante ciudad, centro cultural y académico del Sacro Romano Imperio, que a comienzos del siglo XIV sufrió fuertes revueltas provocadas por las doctrinas de Jan Huss, sacerdote bohemio (1369-1415). Huss, que predicaba exclusivamente en idioma checo, criticaba la corrupción moral de la Iglesia y los vicios del clero y del monacato. Quería que la Iglesia fuera pobre, que todo lo que hiciera estuviera claramente basado en el Evangelio; además, criticaba la venta de indulgencias. Le decía al pueblo que debía desobedecer a la Iglesia porque era evidente que los sacerdotes vivían en el pecado. También quería que se prohibieran los bailes. Decía que el Papa, con su corrupción y sus muchos pecados y errores que enseñaba, era la encarnación del Anticristo. En 1409 Huss fue nombrado rector de la Universidad de Praga, una de las más prestigiosas del Imperio, por el rey Wenceslao IV, que se puso de su parte. Durante su mandato predicaba que «las universidades, los estudios, licenciaturas, facultades y cátedras son vanidades paganas, no más útiles a la Iglesia que el diablo», logrando con ello que la Universidad se viniera abajo. Apelando también al sentimiento nacionalista bohemio expulsó a los estudiantes extranjeros, principalmente alemanes, que daban vida al lugar. Huss se quedó como rector de unos pocos estudiantes bohemios. En 1412, Huss y sus seguidores acusaron de simonía a los enviados papales llegados a Praga con las indulgencias plenarias, lo que provocó la retirada del permiso de predicación a Huss y el entredicho a la ciudad de Praga. A partir de aquí se radicalizó más aún el pensamiento de Huss, que quedó patente en su *Tractatus de Ecclesia*, en el que se niega que san Pedro sea la verdadera cabeza de la Iglesia, que solo puede ser Cristo, y se afirma que la dignidad papal proviene del Emperador. Huss apeló a un concilio y se retiró de Praga seguido por sus discípulos.

En 1414 se reunió el concilio de Constanza, que condenó las ideas de Huss y exigió su abjuración, hecho

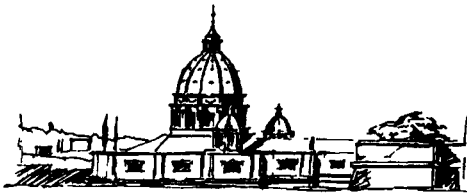
que no se logró y como consecuencia de su obstinada negativa fue quemado como hereje en 1415.

Le ejecución enardeció los sentimientos anticlericales y antimonárquicos de la nobleza bohemia, pues el rey Segismundo cedió a la ejecución por la presión del Papa y pronto el partido husita emprendió una guerra contra su rey. Las hostilidades duraron más de quince años y concluyeron con la derrota de los extremistas husitas y la redacción de un tratado aceptado por el ala moderada de los husitas. La monarquía perdió mucha fuerza y a partir de entonces devino electiva. En 1516 el emperador Carlos V la asumió y la subsumió en el Imperio. Los cincuenta años siguientes fueron de paz relativa pero la universidad nunca recuperó su antigua dignidad. Las doctrinas luteranas consiguieron una popularidad inmediata y en el momento de la llegada de los jesuitas el país, Praga era una ciudad predominantemente protestante.

Los jesuitas llegaron a Praga en 1556 con san Pedro Canisio, instalándose en el monasterio de San Clemente, antiguo convento de dominicos. Su actividad misionera fue muy importante y con los años convirtieron este monasterio en uno de los más prestigiosos colegios de Europa, el Clementinum. Pocos años más tarde, en setiembre de 1574, después del noviciado, llegaba Campion a Praga. Formado ya en filosofía y teología, en cuatro años completó sus estudios y en setiembre de 1578 fue ordenado sacerdote. Su actividad como jesuita durante estos años se dedicó exclusivamente a la formación de los jóvenes, primero saliendo a captarlos de puerta en puerta, trabajando en hospitales, presentándose en pueblos. Pero viendo el escaso resultado, el provincial le hizo volver a la Universidad, que tras los años descritos volvió a resurgir. Los jesuitas reformaron la enseñanza y consiguieron que sus métodos fueran, en los años siguientes, los más prestigiosos de Europa central. Los padres, aunque fueran de religión protestante enviaban a sus hijos al Clementinum. Los métodos de enseñanza de los jesuitas les dotaba de un particular conocimiento de los hábitos de la mente y es descubrimiento y aplicación de los jesuitas el principio según el cual el alumno va a fijar más en la memoria lo que haya aprendido antes con la curiosidad y la imaginación.

En estas fechas Campion recibió la noticia de que seis de sus amigos de Oxford iban a ingresar en la Compañía y este hecho iba a cambiar su vida, pues de pensar que el resto de su vida estaría aplicado a la formación de la juventud en los colegios y en la universidad de Praga, las circunstancias, completamente ajenas a él, determinaron su futuro regreso a Inglaterra. El doctor Allen fue el primero que se lo comunicó por carta.





# ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

## El descarte del aborto

**A** sí ha titulado el obispo de San Sebastián, monseñor José Ignacio Munilla, una carta pastoral publicada el pasado 5 de marzo en la que habla sobre el aborto y en la que responde a dudas concretas, elimina algunos tópicos y, sobre todo, invita a superar el debate político en pos de un debate abierto, libre y moral, porque –según ha asegurado– «la causa de la vida es prepolítica y está por encima de cualquier ideología». «He querido coger una serie de deformaciones en la comunicación y he querido darles una orientación para poder ayudar a pensar, ayudar a debatir porque creo que los cristianos estamos llamados a dar razón de nuestra fe», comentó en una entrevista con Rome Reports.

En el documento, tras recoger algunas de las reflexiones del papa Francisco sobre dicho tema, monseñor Munilla explica la relación existente entre aborto y paz, ya manifestada por la madre Teresa de Calcuta al recoger el Premio Nobel de la Paz en 1979. Y en este contexto, señala cuáles deben ser los antídotos para superar esta «cultura del descarte»: la ternura y la esperanza. ¡No tengáis miedo a la ternura! ¡No nos dejemos robar la esperanza!, exhorta el prelado.

«Pero además del cultivo de la ternura y de la esperanza, como principales antídotos contra la cultura del descarte, es también necesario que abordemos el debate sobre la verdad moral en torno al aborto. Por influjo del relativismo y de la ideología de género, se ha difundido un amplio argumentario proabortista que puede confundir a muchos por sus sutilezas, así como por la carencia de una apologética bien formulada en defensa de la vida. Si bien es cierto que las grandes heridas morales del hombre y de la mujer de nuestros días son principalmente “afectivas”, no es menos cierto que existe también un oscurecimiento muy notable de la razón y del sentido común. Parece como si el utilitarismo y el practicismo hubiesen derrocado todo idealismo, e incluso la misma confianza en el conocimiento de la verdad, especialmente de la verdad moral.» Por ello, Mons Munilla expone en su carta algunas reflexiones críticas ante las distintas reacciones de los partidos políticos y de otros agentes sociales a propósito de la presentación del «Anteproyecto de Ley Orgánica para la Protección de la Vida del Concebido y de los Derechos de la Mujer Embarazada» del pasado 20 de diciembre de 2013, e intenta también dar respuesta a algunos de los argumentos proabortistas que con más frecuencia se utilizan para justificar o reivindicar el aborto.

## Hallados otros nueve rollos del Mar Muerto

**DURANTE** el seminario «La historia de las grutas de Qumran», organizado por la Facultad de Teología de Lugano, fue anunciado el reciente descubrimiento de nueve rollos contenidos en tres filacterias. Los rollos del Mar Muerto son fragmentos de textos de la Torah, o piezas de la literatura judía, de alrededor de dos mil años de antigüedad, correspondientes a la era del segundo Templo.

Los minúsculos pergaminos se encontraban en las filacterias custodiadas en el Israel Museum y que habían sido descubiertas en las cuevas de Qumran en la época de las excavaciones de 1952, realizadas por el arqueólogo Roland de Vaux, pero aún no habían sido abiertas porque, o no se dieron cuenta de lo que contenían o no sabían cómo abrirlas. Estas filacterias han sido ahora examinadas por la Autoridad de Antigüedades de Israel usando una técnica fotográfica especial que ha mostrado que cada filacteria contiene tres rollos. El material hallado es extremadamente frágil y requerirá mucho cuidado y tiempo para extraerlo de los recipientes y estudiar su contenido y, aunque probablemente no aporten ningún avance histórico, lingüístico o religioso importante, podrían arrojar nueva luz sobre las prácticas religiosas de judaísmo del segundo Templo.

## El Papa viajará a Corea del Sur

**L**A Oficina de Prensa de la Santa Sede ha confirmado que el papa Francisco, acogiendo la invitación del presidente de la República y de los obispos coreanos, realizará un viaje apostólico a la República de Corea del 14 al 18 de agosto de 2014, con ocasión de la Sexta Jornada de la Juventud Asiática, que se desarrollará en la diócesis de Daejeon, y cuyo lema es «¡Jóvenes de Asia, despertad! La gloria de los mártires resplandece sobre vosotros», en recuerdo de los más de diez mil católicos asesinados en dicho país entre 1785 y 1888.

Durante su visita al país asiático, el Santo Padre también beatificará a los siervos de Dios, Paolo Yun Ji-Chung, laico, y a 123 compañeros mártires asesinados en odio a la fe en Corea entre 1791 y 1888 y que se unirán al grupo de Andrés Kim y sus ciento dos compañeros mártires beatificados por Juan Pablo II en 1984.

## Consagración a Jesús por María

**T**RAS el éxito de su libro *Consolando al Corazón de Jesús: retiro personal inspirado en los Ejercicios espirituales de san Ignacio*, el padre Michael Gaitley, MIC, ha publicado ahora un nuevo escrito en el que, mediante la meditación de las vidas y enseñanzas de san Luis María Grignon de Montfort, san Maximiliano Kolbe, la beata Madre Teresa y el beato Juan Pablo II, acompaña al lector en un retiro espiritual de treinta y tres días que culmina con la consagración personal a la Santísima Virgen.

En su introducción, el padre Gaitley explica: «Escribí este libro por una razón principal: la consagración total a Jesús por María (la consagración mariana) es realmente “el medio más seguro, más fácil, más corto y el más perfecto camino” a la santidad y debería haber una manera fácil y actualizada de aprovechar semejante bendición».

Y señala el padre Gaitley: «Me topé con un problema cuando escribía mi otro retiro espiritual personal, *Consolando al Corazón de Jesús*. En ese libro hablé de lo impactante que es la consagración total a Jesús por medio de María pero no tenía tiempo suficiente para entrar en detalles. Así que recomendé que la gente leyera el clásico escrito por san Luis María Grignon de Montfort sobre la consagración mariana, el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*. En *La verdadera devoción*, Montfort presenta un curso de preparación para la consagración mariana que cubre treinta y tres días. El problema es que no es muy fácil seguir el formato tal como se presenta en el libro (las oraciones están en páginas diferentes, tienes que buscarlas, retroceder y avanzar, etc.) Para resolver este problema los padres montfortianos publicaron un libro más pequeño titulado *Preparación para la consagración total*.

Siguiendo su ejemplo, el padre Gaitley presenta ahora *Treinta y tres días hacia un glorioso amanecer*, del que ya se han distribuido cerca de dos millones de copias en los Estados Unidos y en México, con el fin de contribuir, mediante la lectura y reflexión de los nuevos tesoros de fuentes contemporáneas, a una eficaz preparación de la consagración a Jesús por María.

«En *Consolando al Corazón de Jesús*, recuerda el padre Gaitley, declaré algo muy audaz. Dije que uno podría recibir todas las gracias de un retiro ignaciano de treinta días en un solo fin de semana. Seguí el ejemplo audaz del venerable padre Pío Bruno Lanteri (1759-1826) quien aseguró que cualquier persona podría tener todo lo necesario para hacerse «un gran santo» no en treinta sino en ocho días. ¿Por qué creyó Lanteri que sus retiros podían ser más cortos, pero tan eficaces como los de treinta días? Porque hizo especial hincapié en lo que yo llamo sus «armas secretas»: la Divina Misericordia y María. ¿Y por qué creía yo que mi retiro podía ser aun más corto que el de Lanteri? Porque Lanteri murió hace más de 180 años, y desde su muerte la Iglesia ha desarrollado aún más sus armas secretas. Con estas armas secretas más poderosas, concluí que podíamos hacer retiros más eficaces, incluso en un fin de semana. Entonces en *Consolando al Corazón de Jesús* dediqué la mayoría de las páginas a desarrollar nuevas ideas relacionadas con una de las armas secretas de Lanteri: la Divina Misericordia. Así, incluí mucho material de dos grandes santos contemporáneos: santa Teresa de Lisieux y santa María Faustina Kowalska. Desafortunadamente, no tenía mucho tiempo para examinar a fondo los nuevos elementos relacionados con la consagración mariana. Toqué brevemente algunos de ellos pero no podía entrar en detalle. Afortunadamente, eso es lo que vamos a hacer con este libro. En las páginas que siguen vamos a escuchar no solamente del primer gran apóstol de la consagración mariana, san Luis de Montfort, sino también de otros gigantes marianos que vinieron después. En su tiempo, Montfort recopiló y sintetizó las enseñanzas de los mejores expertos de la espiritualidad mariana. Si viviera hoy, sin duda nos presentaría las enseñanzas de nuestros «expertos marianos» contemporáneos. ¿Quiénes son los expertos marianos contemporáneos? Hay muchos, pero para nuestra reflexión escogí a “los tres grandes”. Específicamente seleccioné los tres santos marianos que más vivamente han contribuido a la belleza y riqueza de la espiritualidad de la consagración. Son san Maximiliano Kolbe, la beata Madre Teresa de Calcuta y el beato Juan Pablo II.»

### INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



#### Marzo

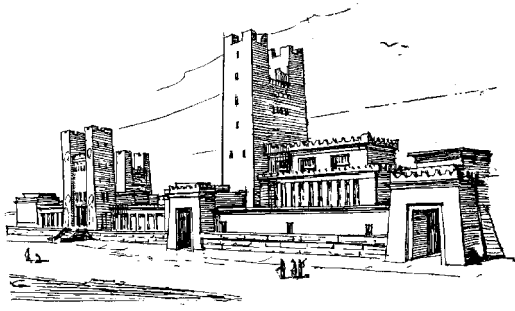
*Universal:* Para que todas las culturas respeten los derechos y la dignidad de la mujer.

*Por la evangelización:* Para que numerosos jóvenes acojan la invitación del Señor a consagrar sus vidas al anuncio del Evangelio.

#### Abril

*Universal:* Para que los gobernantes promuevan el cuidado de la creación y la justa distribución de los bienes y recursos naturales.

*Por la evangelización:* Para que el Señor Resucitado llene de esperanza el corazón de quienes sufren el dolor y la enfermedad.



## ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

### Ucrania, Crimea, Rusia y el fin del fin de la historia

LA situación en Ucrania, con el derrocamiento del presidente Yanukovich, la toma del poder por parte de la oposición y la consecuente reacción en Crimea, que proclama su intención de regresar a Rusia, está acaparando la atención del mundo entero. No es para menos, pues en Ucrania se está produciendo un serio enfrentamiento entre la Rusia de Putin y los países occidentales que revive escenas de la Guerra Fría.

Más allá de los detalles, esta crisis confirma que estamos en un nuevo periodo de las relaciones internacionales. Si la caída de la Unión Soviética hace un tercio de siglo abría un periodo de hegemonía estadounidense, en el que algunos quisieron ver «el fin de la Historia», lo cierto es que la Historia sigue bien viva y que tanto Rusia como China tienen suficiente poder como para desafiar a Estados Unidos en su zona de influencia respectiva. No otra cosa está haciendo Rusia, que quiere evitar que Ucrania caiga en el radio de acción de la OTAN y de los Estados Unidos y la Unión Europea.

Por otra parte, Putin ha manejado con habilidad el «derecho de injerencia» esgrimido por la OTAN para su intervención en Kosovo, aplicándolo esta vez a los rusos de Crimea y del Este de Ucrania. Y es que hemos visto florecer en los últimos decenios toda una serie de doctrinas que, bajo el ropaje de los derechos humanos, en realidad justificaban las decisiones previamente tomadas por Estados Unidos. El hecho de que Occidente haya aceptado los resultados de una destitución nacida de una revuelta en las calles es un lastre más que deslegitima su posición (sin entrar en las primeras medidas del nuevo gobierno: la prohibición del ruso, ampliamente hablado en el este del país y el nombramiento como ministro de Seguridad Nacional de Dimitro Yarosh, líder de las milicias neonazis Pravy Sector a las que se atribuyen vínculos con los terroristas musulmanes chechenos). Ahora esa jerga jurídica internacional se vuelve contra sus impulsores y estos no pueden acudir a ninguna instancia legitimadora más allá de su propia fuerza y voluntad. La ONU, incapacitada para cualquier acción (no olvidemos que tanto Estados Unidos como Rusia o China tienen derecho de veto), se demuestra así como una institución muy eficaz para expandir

políticas contraceptivas por el mundo, pero impotente para asegurar la paz. En este contexto, la fragilidad del orden mundial se hace muy evidente: ahora es Ucrania o Venezuela, hace unos meses Siria, cuya guerra no ha concluido, mañana...

Esta crisis, por otra parte, constituye la constatación fehaciente del estrepitoso fracaso de la política internacional del presidente estadounidense Barack Obama. Si en sus inicios todo eran buenas palabras y llamamientos a la fraternidad universal, pronto Obama experimentó el choque con la realidad: a día de hoy, su promesa estelar de cerrar Guantánamo, sigue sin haberse hecho realidad. Luego vino la «primavera árabe», que parecía darle la razón... hasta que se convirtió en una pesadilla en la que los islamistas copaban el poder y, finalmente, Estados Unidos tenía que volver a apoyar a ejércitos corruptos, como en Egipto, para detener esa marea islamista. La guerra siria es el último episodio de este fallido movimiento democratizador. Ahora, la actitud de la Rusia de Putin, que aunque parece mentira ha sorprendido a Obama y su secretario de Estado, el torpe John Kerry, ha acabado por bajar a Obama a la tierra (por poco tiempo, pues ya el fin de su mandato no está lejos, aunque es probable que a él se le haga muy largo).

Este despertar lo coloca ante la realidad de que la «diplomacia de los derechos humanos» no es más que charlatanería para las potencias regionales emergentes. La estrategia occidental, que algunos han bautizado como «internacionalismo liberal», queda cortocircuitada ante el más crudo realismo y los intereses nacionales basados en la fuerza. Ha ocurrido en Siria y vuelve a ocurrir en Ucrania. Incluso podemos encontrarlo antes, en Georgia, ya en 2008, cuando Putin invadió el país caucásico y Obama accedió a entregarle Osetia. La lección le quedó clara al líder ruso: donde los americanos veían buena intención, el presidente ruso veía debilidad. Obama y Hillary Clinton, creyéndose su propio discurso, pasaron página e hicieron un esfuerzo por recuperar un clima de confianza, aceptando la anexión de Osetia y desmantelando el sistema de misiles Interceptor que Estados Unidos tenía desplegado en Polonia y la República Checa. La administración norteamericana se volcaba en intentar resolver los problemas con el islam, mientras Europa dejaba de ser una prioridad. Cuando el candidato republicano a las presidenciales de 2012, Mitt Romney, afirmó que la principal

amenaza geopolítica era Rusia fue ridiculizado como un nostálgico de la «guerra fría». Menos de dos años después son cada vez más los que piensan que tenía razón.

Lo cierto es que tanto Rusia como China han demostrado que son grandes potencias y que están dispuestas a luchar por controlar sus áreas de influencia. Para ello no dudan en utilizar la fuerza más descarnada, eso sí, adornada como hemos visto antes, por los argumentos que los propios occidentales les brindamos. No desean que Estados Unidos dicte cómo ha de ser el orden internacional y se sienten lo suficientemente fuertes para plantarle cara. Estas nuevas reglas de juego se agravan por la asimetría entre unos dirigentes, como los rusos, formados en la escuela de la realpolitik y que han demostrado una eficacia fuera de lo común en el ejercicio de la diplomacia, y unos líderes estadounidenses con una preparación defectuosa en este campo y cuya mentalidad está saturada de ideología. Con un Kissinger al timón en Estados Unidos probablemente estaríamos hablando de un escenario muy diferente.

Pero volviendo a la realidad de lo que está ocurriendo en Ucrania y en Crimea y de los desarrollos previsibles de la situación, lo cierto es que no parece que los Estados Unidos y la Unión Europea tengan otro camino más allá del diplomático. La situación geográfica de Ucrania impide hacerse ilusiones sobre cualquier otra vía de actuación. Sin olvidar que las amenazas de aislamiento internacional contra Rusia son poco creíbles y que las sanciones económicas, si bien pueden causar un importante perjuicio en la economía rusa, no es menos cierto que también lo provocarían en Europa.

Por otra parte, el riesgo de desestabilización regional es grande: no es infundado el temor a que un solo movimiento de fronteras no consensuado provoque un terremoto de dimensiones imprevisibles en las regiones vecinas con minorías étnicas dispersas en diferentes territorios. Georgia, Moldavia y su contencioso con Transnistria, o incluso Eslovenia o la antigua Besarabia, son sólo unos ejemplos de la fragilidad de unas fronteras establecidas en su día por la fuerza y mantenidas por un Derecho Internacional que ahora se cuestiona. Perdida Crimea, la estrategia occidental buscará evitar que los rusos sigan avanzando hasta Odesa, aceptando probablemente la integración de Crimea en Rusia (a la que perteneció hasta que Kruschev decidió regalársela a Ucrania en 1954), si no de derecho, al menos sí *de facto*. Queda por ver quién está dispuesto a asumir la bancarrota de Ucrania, que necesita mucho más que los dos mil millones de dólares que hasta ahora le ha ofrecido el FMI: no es probable que los países occidentales estén dispuestos a asumir ese coste, por lo que un acuerdo con Rusia para crear un estado neutral (como lo fueron Austria o Finlandia durante la «guerra fría») podría no estar tan lejos de lo que parece indicar el clima bélico que estamos viviendo.

## Los egipcios coptos: de la persecución al genocidio

**Y** mientras las miradas están posadas en Ucrania, la «primavera árabe» sigue su curso. Carteles que ofrecen recompensas por delatar a cristianos coptos en la franja oriental de Libia, el único territorio donde, por su cercanía a Egipto, encontramos cristianos. Luego, no es de extrañar que el pasado 24 de febrero siete egipcios coptos fueran bárbaramente asesinados en un pueblo de la zona, la misma en la que hace un año un centenar de cristianos coptos fueron secuestrados y torturados. Esta escalada de la persecución tiene que ver directamente con el médico egipcio sucesor de Bin Laden, Ayman al-Zawahiri, quien en un vídeo ha acusado a los coptos de haber urdido un complot junto con los militares egipcios para expulsar del poder a los islamistas vinculados a los Hermanos Musulmanes.

La enésima matanza de egipcios coptos, esta vez no en el interior de una iglesia, sino en una residencia que compartían con otros compañeros de trabajo, no en Egipto, sino en Libia, adónde habían ido en busca de trabajo, confirma que el odio que les ataca desea expulsarlos de aquella su tierra desde tiempos inmemoriales. Así, lo que era persecución se está convirtiendo, día a día, en intento de genocidio. Un genocidio del que preferimos no hablar en Occidente, atentos a seguir haciendo negocios con los jeques y al futuro de nuestro abastecimiento de gas.

## Aprobada la eutanasia infantil en Bélgica

**E**l grado de abyección que se ha alcanzado en Bélgica con la nueva ley que permite asesinar a niños enfermos es difícilmente superable. Un nuevo «progreso» de esta cultura de la muerte que corroe nuestra civilización y que no puede dejarnos indiferentes. Lo cierto es que la ley, ratificada el pasado 9 de marzo, es una enormidad tal que uno se queda casi sin palabras para comentar algo tan tremendo como este despiadado ataque contra la decencia y contra las más sagradas leyes.

Quizás, la constatación de que el rey Felipe de Bélgica no es su tío, el rey Balduino, y que a pesar de las miles de peticiones pidiéndole que no ratificase la ley, decidió cumplir el mandato constitucional y estampar su firma en la inicua ley. La pretensión de que la monarquía, una vez perdido su papel de gobierno, permanece como un referente moral, queda destruida con actos como el de esta ratificación. De este modo, el rey pasa a ser un adorno, sin voluntad propia, del que se puede prescindir cuando se desee, sin que cambie nada sustancial. Una actitud, la del rey Felipe, que contrasta fuertemente con la del beato obispo de Münster, Clemens von Galen, que supo oponerse, con grave riesgo de su vida, a quienes querían legalizar el asesinato de los más débiles.



## emos leído

ALDOBRANDO VALS

### La inmortalidad de la abuela

*Kiko Méndez Monasterio, en las páginas de La Gaceta, nos ofrece una sugerente reflexión sobre el fracaso final al que están condenados todos los intentos de erradicar la fe de la vida social:*

«La religiosidad de un pueblo no puede extirparse como un tumor, como pensaba Azaña en su momento, cuando creyó que él podía legislar también sobre las almas y dijo aquella estupidez de que España había dejado de ser católica, para ver después como la propia historia le rectificaba con toda contundencia. El mismísimo Lenin opinaba parecido, confiando en que su revolución acabaría con el opio espiritual, y que para ello sólo hacía falta tiempo: «Cuando mueran las abuelas, nadie recordará que un día en Rusia hubo una Iglesia». Pero sucede que esa profecía laica se desmiente en cada generación, y que todos los esfuerzos por arrinconar y silenciar el hecho religioso nunca son suficientes.

Aunque nadie lo diría viendo la repercusión mediática, cada domingo acude muchísima más gente a las iglesias que a los estadios de fútbol, y el desprestigio de lo católico en ciertas elites culturales y políticas sólo muestra lo distanciadas que están de la sociedad real o, como dirían los anglosajones, lo sordas que son al clamor del contribuyente, que merecería más respeto por parte de los poderes públicos.

La nueva fiebre anticlerical que enardece a lo progre desde el zapaterismo también es parte de esa herencia que Mariano Rajoy se empeña en no rechazar. Muchos de los ataques que sufre la Iglesia son financiados con los impuestos vía subvenciones a grupos radicales o a espectáculos grotescos

camuflados como cultura. Que la práctica sea casi tradicional en los gobiernos socialistas, no quiere decir que haya dejado de ser escandalosa, ni que sea inevitable para el gobierno popular, ni tampoco que el odio antirreligioso vaya a conformarse con esto. Crece la hostilidad que sufren los fieles católicos, se interrumpen los oficios religiosos, se ha tratado de prender fuego a más de una iglesia, y ahora al cardenal Rouco lo maltratan en la calle, como en una versión feminista de la naranja mecánica. Más terrible, todavía, resulta comprobar cómo este clima de fanatismo cristianóforo es alimentado desde ciertos medios de comunicación que –en ocasiones rozando el ilícito penal– parecen querer convertir a la Iglesia en objetivo lícito de la violencia. Tampoco esto es nada nuevo, se empieza por deshumanizar a la víctima, en presentarla como enemiga de la libertad y del progreso, y se acaba por celebrar las fallas en las basílicas. Si hablasen de la religión judía en los términos en los que se califica a la católica en varios periódicos y televisiones, probablemente nos echaban de la ONU. Pero parece que contra Roma vale todo, y les crece el odio y la rabia por la persistencia de lo espiritual en el pueblo español, a pesar de tantos años de acción y propaganda.

La misma perplejidad asaltaba a los soviéticos en los años ochenta al contemplar como décadas de totalitarismo ateo no habían logrado extirpar la religión, y al tener que asumir que la Iglesia ortodoxa renaciera con una –para ellos– exasperante vitalidad. Ante el sorprendente regreso de los papas y de las iglesias llenas, un miembro del Politburó se acordaba de las palabras de Lenin y no dudó en matizarlas: «En Rusia las abuelas nunca mueren». En España, de momento, tampoco».

### El pastor pentecostal más influyente de Suecia y su esposa anuncian que se hacen católicos

*En medio de numerosas noticias preocupantes, Dios va actuando. Habitualmente en un silencio eficaz, pero a veces con sonora estridencia. Es lo que ha ocurrido en el caso de estos conversos suecos, cuyo testimonio, por inesperado, vuelve a recordarnos que la gracia actúa dónde y cómo quiere. Pablo Ginés nos lo explica desde Religión en Libertad:*

«Es estadísticamente difícil para un sueco tener un amigo católico: los católicos sólo son un 1,5% de la población, y muchos de ellos inmigrantes. Más difícil es para un sueco fervoroso y pentecostal encontrar a un católico también fervoroso y pentecostal. A menos que uno sea pastor, tenga inquietudes, viaje y lea.

Es el caso del pastor Ulf Ekman y su esposa Birgitta, que este domingo 9 de marzo sorprendieron a la congregación pentecostal que ellos mismos fundaron hace treinta años, al anunciar ante todos en el momento del sermón que van a hacerse católicos.

Ekman tomó la palabra y leyó sus razones:

«–Hemos visto [en la Iglesia católica] un gran amor por Jesús y una sana teología, fundada en la Biblia y en el dogma clásico.

–Hemos experimentado la riqueza de la vida sacramental.

–Hemos visto la lógica en tener una estructura sólida en el sacerdocio, que mantiene la fe de la Iglesia y que la transmite a la generación siguiente.

–Hemos encontrado una fuerza ética y moral y una coherencia que puede enfrentarse a la opinión general y una tendencia bondadosa hacia los pobres y los más débiles.

–Y, por último pero no menos

importante, hemos estado en contacto con los representantes de millones de católicos carismáticos y hemos visto su fe viva.»

[...] En un país donde cada templo protestante apenas atrae unas docenas de fieles el domingo, o algunos cientos en las comunidades evangélicas más vivas, la comunidad que él fundó en Uppsala, Palabra de Vida, cuenta con 3.000 miembros entusiastas, atendidos por 12 pastores, una escuela con mil alumnos, misioneros creando comunidades en varios países, especialmente en Rusia, Kazajstán y otras zonas ex-soviéticas, y una ONG de ayuda a niños en la India. Ekman es influyente en toda Escandinavia por la escuela bíblica que él fundó, la mayor de la península, y en el resto del mundo por sus libros traducidos a 60 idiomas y un programa de TV que se emite en todo el mundo.

Este es el hombre que después de diez años de investigar con detenimiento la Iglesia católica, leer su *Catecismo*, su manual de doctrina social y de tratarse con líderes de la Renovación Carismática Católica de diversos países anunciaba el domingo en su congregación: «Nos dimos cuenta de que nuestros prejuicios protestantes en muchos casos no tienen ninguna base».

[...]

## Los filántropos

*Están por todos lados, aman a la humanidad y no se cansan de proclamarlo con palabras altisonantes, pero miran para otro lado cuando se encuentran a su vecino. Y Juan Manuel de Prada, desde las páginas de ABC, les fustiga y nos alerta para no caer en esa tentación, tan socorrida, de la filantropía:*

«Las carroñerías que hemos padecido esta semana, después de que quince negros muriesen aho-

gados cerca de Ceuta, nos permitan reflexionar sobre una de las pestes más hediondas del mundo moderno, gangrena que corrompe —envuelta en un disfraz acarameladito— el pensamiento político, el comportamiento social y hasta la fe religiosa de los pueblos (o las escasas trazas que de ella restan), convirtiéndola en un desalado —sin sal y sin alas— activismo contra la «estadística de la pobreza». Nos estamos refiriendo, claro está, a la filantropía, que es la caricatura aberrante de la caridad, y a la vez su antípoda: pues, mientras la caridad ama a las personas, la filantropía ama una idea, una vaga entelequia llamada Humanidad (¡y la mayúscula que no falte!). La mejor definición de filantropía nos la ofrece Dostoievski en *Los hermanos Karamazov*, en boca de un personaje filantrópico: «Amo a la Humanidad; pero, para gran sorpresa mía, cuanto más amo a la Humanidad en general, menos amo a la gente en particular». De esta filantropía hemos tenido estos días ejemplos a porrillo: bastaba prender el televisor para que enseñada se nos viniese encima un politiquillo o tertuliano, deplorando la muerte de esos quince «inmigrantes subsaharianos» en esa jerigonza tertulianesa, entre relamidita e insidiosa, que tantas arcadas provoca en cualquier amante de la lengua cervantina. Mientras los escuchaba soltar la lagrimilla filantrópica por unos negros que, si mañana se presentasen a la puerta de su casa reclamando cama y comida, les provocarían un desmayo, me acordé de la parábola del Buen Samaritano y de la lectura clarividente que de ella nos propone Fabrice Hadjadj. Tendemos a pensar que el sacerdote y el levita de la parábola, que ante el cuerpo del viajero desnudo y molido a palos dan un rodeo y pasan de largo, eran unos monstruos de crueldad y egoísmo; pero en realidad eran unos filántropos

que corrían a Jerusalén, donde debían participar en una rueda de prensa, o en una comisión parlamentaria, o en una tertulieta televisiva, para pronunciar unas muy líricas declaraciones de amor a la Humanidad y denunciar las asechanzas que sufren los viajeros en los caminos. Pues, como dice el filántropo en *Los hermanos Karamazov*: «Creo, precisamente, que al prójimo es al que no se puede amar; o, al menos, sólo se le puede amar a distancia». Esto es, distantemente convertido en idea que amueble discursos, prédicas, pancartas, retuiteos, programas televisivos solidarios y demás bazofia que actúa, a modo de anestesia sensiblera, sobre nuestra mala conciencia.

Con razón, la filantropía moderna ha querido desterrar la noción de caridad, que si imperase delataría su farsa desencarnada. Porque, del mismo modo que la filantropía se pavonea haciendo del dolor humano una idea general que le sirve para sacar tajada política o solomillo solidario, la caridad se fija en las personas en concreto, puesto que es reflejo del amor divino, que Tocqueville describía así en *La democracia en América*: «Dios no piensa en el género humano en general. Ve separadamente a todos los hombres, y percibe a cada uno de ellos con los parecidos que lo acercan a todos y con las diferencias que lo separan. Dios no tiene, por tanto, ninguna necesidad de ideas generales; es decir, nunca siente la necesidad de encerrar un gran número de objetos análogos bajo una misma forma a fin de pensar en ellos más cómodamente».

A toda la caterva que ha utilizado a esos quince negros ahogados como muletilla de sus muy filantrópicas ideas habría que condenarlos caritativamente a que hospeden un negro, un solo negro, en su casa. Por filántropos, por hipocritones, por carroñeros.»





## LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona  
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

### SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

### *Este mes recomendamos:*



**La sociedad desvinculada. Fundamentos de la crisis y necesidad de un nuevo comienzo**

Josep Miró Ardèvol  
190 páginas  
Precio: 17,90 €

¿Cuál es la causa moral de la presente crisis? Miró propone y aborda la teoría del vínculo como el mejor diagnóstico integral de nuestra sociedad. La naturaleza del vínculo humano es fruto de la relación personal, la costumbre, la idea moral compartida, la historia, la creencia religiosa. El autor desgrana las múltiples conse-

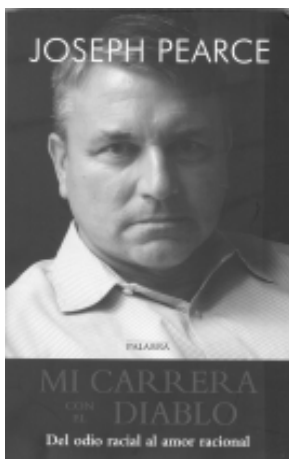
cuencias negativas de la cultura de la desvinculación, con el trasfondo común de la crisis moral, y propone un nuevo comienzo.



**El sacramento de la penitencia**

Autor: José Antonio Sayés  
Editorial: BAC  
88 páginas  
Precio: 7,50 €

«El poder de perdonar los pecados que Cristo tenía en exclusiva (sólo Dios perdona los pecados, cf. Mc 2,7) y que concedió a los apóstoles y a sus sucesores (Jn 20,23) para que pudieran perdonarlos en su nombre, es un don inimaginable, porque Dios, cuando perdona, no sólo perdona, sino que olvida. Y no sólo olvida, sino que nos recrea porque perdona con su poder creador, devolviéndonos la dignidad que tuvimos de niños».



**Mi carrera con el diablo**

Autor: Joseph Pearce  
Editorial: Palabra  
256 páginas  
Precio: 18,90 €  
Autobiografía de Joseph Pearce, el biógrafo católico más importante del mundo. Fue líder del Frente Nacional, un grupo nacionalista inglés racista y editor del periódico de dicho Frente, *The Bulldog*. Sus artículos y las acciones revolucionarias le llevaron en dos ocasiones a prisión. En la cárcel comenzó a fraguarse un cambio radical en su vida y terminó viendo la luz del catolicismo gracias a los textos

de G. K. Chesterton, Hilaire Belloc y C. S. Lewis.



**Las tres sabidurías**

Autor: Marie-Dominique Philippe  
Editorial: Palabra  
600 páginas  
Precio: 25,00 €

El padre Philippe (1912-2006), O.P., doctor en Filosofía y Teología, profesor en la Universidad de Friburgo (Suiza), desarrolló una intensa actividad docente y pastoral. En 1975 fundó la Comunidad de Hermanos de San Juan, que después amplió hasta constituir la Familia San Juan. En este libro, transmite lo esencial de sus descubrimientos sobre el hombre y el misterio de Cristo. Tres

maestros le marcaron profundamente: Aristóteles, santo Tomás de Aquino y el evangelista san Juan.

## San José, patrono de la Iglesia universal

Las voces que desde todos los puntos de la tierra llegan hasta Nos, como expresión de alegre esperanza y deseos por el feliz éxito del Concilio Ecuménico Vaticano II, impulsan siempre nuestro ánimo a sacar provecho de la buena disposición de tantos corazones sencillos y sinceros, que se vuelven con amable espontaneidad a implorar el auxilio divino para acrecentamiento del fervor religioso, clara orientación práctica en todo lo que la celebración conciliar supone y nos promete de incremento de la vida interior y social de la Iglesia y de renovación espiritual de todo el mundo.

En el culto de la Santa Iglesia, Jesús, Verbo de Dios hecho hombre, pronto tuvo su adoración incomunicable como esplendor de la sustancia de su Padre, que resplandece en la gloria de los santos. María, su madre, le siguió muy de cerca desde los primeros siglos en las representaciones de las catacumbas y basílicas, piadosamente venerada como *sancta María Mater Dei*. En cambio, José, fuera de algún resplandor de su figura que aparece aquí o allá en los escritos de los Padres, permaneció durante siglos y siglos en su ocultamiento característico, casi como figura decorativa en el cuadro de la vida del Salvador. Y requirió tiempo antes de que su culto penetrase de los ojos al corazón de los fieles y de él sacasen especiales lecciones de oración y confiado abandono. Estas fueron las alegrías fervorosas reservadas a las efusiones de la edad moderna –¡qué abundantes e impresionantes!–, y entre ellas nos ha complacido especialmente fijarnos en un aspecto muy característico y significativo.

Entre los diferentes *postulata* que los padres del Concilio Vaticano I, al reunirse en Roma (1869-1870), entregaron a Pío IX, los dos primeros se referían a san José. Ante todo se pedía que su culto ocupase un lugar más preeminente en la sagrada Liturgia; llevaba la firma de ciento cincuenta y tres obispos. El otro, suscrito por cuarenta y tres superiores generales de órdenes religiosas, abogaba por la proclamación solemne de san José como patrono de la Iglesia universal (*Acta et Decreta Sacrorum Conciliorum recentiorum - Collectio Lacensis*, tomo VII, colo. 856-857).

Pío IX acogió con alegría ambos deseos. Desde el comienzo de su pontificado (10 de diciembre de 1847) fijó la fiesta y rito del patrocinio de san José el domingo III después de Pascua. Ya desde 1854, en una vibrante y devota alocución, señaló a san José como la más segura esperanza de la Iglesia, después de la Santísima Virgen; y el 8 de diciembre de 1870, en el Concilio Vaticano, interrumpido por los acontecimientos políticos, aprovechó la feliz coincidencia de la fiesta de la Inmaculada para proclamar más solemne y oficialmente a san José como patrono de la Iglesia universal y elevar la fiesta del 19 de marzo a rito doble de primera clase. (Decr. *Quemadmodum Deus*, 8 de diciembre de 1870; *Acta Pii IX*, P. M., t. 5, Roma 1873, p. 282.)

JUAN XXIII: *Carta apostólica sobre la devoción a san José* (19 de marzo de 1961)





